



Siempre hemos vivido en el castillo

SHIRLEY JACKSON

Posfacio de Joyce Carol Oates

Traducción de Paula Kuffer



**ESPA
EBOOK**

Cuatro miembros de la familia Blackwood han muerto a causa de una comida envenenada. Durante seis años los sobrevivientes han vivido «en el castillo», acosados por el odio y el miedo de los aldeanos.

«Esta terrible y hermosa novela, de una de las más notables escritoras norteamericanas, consigue el irónico milagro de convencer al lector de que una casa habitada por un lunático, un envenenador y un piromaníaco es un mundo más rico en simpatía, amor y sutileza que el mundo real exterior». (Time).



Shirley Jackson

Siempre hemos vivido en el castillo

ePub r1.0

Ledo 23.04.14

Título original: *We Have Always Lived in the Castle*

Shirley Jackson, 1962

Título original del posfacio: *In Rough Country*

Joyce Carol Oates, 2009

Traducción: Paula Kuffer, 2012

Diseño de cubierta: Pepe Far, a partir de una fotografía de Maxim Blinkov

Editor digital: Ledo
ePub base r1.1

más libros en espaebok.com

Para Pascal Covici

1

Me llamo Mary Katherine Blackwood. Tengo dieciocho años y vivo con mi hermana Constance. A menudo pienso que con un poco de suerte podría haber sido una mujer lobo, porque mis dedos medio y anular son igual de largos, pero he tenido que contentarme con lo que soy. No me gusta lavarme, ni los perros, ni el ruido. Me gusta mi hermana Constance, y Ricardo Plantagenet, y la *Amanita phalloides*, la oronja mortal. El

resto de mi familia ha muerto.

La última vez que eché un vistazo a los libros de la biblioteca que estaban en el estante de la cocina me di cuenta de que debería haberlos devuelto cinco meses atrás, y me pregunté si no habría escogido otros de haber sabido que esos serían los últimos, los que iban a quedarse para siempre en el estante de nuestra cocina. Nosotros casi nunca cambiábamos las cosas de sitio: los Blackwood nunca fuimos una familia muy dada a la agitación y al movimiento. Nos relacionábamos con pequeños objetos transitorios, los libros y las flores y las cucharas, pero en los

cimientos siempre contamos con una sólida base de posesiones estables. Cada cosa tenía su lugar. Barríamos debajo de las mesas y las sillas y las camas y sacábamos el polvo de los cuadros y las alfombras y las lámparas, pero lo dejábamos todo donde estaba; los objetos de tocador de carey de mi madre nunca se movieron más de unos pocos milímetros. Los Blackwood siempre vivimos en esta casa, y lo manteníamos todo ordenado; en cuanto se sumaba una nueva esposa a la familia, se le encontraba un lugar para sus pertenencias, y de este modo nuestra casa fue acumulando varias capas de

propiedades, que pesaban sobre ella y la afianzaban frente al mundo.

Fue un viernes de finales de abril cuando traje a casa los libros de la biblioteca. Los viernes y los martes eran días horribles, porque iba al pueblo. Alguien tenía que ir a la biblioteca y al colmado; Constance nunca se alejaba más allá de su jardín, y el tío Julian no podía ir. Así que no era el orgullo lo que me llevaba al pueblo dos veces por semana, ni siquiera la tozudez, sino simplemente la necesidad de libros y comida. Quizá fuera el orgullo lo que me conducía al café de Stella antes de regresar a casa; me decía a mí misma

que era por orgullo y que no iba a dejar de ir al café de Stella por más ganas que tuviera de estar en casa, porque también sabía que si Stella me veía pasar por allí y no entraba, pensaría que tenía miedo, y esa idea sí que no podía soportarla.

—Buenos días, Mary Katherine — me decía siempre Stella, acercándose para pasarle un trapo húmedo a la barra —. ¿Cómo estás?

—Muy bien, gracias.

—Y Constance Blackwood, ¿cómo está?

—Muy bien, gracias.

—Y él, ¿cómo está?

—Bien, dentro de lo que cabe. Un café solo, por favor.

Si entraba alguien más y se sentaba a la barra, yo dejaba mi café sin aparentar prisas y me marchaba, saludando a Stella con un gesto. «Que vaya bien», me decía automáticamente cuando me iba.

Escogía los libros de la biblioteca a conciencia. En nuestra casa había libros, por supuesto; los libros ocupaban dos paredes del despacho de nuestro padre, pero a mí me gustaban los cuentos de hadas y los libros de historia, y a Constance le gustaban los de cocina. El tío Julián nunca tocaba un libro, pero

por la tarde, cuando trabajaba en sus papeles, le gustaba mirar a Constance mientras leía, y a ratos volvía la cabeza para observarla y asentía.

—¿Qué lees, querida? Qué bonita imagen, la de una mujer con un libro.

—Estoy leyendo *El arte de cocinar*, tío Julián.

—Excelente.

Estar en silencio con el tío Julián en la habitación era difícil, pero no recuerdo que ni Constance ni yo abriéramos ninguno de los libros de la biblioteca que todavía siguen en el estante de la cocina. Hacía una bonita mañana de abril cuando salí de la

biblioteca; el sol brillaba y las falsas promesas de gloria que la primavera prodigaba aquí y allá desentonaban con la suciedad del pueblo. Recuerdo que me detuve en las escaleras de la biblioteca con los libros en la mano y me quedé mirando un momento el verde apenas insinuado en las ramas con el cielo de fondo y deseé, como siempre, ser capaz de volver a casa volando en vez de por el pueblo. Desde las escaleras de la biblioteca podía cruzar la calle directamente y caminar por la otra acera hasta el colmado, pero eso significaba pasar por delante de la tienda y de los hombres que estaban

sentados a la puerta. En este pueblo los hombres se mantenían jóvenes y se dedicaban al chismorreó, mientras que las mujeres envejecían con un maligno cansancio gris esperando en silencio a que los hombres se levantasen y regresaran a casa. También podía dejar atrás la biblioteca y caminar hacia arriba por la misma acera hasta llegar frente al colmado para luego cruzar; era preferible, aunque tuviera que pasar por delante de Correos y de la casa Rochester, con las pilas de hojalata oxidada y los coches destartalados y los bidones de gasolina vacíos y los colchones viejos y los tubos y las

bañeras que la familia Harler se llevaba a casa y por los que, estoy convencida, sentía una verdadera pasión.

La casa Rochester era la más bonita del pueblo y en otro tiempo había tenido una biblioteca de nogal y una sala de baile en el segundo piso y un raudal de rosas en el porche; nuestra madre había nacido allí y, en justicia, aquello debería haber pertenecido a Constance. Decidí, como siempre, que era más seguro pasar por delante de Correos y de la casa Rochester, a pesar de que no me gustaba ver la casa donde había nacido nuestra madre. Por la mañana, ese lado de la calle solía estar desierto porque daba la

sombra y, en cualquier caso, después de ir al colmado iba a tener que pasar por delante de la tienda para llegar a casa, y pasar por allí a la ida y a la vuelta era demasiado para mí.

En las afueras del pueblo, en Hill Road, River Road y Old Mountain, familias como los Clarke y los Carrington se habían construido casas preciosas. Tenían que cruzar el pueblo para ir hasta Hill Road y River Road, porque la carretera principal del pueblo también era la carretera del estado, pero los hijos de los Clarke y de los Carrington iban a colegios privados, y toda la comida que llegaba a las cocinas

de Hill Road procedía de otras localidades y de la ciudad; pasaban con el coche a recoger el correo por la oficina del pueblo, conduciendo por River Road hasta Old Mountain, pero los de Mountain enviaban sus cartas desde las localidades cercanas y los de River Road se cortaban el pelo en la ciudad.

Siempre me sorprendió que la gente del pueblo, que vivía en pequeñas casas sucias en la carretera principal o en las afueras, en Creek Road, sonriera y asintiera y saludara a los Clarke y a los Carrington cuando pasaban en coche por allí; si Helen Clarke entraba en el

colmado de Elbert para comprar una lata de tomate o medio kilo de café que había olvidado su cocinera, todo el mundo le decía «buenos días» y comentaba que el tiempo había mejorado. La casa de los Clarke es más nueva pero no más refinada que la de los Blackwood. Nuestro padre trajo a casa el primer piano del pueblo. Los Carrington son los dueños de la fábrica de papel pero los Blackwood tienen todas las tierras entre la carretera y el río. Los Shepherd de Old Mountain hicieron construir el ayuntamiento, que es blanco y puntiagudo y tiene césped y un cañón en la entrada. En algún

momento se habló de introducir leyes urbanísticas en el pueblo, derribar las chabolas de Creek Road y reconstruirlo todo para que estuviera en armonía con el ayuntamiento, pero al final nadie movió un dedo; quizá pensaron que si lo hacían los Blackwood asistirían a las reuniones. La gente del pueblo conseguía las licencias de caza y pesca en el ayuntamiento, y una vez al año los Clarke y los Carrington y los Shepherd asistían a la reunión municipal y votaban solemnemente para que los Harler limpiaran el patio de chatarra de Main Street y sacaran los bancos de delante de la tienda, y cada año la gente del

pueblo rechazaba sus propuestas con regocijo. Más allá del ayuntamiento, a la izquierda, está Blackwood Road, que conduce a nuestra casa. La Blackwood Road rodea las tierras de los Blackwood y a lo largo de toda la Blackwood Road hay una alambrada que colocó nuestro padre. Poco después de pasar el ayuntamiento, una gran roca negra indica la entrada al sendero donde está la puerta que abro y cierro con llave tras de mí; luego cruzo el bosque y ya estoy en casa.

La gente del pueblo siempre nos ha odiado.

Cuando iba a la compra hacía un juego. Era como uno de esos juegos infantiles de tablero en que el jugador se desplaza por las casillas de acuerdo con lo que marcan los dados; siempre había peligros, como «pierdes un turno» o «retrocede cuatro casillas» o «regresa al principio», y pequeñas ayudas, como «avanza tres casillas» o «vuelve a tirar». La biblioteca marcaba la salida y la roca negra era el objetivo. Tenía que bajar por una acera de Main Street, cruzar, y luego subir por el otro lado hasta llegar a la roca negra, y entonces habría ganado. Ese día empecé bien, con un movimiento seguro por la acera vacía

de Main Street, podía acabar siendo uno de los días afortunados; eso sucedía a veces, pero no muy a menudo las mañanas de primavera. Si resultaba ser un día afortunado, daría una joya como ofrenda en señal de gratitud.

Al principio caminé deprisa, inspirando hondo para seguir adelante sin mirar alrededor; tenía que cargar con los libros de la biblioteca y la bolsa de la compra y me miraba los pies avanzando, primero uno y luego el otro; dos pies dentro de los viejos zapatos marrones de nuestra madre. Me dio la sensación de que alguien me observaba desde el interior de la oficina de

Correos; nosotros no aceptábamos correspondencia, y no teníamos teléfono, las dos cosas se nos habían hecho insoportables seis años atrás, pero era capaz de soportar un vistazo rápido procedente de la oficina: era la anciana Miss Dutton, que nunca miraba abiertamente como los demás, sino a través de las persianas o desde detrás de las cortinas. Yo nunca miraba la casa Rochester. No podía soportar la idea de que nuestra madre hubiera nacido allí. A veces me preguntaba si los Harler sabían que vivían en una casa que debería haber pertenecido a Constance; en su patio siempre había tal estruendo

de hojalata que no me oían pasar. Quizá los Harler pensaban que el ruido infinito ahuyentaba a los demonios, o quizá creían que tenían dotes musicales y les parecía agradable; quizá los Harler vivían de puertas adentro del mismo modo que lo hacían de puertas afuera, sentados sobre bañeras viejas y cenando con platos rotos sobre el armazón de un Ford viejo, hablando a gritos entre el repiqueteo de las latas. Siempre había un cerco de mugre en la acera donde vivían los Harler.

Después había que cruzar la calle (pierdes un turno) para llegar hasta el colmado, que estaba justo enfrente. Yo

siempre me quedaba dudando, vulnerable y desprotegida, a un lado de la calle mientras pasaba el tráfico. La mayoría del tráfico de Main Street, coches y camiones, atravesaba el pueblo porque así lo hacía la carretera, de modo que los conductores prácticamente no se fijaban en mí; era capaz de reconocer un coche del lugar por la mirada del conductor, y siempre me preguntaba qué ocurriría si bajaba del bordillo: ¿daría un volantazo, rápido y casi involuntario, hacia mí? ¿Solo para asustarme, quizá solo para verme dar un salto? Y luego las risas procedentes de todas partes, de detrás de las persianas

de la oficina de Correos, de los hombres sentados a la puerta de la tienda, de las mujeres asomándose a la entrada del colmado, todos mirándome y regodeándose al ver como Mary Katherine Blackwood esquivaba un coche. A veces perdía uno o incluso dos turnos porque antes de cruzar esperaba pacientemente a que la carretera se vaciara en ambos sentidos.

En mitad de la calle abandoné la sombra y salí a la luz, al engañoso sol de abril; en julio, el pavimento de la carretera estaría reblandecido por el calor y los pies se me pegarían, y eso haría más peligroso cruzar (Mary

Katherine Blackwood, con los pies clavados en el asfalto, muerta de vergüenza mientras un coche le pasa por encima: retrocede todo el camino y vuelve a empezar), y los edificios se verían aún más feos. El pueblo era todo igual, de la misma época y el mismo estilo; era como si la gente necesitara la fealdad del pueblo y la alimentara. Parecía que hubieran construido las casas y las tiendas con desdeñosa precipitación para dar refugio a lo insulso y a lo desagradable, y era como si la casa de los Rochester y la casa de los Blackwood e incluso el ayuntamiento hubieran acabado allí casi

por casualidad, provenientes de un país encantador y remoto donde la gente vivía con elegancia. Quizá esas casas selectas habían sido capturadas — ¿quizá como castigo a los Rochester y a los Blackwood y a sus corazones secretamente malvados?— y las tenían prisioneras en el pueblo; quizá su lenta putrefacción era un símbolo de la fealdad de los habitantes del pueblo. La hilera de tiendas que había a lo largo de Main Street era de un gris homogéneo. Los propietarios de las tiendas vivían en el piso de arriba, en apartamentos de dos plantas con una línea recta de cortinas en las ventanas, pálida y carente

de vida; cualquier cosa que tuviera color, en el pueblo, perdía rápidamente su esencia. Los Blackwood nunca tuvieron nada que ver con la degradación del pueblo; la gente del pueblo pertenecía a allí y ese era el único lugar apropiado para ella.

Siempre pensaba en la putrefacción al acercarme a la hilera de tiendas; pensaba en quemar la podredumbre negra y dolorosa que lo corrompía todo desde dentro y tanto daño hacía. Eso era lo que deseaba para el pueblo.

Cuando iba al colmado llevaba una lista de la compra; Constance me la hacía cada martes y cada viernes antes

de salir. A la gente del pueblo no le gustaba que siempre tuviéramos dinero para comprar cualquier cosa que nos apeteciera; lo habíamos sacado del banco, por supuesto, pero yo sabía que hablaban del dinero que estaba escondido en nuestra casa como si se tratara de montones de monedas de oro y Constance y el tío Julián y yo nos sentáramos por las tardes, dejando a un lado los libros de la biblioteca, y jugáramos con ellas, toqueteándolas y contándolas y haciendo pilas y tirándolas, mofándonos de ellos tras las puertas cerradas con llave. Me imagino que el pueblo estaba lleno de corazones

podridos que codiciaban nuestras pilas de monedas de oro, pero eran cobardes y temían a los Blackwood. Al sacar la lista de la compra de la bolsa también cogía el monedero, para que Elbert supiera que llevaba dinero y no pudiera negarse a venderme nada.

No importaba quién hubiera en el colmado; siempre me atendían al instante; Mr. Elbert o esa arpía pálida que tenía por mujer siempre se dirigían hacia mí desde cualquier rincón de la tienda donde estuvieran para preguntarme qué quería. A veces, si su hijo mayor estaba ayudándolos porque tenía vacaciones en el colegio, se

apresuraban para asegurarse de que no fuera él quien me atendiera, y en una ocasión en que una muchacha —que no era del pueblo, por supuesto— se acercó a mí, Mrs. Elbert la apartó con tan malas maneras que la chica comenzó a gritar y se hizo un largo silencio mientras todo el mundo esperaba a que Mrs. Elbert respirara hondo y preguntase: «¿Algo más?». Yo me mantenía erguida y distante cuando los niños se acercaban a mí, porque les tenía miedo. Tenía miedo de que me tocaran y de que sus madres se abalanzaran sobre mí como una bandada de halcones; esa era la imagen que

dibujaba en mi mente: aves que descendían, me atacaban y me herían con sus garras afiladas. Ese día Constance me había mandado comprar muchas cosas, y fue un alivio ver que no había niños ni demasiadas mujeres en la tienda; turno extra, pensé, y le di los buenos días a Mr. Elbert.

Él asintió; no podía negarme el saludo, y menos con toda la tienda llena de mujeres mirándolo. Les di la espalda, pero seguía sintiendo su presencia detrás de mí mientras sostenían una lata o una bolsa medio llena de galletas o una lechuga, sin ninguna intención de moverse hasta que yo saliera por la

puerta para reanudar su cháchara y deslizarse de nuevo a sus propias vidas. Mrs. Donell estaba en algún lugar allí detrás; la había visto al entrar y me pregunté, como en otras ocasiones, si iba a propósito cuando estaba yo, porque siempre intentaba decir algo; era una de las pocas que me dirigían la palabra.

—Un pollo para asar —le dije a Mr. Elbert, y en el otro lado de la tienda la arpía de su mujer abrió la nevera, sacó un pollo de un cajón y lo envolvió—. Una pierna de cordero pequeña —continué—, a mi tío Julián siempre le apetece comer cordero cuando llega la

primavera. —No debería haberlo dicho, lo sabía, y una pequeña exclamación atravesó la tienda como un grito. Podría hacer que se pusieran a correr como conejos, pensé, si realmente dijera lo que tenía ganas de decirles, pero con eso solo conseguiría que salieran y me esperaran fuera—. Cebollas —le dije educadamente a Mr. Elbert—, café, pan, harina. Nueces —añadí—, y azúcar, nos queda muy poco azúcar. —Desde algún lugar a mis espaldas se oyó una risita horrorizada y Mr. Elbert lanzó una breve mirada por encima de mí, luego volvió a los artículos que estaba preparando sobre el mostrador.

Mrs. Elbert no tardaría en traer envueltos el pollo y la carne y ponerlos junto a las otras cosas; no tenía que girarme hasta el momento de irme.

—Dos litros de leche —dije—. Doscientos cincuenta gramos de nata, medio kilo de mantequilla. —Hacía seis años que los Harris habían dejado de traernos a casa los productos lácteos y ahora compraba la leche y la mantequilla en el colmado—. Y una docena de huevos. —Constance se había olvidado de anotar los huevos en la lista, pero en casa solo quedaban dos—. Una bolsa de cacahuets caramelizados —dije; el tío Julián se iba a pasar la

noche haciéndolos crujir y comiéndoselos ruidosamente sobre sus papeles y se iría a dormir pegajoso.

«A los Blackwood siempre les ha gustado comer bien». Esa era Mrs. Donell, que hablaba abiertamente desde algún lugar detrás de mí, y alguien soltó una risita mientras otro decía «chsss». Yo nunca me volvía; ya tenía bastante con saber que estaban a mis espaldas como para encima mirar sus insípidas caras grises y sus ojos llenos de odio. Desearía que estuvierais todos muertos, pensé, y me sentí tentada de decirlo en voz alta. «Nunca dejes que vean que te afecta —me decía Constance y añadía

—: Si les haces caso, será peor». Y probablemente tenía razón pero yo deseé que estuvieran muertos. Me habría gustado llegar al colmado una mañana y verlos a todos, incluso a los Elbert y a los niños, agonizando en el suelo entre gritos de dolor. Entonces yo misma me serviría los productos, pensé, esquivando los cuerpos, agarraría de los estantes todo lo que me apeteciera y me iría a casa, y quizá aprovecharía que tenía a Mrs. Donell allí tumbada para darle una patada. Nunca me sentía culpable de esos pensamientos; solo deseaba que se hicieran realidad. «No está bien que los odies —me decía

Constance—, eso únicamente te perjudica a ti», pero yo los odiaba de todos modos, y me preguntaba si su existencia tenía algún sentido.

Mr. Elbert puso todos los artículos sobre el mostrador y esperó, ignorándome con la mirada perdida en el vacío. «Eso es todo», le dije, y él anotó sin mirarme los precios en un papelito, los sumó y luego me lo dio para que comprobara que no me había estafado. Yo siempre repasaba las cifras atentamente, a pesar de que él nunca se equivocaba; no tenía muchas oportunidades para vengarme de ellos, pero hacía lo que podía. Llevaba la

bolsa de la compra llena y otra bolsa más, y no tenía más remedio que cargarlas hasta casa. Nadie se ofrecería a ayudarme, por supuesto, ni siquiera en caso de que yo lo permitiese.

Pierdes dos turnos. Con los libros de la biblioteca y la comida, a paso lento, ahora tenía que bajar por la acera que pasaba por delante de la tienda y el café de Stella. Me detuve en la puerta del colmado, escudriñando en mi interior en busca de algún pensamiento que pudiera hacerme sentir segura. A mis espaldas comenzaron los pequeños gestos y los carraspeos. Se disponían a retomar la conversación, y los Elbert se debían de

estar dirigiendo miradas de alivio desde todos los rincones de la tienda. Mi rostro se endureció. Me puse a pensar en servir la comida en el jardín, y manteniendo los ojos abiertos justo lo suficiente para ver por dónde caminaba —con los zapatos marrones de mi madre yendo arriba y abajo—, me imaginé la mesa con un mantel verde y platos amarillos y fresas en un cuenco blanco. Platos amarillos, pensé, sintiendo sobre mí la mirada de los hombres al pasar, y para el tío Julián un huevo pasado por agua con una tostada, y tengo que acordarme de pedirle a Constance que le ponga un chal sobre los hombros porque

la primavera apenas acaba de empezar. No necesitaba mirar para ver las muecas y los ademanes; deseé que todos estuvieran muertos y caminar sobre sus cuerpos. Pocas veces se dirigían directamente a mí, solo hablaban entre ellos. «Ahí va una de las Blackwood —dijo uno en tono burlón—, una de las chicas de la finca de los Blackwood». «Pobres Blackwood —añadió alguien, lo bastante alto para que se oyera—, pobres chicas». «Una bonita finca —comentaban—, una buena tierra para cultivar. Te podrías hacer rico con la tierra de los Blackwood. Incluso un anciano de mil años con tres bocas que

no se ocupara lo más mínimo de trabajarla, se haría rico. Tienen las tierras cerradas a cal y canto, estos Blackwood, sí señor». «Te podrías hacer rico». «Pobres chicas». «A saber todo lo que daría la tierra de los Blackwood».

Estoy caminando sobre sus cuerpos, pensé, estamos comiendo en el jardín y el tío Julian lleva puesto el chal. Siempre sostenía con fuerza la comida cuando pasaba por allí, porque una mañana espantosa se me cayó la bolsa de la compra, se rompieron los huevos y se derramó la leche y yo me puse a recogerlo todo, y ellos me gritaban y yo

me decía a mí misma que podía hacer cualquier cosa salvo salir corriendo mientras amontonaba las latas y las cajas, recogía el azúcar desparramado y lo metía en la bolsa sin dejarme de repetir que no podía salir corriendo.

Enfrente del café de Stella había una grieta en la acera que parecía un dedo acusador. La grieta había estado allí desde siempre. Otros puntos de referencia, como la huella de la mano que Johnny Harris dejó estampada en los cimientos del ayuntamiento y las iniciales del chico de los Mueller en el porche de la biblioteca, procedían de una época que yo sí recordaba; estaba en

tercero cuando se construyó el ayuntamiento. Pero la grieta de la acera de enfrente del café de Stella siempre había estado allí, del mismo modo que el café de Stella siempre había estado allí. Recuerdo que patinaba cerca de la grieta, y que iba con cuidado de no pisarla porque si no nuestra madre se rompería la espalda, y que pasaba en bicicleta con el cabello al viento; por aquel entonces la gente del pueblo todavía no nos detestaba abiertamente aunque nuestro padre decía que era escoria. Mi madre me contó una vez que la grieta ya estaba allí cuando ella vivía en la casa Rochester, así que también

debía de estar allí cuando se casó con nuestro padre y se fue a vivir a la finca de los Blackwood, y supongo que la grieta estaba allí, como un dedo acusador, desde el momento en que se construyó el pueblo con vieja madera gris y toda aquella gente fea de rostro malvado, procedente de quién sabe dónde, se instaló a vivir en las casas.

Stella compró la cafetera y puso la barra de mármol con el dinero que recibió del seguro tras la muerte de su marido, y más allá de eso no puedo recordar ningún otro cambio en el café; Constance y yo íbamos allí a gastar las monedas después del colegio y cada

tarde recogíamos el periódico y lo llevábamos a casa para que nuestro padre lo leyera al anochecer; ahora ya no comprábamos los periódicos pero Stella seguía vendiéndolos, y también revistas, caramelos de un penique y postales grises del ayuntamiento.

—Buenos días, Mary Katherine — me saludó Stella cuando me senté a la barra y dejé las bolsas en el suelo.

A veces, cuando deseaba que todos los del pueblo estuvieran muertos, pensaba que debería salvar a Stella, porque de entre todos ellos era la que más se acercaba a la amabilidad, y la única que aún mantenía una pizca de

color. Era rolliza y rosada, y cuando se ponía un vestido de colores lograba relucir un rato antes de disiparse entre el gris sucio de los demás.

—¿Cómo estás? —me preguntó.

—Muy bien, gracias.

—Y Constance Blackwood, ¿cómo está?

—Muy bien, gracias.

—Y él, ¿cómo está?

—Bien, dentro de lo que cabe. Un café solo, por favor.

En realidad, yo prefería el café con leche y azúcar, porque solo es muy amargo, pero como únicamente iba allí por orgullo me limitaba a pedir lo

indispensable.

Si llegaba alguien mientras estaba en el café de Stella, me levantaba y me iba tranquilamente, pero algunos días tenía mala suerte. Esa mañana Stella acababa de dejarme el café sobre la barra cuando una sombra se dibujó en la puerta, y entonces ella levantó la vista y dijo: «Buenos días, Jim». Ella se dirigió al otro extremo de la barra y esperó, suponiendo que él se sentaría allí y que yo me podría ir sin que se notara, pero se trataba de Jim Donell y comprendí al instante que ese no era mi día de suerte. Algunos habitantes del pueblo tenían caras reales que me resultaban

conocidas y a las que podía odiar individualmente; Jim Donell y su esposa se contaban entre estos, ya que ellos, en vez de odiar vagamente por costumbre como los demás, actuaban con deliberación. Cualquier otra persona se habría dirigido al final de la barra donde estaba Stella, pero Jim Donell fue directo hacia el extremo donde me encontraba yo y se sentó a mi lado, lo más cerca posible porque, no cabía duda, quería fastidiarme la mañana.

—Cuéntame —dijo, sentándose de lado en el taburete para verme la cara —, dicen que os mudáis. —Habría querido que no se sentara tan cerca de

mí; Stella vino hacia nosotros desde el otro lado de la barra y pensé que le pediría que se cambiara de sitio para poder levantarme y marcharme sin tener que abrirme paso—. Dicen que os mudáis —repitió con solemnidad.

—No —contesté, porque estaba esperando una respuesta.

—Qué curioso —comentó mirándome, luego se volvió hacia Stella y después otra vez hacia mí—. Juraría que alguien me dijo que os ibais a mudar pronto.

—No —contesté.

—¿Un café, Jim? —le preguntó Stella.

—¿Quién crees que puede haber provocado un rumor como ese, Stella? ¿Quién iba a decirme que se mudan si no es así? —Stella negó con la cabeza, pero intentaba contener la risa. Me di cuenta de que mis manos estaban arañando la servilleta que tenía en el regazo, ya había roto un poco el borde, así que me obligué a tener las manos quietas y me impuse una norma: siempre que viera un pedacito de papel recordaría que debía ser más amable con el tío Julián—. Hay que ver cómo corren los rumores —insistió Jim Donell. Quizá Jim Donell no tardaría en morir; quizá ya estaba pudriéndose

por dentro y eso acabaría matándolo—. ¿Tú has oído algún rumor parecido por el pueblo? —le preguntó a Stella.

—Déjala en paz, Jim —respondió ella.

El tío Julián era un hombre mayor y sí se estaba muriendo, por desgracia estaba cerca de la muerte, mucho más que Jim Donell, Stella o cualquier otro. El pobre tío Julián se estaba muriendo y yo me impuse firmemente ser más amable con él. Haríamos un picnic en el césped. Constance le traería el chal y se lo pondría sobre los hombros y yo me tumbaría sobre la hierba.

—No estoy molestando a nadie,

Stella. ¿Estoy molestando a alguien? Solo le estoy preguntando a Miss Mary Katherine Blackwood cómo es que en el pueblo todo el mundo dice que ella y su hermana mayor nos van a abandonar dentro de poco. Que se mudan. Que se van a vivir a otra parte.

Removió el café; por el rabillo del ojo yo veía la cucharilla dando vueltas y vueltas, y me entraron ganas de reír. Había algo ingenuo y tonto en el movimiento de la cucharilla mientras Jim Donell hablaba; me pregunté si se callaría si yo extendía el brazo y se la cogía. Probablemente, me dije con prudencia, muy probablemente me

tiraría el café a la cara.

—Que se van a otra parte —repitió en tono triste.

—Basta ya —sentenció Stella.

Escucharía con más atención al tío Julián cuando contara su historia. Había comprado cacahuets caramelizados para él; eso estaba bien.

—Pues me puse muy triste al pensar que el pueblo iba a perder a una de sus más ilustres y antiguas familias —continuó Jim Donell—. Sería una verdadera lástima.

Se volvió hacia el otro lado porque alguien estaba entrando por la puerta; yo me miraba las manos en el regazo y, por

supuesto, no pensaba girarme para ver de quién se trataba, pero entonces Jim Donell dijo «Joe» y supe que era Dunham, el carpintero.

—Joe, ¿tú habías oído algo de esto? En el pueblo todo el mundo dice que los Blackwood se mudan, pero Miss Mary Katherine Blackwood, que está sentada aquí mismo, me acaba de decir que no.

Se hizo un breve silencio. Yo sabía que Dunham tenía el ceño fruncido y estaba mirándonos a Jim Donell, a Stella y a mí, pensando en lo que acababa de oír, ordenando las palabras y sopesando qué significaba cada una de ellas.

—¿Eso dicen?

—Escuchad, vosotros dos —dijo Stella, pero Jim Donell siguió como si nada, hablando de espaldas a mí, con las piernas extendidas, de modo que yo no podía pasar.

—Justo esta mañana comentaba con otros que es muy triste que las familias de toda la vida se vayan. Aunque bien puede decirse que muchos de los Blackwood ya se han ido. —Se rio y dio una palmada sobre la barra—. Ya se han ido —repitió. La cucharilla estaba quieta en la taza, pero él seguía hablando—. Un pueblo pierde mucho estilo cuando las familias de siempre se marchan. Cualquiera pensaría —añadió

despacio— que no los apreciaban.

—Tienes razón —dijo Dunham, y se echó a reír.

—Viven por todo lo alto en su antigua y bonita finca cercada, llevan una vida muy refinada. —Siempre seguía hasta el agotamiento. Cuando a Jim Donell se le ocurría algo que decir, lo repetía tantas veces y de tan distintas maneras como podía, quizá porque tenía muy pocas ideas y debía sacarles el mayor partido posible. Es más, cada vez que se repetía, se creía aún más divertido; yo sabía que podía continuar así hasta estar completamente seguro de que ya no le escuchaba nadie, y entonces

me impuse otra norma: hay que pensar las cosas una sola vez, y sin hacer ruido coloqué las manos en el regazo. Estoy en la Luna, me dije, tengo una casita en la Luna para mí—. Bueno —dijo Jim Donell, que además apestaba—, siempre podré decir que yo conocí a los Blackwood. Que yo recuerde, a mí nunca me hicieron nada, conmigo siempre fueron muy educados. Aunque —continuó y se rio— nunca me invitaron a cenar, no llegaron a tanto.

—Ahora sí, se acabó —sentenció Stella, y la voz sonó cortante—. Vete a incordiar a otra parte, Jim Donell.

—¿Es que estaba incordiando?

¿Crees que yo quería que me invitaran a cenar? ¿Crees que estoy loco?

—Yo —dijo Dunham— siempre podré contar que una vez les arreglé un escalón roto y nunca me pagaron. — Tenía razón. Constance me mandó a decirle que no le íbamos a pagar a precio de carpintero una tabla sin pulir y clavada de cualquier manera sobre el escalón cuando se suponía que debía hacer uno nuevo y pulirlo. Cuando fui a decirle que no le pagaríamos hizo una mueca y escupió, recogió el martillo, echó un vistazo al tablón suelto y lo tiró al suelo. «Hazlo tú misma», dijo, se metió en la furgoneta y se fue. «Nunca

me pagaron», decía ahora.

—Debe de haber sido un descuido, Joe. Solo tienes que ir allí arriba y hablar con Miss Constance Blackwood y ya verás que te da lo que es tuyo. Eso sí, Joe, si te invitan a cenar, no dudes en darle las gracias a Miss Blackwood y marcharte.

Dunham se rio.

—Descuida —respondió—. Les arreglé el escalón y nunca me pagaron.

—Qué curioso —dijo Jim Donell—, se preocupan por mantener la casa y todo eso y sin embargo no dejan de pensar en mudarse.

—Mary Katherine —intervino

Stella, acercándose desde detrás de la barra adonde yo estaba sentada—, vete a casa. Levántate de ese taburete y vete a casa. No volverá la paz hasta que te vayas.

—Bueno, eso es cierto —dijo Jim Donell. Stella lo miró, y él apartó las piernas y me dejó pasar—. Basta que digas una palabra, Miss Mary Katherine, y allí estaremos todos para ayudarte a empaquetar. Basta que digas una palabra, Merricat.

—Y puedes decirle a tu hermana de mi parte... —comenzó a decir Dunham, pero yo me apresuré y para cuando ya estaba fuera lo único que pude oír

fueron las risas, las de ellos dos y la de Stella.

Me gustaba mi casa en la Luna; dentro puse una chimenea y fuera un jardín (¿qué podría florecer en la Luna? Tengo que preguntárselo a Constance) y pensaba comer en mi jardín en la Luna. Las cosas en la Luna eran muy brillantes, de colores raros; mi casa sería azul. Observaba mis pequeños pies marrones yendo arriba y abajo, y dejaba que la bolsa de la compra se balanceara un poco a mi lado; había estado en el café de Stella y ahora solo tenía que pasar por el ayuntamiento, que estaría vacío salvo por los que expedían las

licencias para perros y los que controlaban las multas de tráfico de los conductores que cruzaban el pueblo por la carretera, y los que enviaban información sobre el agua, la depuradora y la basura y prohibían quemar hojas o pescar; todos ellos estarían encerrados en algún rincón dentro del ayuntamiento, trabajando juntos afanosamente; no tenía nada que temer a no ser que pescara fuera de temporada. Andaba pensando que en los ríos de la Luna pescaría carpines cuando vi a los chicos de los Harris en el porche, gritando y peleándose con otra media docena de muchachos. No los vi

hasta justo después de haber doblado la esquina del ayuntamiento, y aunque podría haber vuelto atrás para coger el otro camino, subiendo por la carretera del estado hasta el arroyo, y después de cruzarlo seguir por el sendero hasta nuestra casa, ya era tarde, y llevaba las bolsas, y el arroyo estaba asqueroso para meterme con los zapatos marrones de nuestra madre, y pensé: estoy viviendo en la Luna, y aceleré el paso. Me vieron al instante, y me los imaginé pudriéndose y retorciéndose de dolor y dando alaridos; quería que se doblegaran y llorasen ante mí.

—Merricat —me llamaron—,

Merricat, Merricat —y se acercaron y formaron una línea a lo largo de la cerca.

Quizá habían aprendido de sus padres, Jim Donell y Dunham y el sucio de Harris, que les daban instrucciones claras, los educaban con amor y cuidado y se aseguraban de emplear con ellos el tono preciso; ¿de qué otro modo podía explicarse, si no, que estos niños fueran tan educados?

Merricat, dijo Connie, ¿una taza de té, querrás?

Oh, no, dijo Merricat, me envenenarás.

*Merricat, dijo Connie,
¿quieres ir a dormir?
¡Bajo tierra te vas a pudrir!*

Fingía no entender su idioma; en la Luna hablábamos una lengua suave, líquida, y cantábamos bajo la luz de las estrellas, contemplando desde lo alto el mundo, abatido y mustio.

—¡Merricat, Merricat!

—¿Dónde está Connie?, ¿en casa, preparando la cena?

—¿Una taza de té, querrás?

Resultaba extraño estar dentro de mí

misma, caminando rígida frente a la cerca con paso seguro, pisando con firmeza pero sin prisa porque lo habrían notado, estar dentro de mí misma y saber que me estaban mirando; me escondía muy adentro pero podía oírlos y verlos por el rabillo del ojo. Deseé que estuvieran todos muertos, tirados por el suelo.

—Bajo tierra te vas a pudrir.

—¡Merricat!

La madre de los Harris salió al porche para ver por qué gritaban tanto. Se quedó un momento observando y escuchando, yo me detuve y la miré, miré sus ojos profundamente lánguidos y

supe que no tenía que dirigirle la palabra y supe que lo haría.

—¿No puede hacerlos callar? —le dije ese día, preguntándome si había algo en aquella mujer a lo que pudiera apelar, si alguna vez habría corrido alegremente por la hierba, o mirado las flores, o conocido el placer o el amor —. ¿No puede hacerlos callar?

—Niños —dijo sin alterar el tono de la voz, la mirada ni el aire de gozo apagado—, no molestéis a la señorita.

—Sí, mamá —respondió serio uno de los muchachos.

—No os arriméis a la cerca. No molestéis a la señorita.

Y yo seguí caminando, mientras ellos daban aullidos y gritaban y la mujer se reía desde el porche.

Merricat, dijo Connie, ¿una taza de té, querrás?

Oh, no, dijo Merricat, me envenenarás.

Sus lenguas arderán, como si hubieran comido fuego, pensé. Cada vez que pronuncien una palabra, sentirán las llamas en la garganta y un tormento más abrasador que mil fuegos en sus vientres.

—Adiós, Merricat —me saludaron

cuando estaba llegando al final de la cerca—, no tengas prisa en volver.

—Adiós, Merricat, dale recuerdos a Connie.

—Adiós, Merricat —pero yo ya estaba en la roca negra junto a la puerta que daba al sendero que llevaba a casa.

2

Dejé la compra en el suelo para abrir el candado de la puerta; era un candado sencillo y cualquier niño podría haberlo roto, pero en la puerta había un cartel que decía PRIVADO NO PASAR y nadie podía ir más allá. Nuestro padre había puesto los carteles y las puertas y los candados cuando cerró el sendero; antes de eso, todo el mundo lo usaba como atajo para ir desde el pueblo hasta el cruce con la carretera, donde paraba el

autobús; se debía de ahorrar medio kilómetro pasando por nuestro sendero y por delante de nuestra puerta. A nuestra madre no le gustaba ver pasar a cualquiera por delante de nuestra puerta, y cuando nuestro padre la llevó a vivir a la casa de los Blackwood una de las primeras cosas que tuvo que hacer fue cerrar el sendero y cercar toda la propiedad, desde la carretera hasta el arroyo. Había otra puerta al final del sendero, aunque muy pocas veces iba por allí, y también aquella puerta tenía un candado y un cartel que decía PRIVADO NO PASAR. «La carretera es para todo el mundo —decía nuestra

madre—, pero la puerta de mi casa es mía».

Todos los que venían a vernos, con una invitación como es debido, venían por el camino que subía directo desde los postes de la carretera hasta la puerta de nuestra casa. Cuando era pequeña, solía tumbarme en mi habitación al fondo de la casa y me imaginaba que el camino y el sendero se unían en una encrucijada ante nuestra puerta; por el camino subía y bajaba la gente de bien, que era rica, vestía raso y encajes, y cuya visita era legítima; y por el sendero, de un lado al otro, pasaba furtivamente, tambaleándose, la gente

del pueblo, que se hacía a un lado con actitud servil. No pueden entrar, acostumbraba a decirme una y otra vez, tumbada a oscuras en mi habitación con la sombra de los árboles dibujándose en el techo, ya nunca más podrán entrar; el sendero está cerrado para siempre. A veces me quedaba junto a la cerca, escondida entre los arbustos, y observaba a la gente que caminaba por la carretera para ir desde el pueblo a la parada del autobús. Que yo supiera, nadie había intentado usar el sendero desde que nuestro padre había colocado las puertas.

Después de meter dentro las bolsas

de la compra, volví a cerrar la puerta y comprobé el candado. Con el candado bien cerrado tras de mí, estaba a salvo. El sendero estaba oscuro, porque después de que nuestro padre abandonara cualquier idea de sacar provecho de esta tierra, dejó que los árboles y los arbustos y las pequeñas flores crecieran a su antojo y, salvo por un gran prado y los jardines, nuestra tierra era muy frondosa, y nadie conocía sus caminos secretos excepto yo. Mientras iba tranquilamente por el sendero, porque ahora ya estaba en casa, reconocía a cada paso todos los recovecos. Constance sabía el nombre

de todo lo que creciera, pero yo me conformaba con saber cómo y dónde crecía y las inagotables posibilidades de cobijo que ofrecía. Las únicas huellas que había en el sendero eran las mías, de ir y volver del pueblo. Podía encontrar algún rastro de Constance pasada la curva, porque cuando me esperaba a veces se alejaba hasta allí, pero casi todas las huellas de Constance estaban en el jardín y en la casa. Hoy había llegado hasta el extremo del jardín, y la vi justo al salir de la curva, con la casa a sus espaldas, al sol, y fui corriendo hasta ella.

—Merricat —me dijo dirigiéndome

una sonrisa—, mira hasta dónde he llegado hoy.

—Demasiado lejos —respondí—. Lo siguiente que harás será seguirme hasta el pueblo.

—Puede ser —contestó.

Aunque sabía que me estaba tomando el pelo me quedé helada, pero sonreí.

—No creo que te gustara —dije—. Venga, remolona, ayúdame con las bolsas. ¿Dónde está mi gato?

—Se ha ido a cazar mariposas porque tardabas. ¿Te has acordado de los huevos? Me olvidé de decírtelo.

—Claro. Podríamos comer en el

césped.

Cuando era pequeña, pensaba que Constance era una princesa de un cuento de hadas. Yo siempre estaba intentando dibujarla, con una larga cabellera dorada y unos ojos tan azules como me permitía el lápiz de colores, y una mancha rosa y brillante en cada mejilla; los dibujos siempre me sorprendían, porque realmente se parecía; incluso en las peores épocas era rosa y blanca y dorada, y parecía que nada pudiera ofuscar su resplandor. Era la persona más importante de mi mundo, siempre lo había sido. La seguí entre la hierba suave, pasamos por delante de sus

flores, entramos en casa, y Jonas, mi gato, salió de entre las plantas y me siguió.

Constance me esperaba al otro lado de la gran puerta de entrada mientras yo subía las escaleras, luego dejé los paquetes sobre la mesa, en el vestíbulo, y cerré la puerta. No volveríamos a usarla hasta la tarde, porque la mayor parte de nuestra vida transcurría en la zona posterior de la casa, en el césped y el jardín, adonde nunca iba nadie más. Dejamos atrás la fachada de la casa orientada hacia la carretera principal y el pueblo, con su aspecto severo e inhóspito, y tomamos nuestro propio

camino. A pesar de que teníamos la casa en buen estado, cuando estábamos juntas usábamos las habitaciones del fondo, la cocina y los dormitorios y la pequeña y cálida habitación junto a la cocina donde vivía el tío Julián; fuera estaba el castaño de Constance, y la preciosa extensión de césped y las flores de Constance y luego, más allá, el huerto que Constance cultivaba y tres árboles que daban sombra sobre el arroyo. Cuando nos sentábamos en el césped de atrás nadie podía vernos desde ningún lugar.

Me acordé de que me había propuesto ser más agradable con el tío

Julián cuando lo vi sentado a su gran mesa vieja en el rincón de la cocina, jugueteando con sus papeles.

—¿Le dejarás comer cacahuetes caramelizados al tío Julián? —le pregunté a Constance.

—Después del almuerzo —contestó ella. Sacó la comida de las bolsas con cuidado; para Constance todos los alimentos eran valiosos, y siempre los tocaba con gran respeto. A mí no se me permitía ayudar; no tenía permiso para preparar la comida, ni para buscar setas, aunque a veces recogía algunas verduras del huerto, o manzanas de los árboles viejos.

—Comeremos bollos —anunció

Constance casi cantando, porque estaba ordenando y guardando la comida—. El tío Julián tomará un huevo pasado por agua, un bollo y un poco de pudin.

—Gachas —dijo el tío Julián.

—Merricat comerá algo sin grasa, rico en proteínas y salado.

—Jonas cazará un ratón para mí —dije dirigiéndome a mi gato, que estaba sobre mi rodilla.

—Siempre me pongo contenta cuando vuelves a casa del pueblo —comentó Constance; se quedó quieta y me sonrió—. En parte porque traes comida, claro. Pero sobre todo porque

te extraño.

—Yo siempre me pongo contenta cuando vuelvo del pueblo —dije.

—¿Ha sido muy duro? —Me rozó la mejilla con un dedo.

—Es mejor que no lo sepas.

—Algún día iré yo.

Era la segunda vez que hablaba de salir, y me dejó estupefacta.

—Constance —dijo el tío Julián. Cogió unos recortes de periódico de su mesa y los estudió con el ceño fruncido —. Creo que no tengo ninguna información acerca de si esa mañana tu padre se fumó el puro en el jardín como siempre.

—Seguro que sí —respondió Constance—. El gato ha estado pescando en el arroyo —me contó—. Ha vuelto lleno de barro.

Dobló la bolsa de la compra y la puso junto a las otras en el cajón, y colocó los libros de la biblioteca en el estante donde iban a permanecer para siempre. Jonas y yo nos apartamos a nuestro rincón, donde no estorbábamos el paso, mientras Constance hacía sus cosas en la cocina. Era un placer observarla, moviéndose con elegancia a la luz del sol, tocando los alimentos con tanta delicadeza.

—Hoy es el día de Helen Clarke —

dije—. ¿Tienes miedo?

Se volvió y me sonrió.

—En absoluto —contestó—. Cada vez estoy mejor, creo. Y hoy haré bizcochos al ron.

—Y Helen Clarke se abalanzará sobre ellos y se los zampará.

Incluso ahora, Constance y yo seguíamos relacionándonos con un pequeño círculo de gente, conocidos que llegaban por la carretera a visitarnos. Los viernes Helen Clarke tomaba el té con nosotras, y Mrs. Shepherd o Mrs. Rice o la anciana Mrs. Crowley se dejaban caer algún domingo después de ir a la iglesia para decirnos que

deberíamos haber asistido al sermón. Venían diligentemente, a pesar de que nosotras nunca les devolvíamos las visitas, se quedaban unos minutos de cortesía y a veces nos traían flores de sus jardines, o libros, o una canción para que Constance la tocara con el arpa; nos hablaban con educación y soltaban risitas, y nunca dejaban de invitarnos a sus casas aunque sabían que no iríamos. Eran atentas con el tío Julian, y se mostraban pacientes con su charla, nos ofrecían llevarnos en sus coches, se referían a sí mismas como nuestras amigas. Constance y yo siempre les hablábamos bien a las unas de las

otras, porque pensaban que sus visitas nos gustaban. Nunca pisaban el sendero. Si Constance les ofrecía un esqueje de rosal, o las invitaba al jardín a ver una nueva y alegre combinación de flores, iban hasta allí, pero nunca se apartaban de sus recorridos fijos; caminaban por el jardín, se metían en el coche que habían aparcado en la puerta de entrada y se marchaban cruzando las grandes puertas. Muchas veces venían Mr. y Mrs. Carrington para ver cómo estábamos, porque Mr. Carrington había sido un buen amigo de nuestro padre. Nunca entraban en casa ni tomaban nada, sino que conducían hasta la escalera

principal y se quedaban hablando unos pocos minutos desde el coche.

—¿Qué tal estáis? —nos preguntaban siempre, mirando a Constance y luego a mí—. ¿Qué tal os las apañáis solas? ¿Necesitáis algo, hay algo que podamos hacer por vosotras? ¿Cómo os va?

Constance siempre los invitaba a pasar, porque nos habían educado en la convicción de que era descortés dejar a las visitas hablando fuera, pero los Carrington nunca entraron en nuestra casa.

—Me pregunto si los Carrington me traerían un caballo si se lo pidiera.

Podría montarlo por el prado.

Constance se volvió y se quedó mirándome un momento, con el ceño levemente fruncido.

—No se lo vas a pedir —dijo finalmente—. Nosotros no le pedimos nada a nadie. Recuérдалo.

—Estaba bromeando —contesté, y sonreí—. En realidad, de todos modos, lo que yo quiero es un caballo alado. Te llevaríamos a la Luna y te traeríamos, mi caballo y yo.

—Me acuerdo de cuando querías un pájaro grifo —dijo—. Y ahora, señorita holgazana, ve a poner la mesa.

—La última noche discutieron

mucho —comentó el tío Julian—. «No pienso consentirlo», dijo ella, «no lo voy a tolerar, John Blackwood»; «No tenemos otra alternativa», respondió él. Yo estaba escuchando detrás de la puerta, claro, pero llegué demasiado tarde y no pude oír por qué discutían. Supongo que hablaban de dinero.

—No discutían muy a menudo —dijo Constance.

—Casi siempre eran muy educados el uno con el otro, sobrina, si es eso lo que entiendes por no discutir; un ejemplo para los demás que deja mucho que desear. Mi esposa y yo preferíamos gritarnos.

—A veces parece mentira que hayan pasado seis años —añadió Constance. Yo cogí el mantel amarillo y fui hasta el césped a preparar la mesa; a mis espaldas oí que le decía al tío Julian—: A veces daría lo que fuera por tenerlos otra vez entre nosotros.

Cuando era pequeña pensaba que algún día sería lo bastante alta para llegar hasta la parte superior de las ventanas del salón de nuestra madre. Las ventanas no eran adecuadas para el invierno, porque en principio la casa solo iba a usarse en verano, y nuestro padre

únicamente hizo poner calefacción porque nuestra familia no tenía ninguna otra casa a la que ir durante los inviernos; la casa Rochester debería haber sido nuestra, pero la habíamos dado por perdida hacía mucho. Las ventanas del salón de nuestra casa iban desde el suelo hasta el techo, y yo nunca podría llegar a la parte de arriba; nuestra madre siempre les explicaba a las visitas que las cortinas azul claro de las ventanas medían cinco metros. Había dos ventanas grandes en el salón y otras dos ventanas grandes en el comedor, al final del pasillo, pero desde fuera se veían estrechas y delgadas y le daban a

la casa un aspecto adusto. Por dentro, sin embargo, el salón era precioso. Nuestra madre había traído unas sillas con patas doradas de la casa Rochester, y allí guardaba el arpa, y la habitación resplandecía al reflejarse en los espejos y los cristales destellaban. Constance y yo solo usábamos esa habitación cuando Helen Clarke venía a tomar el té, pero la teníamos impecable. Constance se subía a una escalera para limpiar la parte superior de las ventanas, y sacábamos el polvo de la porcelana de Dresde que había sobre la repisa de la chimenea, y con un paño en el extremo de la escoba yo limpiaba las molduras de lo alto de

la pared, unos adornos que parecían salidos de un pastel de boda, mirando fijamente los frutos y las hojas, los cupidos y los lazos, y siempre me mareaba por estar con la cabeza hacia arriba y caminar hacia atrás, y me reía con Constance cuando me sorprendía de ese modo. Encerábamos el suelo y cosíamos los pequeños desgarros de los brocados de los sofás y las sillas. Había una cenefa dorada por encima de cada una de las grandes ventanas, y volutas también doradas alrededor de la chimenea, y en el salón estaba colgado el retrato de nuestra madre. «No puedo soportar ver mi hermosa habitación

desordenada», solía decir nuestra madre, y por eso nunca nos permitía entrar ni a Constance ni a mí, pero ahora la teníamos reluciente e impoluta.

Nuestra madre siempre les servía el té a sus amigas en una mesa baja que había a un lado de la chimenea, así que Constance siempre preparaba allí la mesa. Ella se sentaba en el sofá rosa con el retrato de nuestra madre mirándola desde arriba, y yo me sentaba en un rincón en mi pequeña silla y observaba. Se me permitía coger las tazas y los platitos y pasar los emparedados y los pasteles, pero no podía servir el té. No me gustaba comer cuando había gente

mirándome, de modo que tomaba el té después, en la cocina. Esa día, que fue el último que Helen Clarke vino a tomar el té, Constance había dispuesto la mesa como siempre, con las elegantes tazas rosadas que usaba siempre nuestra madre, y dos platos plateados, uno con emparedados y el otro con los bizcochos de ron preparados para la ocasión; a mí me esperaban dos bizcochos de ron en la cocina, por si Helen Clarke se los comía todos. Constance se sentó tranquilamente, nunca se ponía nerviosa, con sus delicadas manos en el regazo. Yo esperé junto a la ventana, atenta a la llegada de Helen Clarke, que siempre

era puntual. «¿Tienes miedo?», le había preguntado, y ella me había contestado: «En absoluto». Sin necesidad de volverme, sabía por su voz que estaba tranquila.

Vi que el coche avanzaba por el camino y me di cuenta de que dentro había dos personas en vez de una.

—Constance —dije—, ha traído a alguien.

Constance se quedó en silencio un momento, y después respondió con firmeza:

—Todo irá bien.

Me giré para mirarla, y estaba tranquila.

—Voy a echarlas. ¡Qué se ha creído!

—No —respondió Constance—.

Todo irá bien, de verdad. Ya verás.

—No dejaré que te asusten.

—Tarde o temprano —dijo—, tarde o temprano tendré que dar un primer paso.

Me dejó helada.

—Voy a echarlas.

—No —repitió Constance—. De ningún modo.

El coche se detuvo frente a la entrada de la casa, y yo fui al vestíbulo a abrir la puerta, de la que ya había quitado el candado porque es poco cortés hacerlo delante de los invitados.

Cuando salí al porche me di cuenta de que no era tan terrible como me había imaginado. Helen Clarke no venía con una extraña sino con la menuda Mrs. Wright, que ya había estado aquí una vez y estaba más asustada que nadie. Así que no sería un problema para Constance, pero Helen Clarke no debería haberla traído sin decírmelo.

—Buenas tardes, Mary Katherine — me saludó Helen Clarke, acercándose desde el coche a las escaleras—. ¿No hace un día de primavera precioso? ¿Cómo está nuestra querida Constance? He traído a Lucille. —Se las daba de descarada, como si cada día la gente

viniera a ver a Constance con casi desconocidos, y me molestó tener que sonreírle—. ¿Te acuerdas de Lucille Wright? —me preguntó, y la pobre Mrs. Wright dijo en voz baja que tenía muchas ganas de volver a visitarnos. Sostuve la puerta principal abierta y pasaron al vestíbulo. No llevaban abrigo porque hacía muy buen día, pero Helen Clarke tuvo la delicadeza de detenerse un momento—. Ve a anunciarle a nuestra querida Constance que hemos llegado —me dijo, y me di cuenta de que lo hacía para darme tiempo para decirle a Constance quién estaba allí, así que me deslicé hasta el salón, donde Constance

estaba sentada tranquilamente, y le anuncié:

—Es Mrs. Wright, la asustadiza.
Constance sonrió.

—Un pequeño primer paso —
contestó—. Todo irá bien, Merricat.

En el vestíbulo, Helen Clarke le estaba mostrando las escaleras a Mrs. Wright, y le contaba la historia del tallado y que la madera venía de Italia. Cuando salí del salón me miró fijamente y me dijo:

—Estas escaleras son una de las maravillas de la comarca, Mary Katherine. Es una lástima que estén ocultas a los ojos del mundo. ¿Lucille?

—Y entraron en el salón.

Constance estaba muy serena. Se levantó y sonrió y dijo que estaba contenta de verlas. Debido a su naturaleza desmañada, Helen Clarke logró que el simple hecho de entrar en una habitación y sentarse se convirtiera en una enrevesada danza de tres personas; antes de que Constance acabara de hablar, Helen Clarke empujó a Mrs. Wright y, como si fuera una pelota de croquet rodando a toda velocidad, la mandó a un rincón alejado de la habitación, donde acabó, de modo abrupto e involuntario, en una silla pequeña e incómoda. Helen Clarke se

dirigió hacia el sofá en el que estaba sentada Constance, y a punto estuvo de tirar la mesa del té, y a pesar de que en la habitación había bastantes sillas e incluso otro sofá, prefirió sentarse incómoda pero al lado de Constance, que detestaba tener cerca a cualquiera que no fuera yo.

—Bueno —dijo Helen Clarke recostándose—, me alegro de veros otra vez.

—Muchas gracias por recibirnos —dijo Mrs. Wright, inclinándose hacia delante—. Tienen una escalera muy bonita.

—Tienes buen aspecto, Constance.

¿Has estado trabajando en el jardín?

—No he podido evitarlo, hace un día precioso —Constance se rio; lo estaba haciendo muy bien—. Es muy emocionante —dijo dirigiéndose a Mrs. Wright—. ¿Usted también se dedica a la jardinería, quizá? Los primeros días de luz son muy emocionantes para un jardinero.

Estaba hablando demasiado y demasiado rápido, pero nadie se dio cuenta excepto yo.

—A mí me encanta la jardinería —comentó Mrs. Wright en un pequeño arrebató—, me encanta la jardinería.

—¿Cómo está Julian? —preguntó

Helen Clarke antes de que Mrs. Wright hubiera podido acabar de hablar—. ¿Cómo está el viejo Julian?

—Muy bien, gracias. Luego se tomará una taza de té con nosotras.

—¿Conoces a Julian Blackwood? —le preguntó Helen Clarke a Mrs. Wright, y Mrs. Wright, negando con la cabeza, comenzó a decir:

—Me encantaría conocerlo, claro, he oído hablar tanto de... —y se interrumpió.

—Es un poco... excéntrico —dijo Helen Clarke, sonriendo a Constance como si hasta ahora hubiera sido un secreto, Yo estaba pensando que si

excéntrico significaba, como decía el diccionario, «que se desvía de lo corriente», Helen Clarke era mucho más excéntrica que el tío Julian, sus movimientos eran torpes y hacía preguntas inesperadas y nos traía a desconocidos a tomar el té; el tío Julian vivía muy tranquilo, con un esquema de vida perfectamente organizado, armonioso y simple. No debería decir que la gente es lo que no es, pensé, y recordé que yo debía ser más amable con el tío Julian.

—Constance, siempre has sido una de mis mejores amigas —estaba diciéndome ahora, y yo me quedé

sorprendida; no era consciente de cuán ajenas le resultaban a Constance esas palabras—. Te voy a dar un consejo, y recuerda, te lo digo como amiga.

No cabe duda de que yo ya sabía lo que iba a decir, porque me quedé estupefacta: el día entero no había sido más que la espera de lo que Helen Clarke iba a decir en ese preciso momento. Me hundí en mi silla y miré fijamente a Constance, deseando que se levantara y saliese corriendo, deseando que no escuchara lo que estaba a punto de decirse, pero Helen Clarke siguió adelante:

—Es primavera, eres joven, eres

encantadora, tienes derecho a ser feliz.
Vuelve al mundo.

En otro momento, incluso un mes atrás, cuando todavía era invierno, ante unas palabras así Constance se habría retraído y habría salido corriendo; ahora, me di cuenta de que escuchaba y sonreía, a pesar de que negaba con la cabeza.

—Ya has hecho suficiente penitencia
—añadió Helen Clarke.

—Me gustaría preparar un pequeño almuerzo... —comenzó a decir Mrs. Wright.

—Te has olvidado la leche, iré a buscarla —dije dirigiéndome a

Constance mientras me levantaba. Ella se volvió para mirarme, casi sorprendida.

—Gracias, querida —respondió.

Salí del salón, pasé por el vestíbulo y fui hacia la cocina; por la mañana la cocina tenía un aspecto reluciente y / alegre y ahora, para mi sorpresa, se veía inhóspita. Era como si Constance, de pronto, después de todo aquel tiempo de rechazo y negación, hubiera visto que, al fin y al cabo, quizá fuera posible salir al exterior. Me di cuenta de que era la tercera vez que se tocaba el tema en un mismo día, y tres veces lo convierten en una realidad. No podía respirar; me

sentía agarrotada, tenía la cabeza a punto de explotar; fui corriendo hasta la puerta posterior y la abrí para poder respirar. Quería salir corriendo; si hubiera podido correr hasta el final de nuestras tierras y volver me habría recuperado, pero Constance estaba sola con las visitas en el salón y yo tenía que apresurarme. Tuve que conformarme con hacer añicos la jarra de leche que estaba esperándome sobre la mesa; había sido de nuestra madre y dejé los pedazos en el suelo para que Constance los viera. Cogí la segunda mejor jarra de leche, que no combinaba con las tazas; tenía permiso para servir la leche, así que

llené la jarra y la llevé al salón.

—¿...haría Mary Katherine? —
estaba preguntando Constance cuando se
giró y me sonrió al verme en la puerta
—. Gracias, querida —dijo, y miró
fijamente la jarra de leche y luego a mí
—. Gracias —repitió, y yo dejé la jarra
sobre la bandeja.

—Al principio, no mucho —contestó
Helen Clarke—. Si no resultaría
extraño, es verdad. Pero podrías llamar
a uno o dos viejos amigos, quizá ir de
compras a la ciudad algún día... Nadie
te reconocería en la ciudad, eso ya lo
sabes.

—¿Un pequeño almuerzo? —sugirió

esperanzada Mrs. Wright.

—Tengo que pensarlo. —Constance hizo un pequeño gesto de perplejidad entre risas, y Helen Clarke asintió.

—Necesitarás un poco de ropa —añadió.

Desde mi rincón me acerqué hasta Constance, cogí una taza de té y se la llevé a Mrs. Wright, a la que le temblaban las manos cuando se la di.

—Gracias, querida —me dijo. El té temblaba en la taza; al fin y al cabo, solo era la segunda vez que estaba aquí.

—¿Azúcar? —le pregunté; no pude evitarlo, y además era un gesto de educación.

—Oh, no, gracias —contestó—. No, gracias. Azúcar, no.

Me pareció, al mirarla, que hoy se había vestido a propósito para venir aquí; Constance y yo nunca íbamos de negro, pero quizá a Mrs. Wright le había parecido lo adecuado, y hoy llevaba un vestido negro y un collar de perlas. La otra vez también había venido de negro, recordé; siempre con buen gusto, pensé, a no ser porque estábamos en el salón de nuestra madre. Regresé hasta donde estaba Constance, cogí el plato de bizcochos y se lo acerqué a Mrs. Wright; eso tampoco fue educado, porque debería haberle ofrecido primero los

emparedados, pero quería que se sintiera desdichada por ir vestida de negro en el salón de nuestra madre.

—Los ha hecho mi hermana esta mañana —dije.

—Gracias —respondió. Su mano dudó un instante por encima del plato y luego cogió uno y lo dejó con cuidado a un lado del platillo. Pensé que los modales de Mrs. Wright rozaban la histeria, y dije:

—Coja dos. Todo lo que hace mi hermana es delicioso.

—No —contestó—. Oh, no. Gracias. Helen Clarke no dejaba de comer emparedados, y pasaba por delante de

Constance cada vez que se hacía con uno. En ningún otro lugar se comportaría de este modo, pensé, solo aquí. Nunca se preocupa de lo que Constance o yo pensemos de sus modales; simplemente cree que estamos muy contentas de verla. Vete, le dije para mis adentros. Vete, vete. Me pregunté si Helen Clarke se comportaba de un modo particular cuando venía a nuestra casa. «No hay por qué tirar esto —podía imaginármela diciendo junto a su armario—; puedo guardarlo para cuando visite a mi querida Constance». Empecé a vestir a Helen Clarke en mi imaginación, la puse en traje de baño sobre una montaña de

nieve, luego la coloqué sobre las ramas más incómodas de un árbol con un ligero vestido de volantes rosa que se le enganchaba y desgarraba y rompía; y mientras ella gritaba enredada en el árbol yo casi me pongo a reír.

—¿Por qué no se lo decimos a otra gente del lugar? —le preguntó Helen Clarke a Constance—. A algunos de los amigos de siempre. Hay mucha gente a la que le habría gustado mantener el contacto contigo, Constance, querida. Unos pocos amigos cualquier noche. ¿Una cena? No —añadió—, quizá una cena no sea la mejor idea. Al menos al principio.

—Yo... —comenzó a decir Mrs. Wright otra vez; había dejado con cuidado la taza de té con el pequeño bizcocho en la mesa que tenía al lado.

—Aunque ¿por qué no una cena? —se preguntó Helen Clarke—. Al fin y al cabo, algún día tienes que dar el paso.

Me estaba obligando a intervenir. Constance no me miraba, solo a Helen Clarke.

—¿Por qué no invitamos a la buena gente del pueblo? —propuse a voz en grito.

—Por Dios, Mary Katherine —dijo Helen Clarke—. Realmente me sorprendes. —Se rio—. Ni siquiera

recuerdo que los Blackwood se codearan con la gente del pueblo — comentó.

—Nos odian —dije yo.

—Yo no hago caso de sus chismorreos, y espero que tú tampoco. Y, Mary Katherine, tú sabes tan bien como yo que el noventa por ciento de ese sentimiento no responde sino a tu imaginación, y que si tú intentaras ser mínimamente simpática no dirían ni una sola palabra contra ti. Por Dios. Admito que han mostrado un poco de odio alguna vez, pero tú por tu parte lo has exagerado desmesuradamente.

—A la gente le gusta murmurar —

dijo Mrs. Wright para inspirarnos confianza—. Yo voy diciendo por ahí que era amiga íntima de los Blackwood y sin el más mínimo asomo de vergüenza. Tienes que estar entre la gente de tu clase, Constance. Sobre nosotros no hablan.

Me habría gustado que fueran más divertidas; Constance parecía un poco cansada. Si se hubieran ido temprano le habría cepillado el cabello a Constance hasta que se quedara dormida.

—El tío Julian está llegando — anunció Constance. Oí el sonido suave de la silla de ruedas en el vestíbulo y me levanté a abrir la puerta.

Helen Clarke dijo:

—¿De verdad creéis que la gente tiene miedo de venir a veros? —Y entonces el tío Julian se detuvo en la puerta. Se había puesto su mejor corbata para tomar el té y se había lavado la cara con tanto afán que la tenía rosada.

—¿Miedo? —preguntó—. ¿De venir aquí? —Saludó a Mrs. Wright desde la silla y luego a Helen Clarke—. Señora —dijo, y repitió—: Señora.

Yo sabía que era porque no recordaba el nombre de ninguna de las dos, si es que las había visto antes.

—Tiene buen aspecto, Julian —dijo Helen Clarke.

—¿Miedo de venir aquí? Debo disculparme por repetir sus palabras, señora, pero estoy asombrado. Mi sobrina, al fin y al cabo, fue absuelta de la acusación de asesinato.

\

Ya no debería suponer ningún peligro venir de visita.

Mrs. Wright hizo un movimiento convulsivo hacia la taza de té y luego dejó las manos con firmeza en el regazo.

—Podría decirse que en cualquier lugar hay peligro —dijo el tío Julian—. Peligro de envenenamiento, desde luego. Mi sobrina podría contarles cosas sobre los peligros más insólitos: plantas de

jardín más venenosas que serpientes y simples hierbas que cuando llegan a la altura del estómago cortan como cuchillos, señora. Mi sobrina...

—¡Qué jardín tan bonito! —le dijo con toda sinceridad Mrs. Wright a Constance—. Yo no sabría tenerlo así.

Helen Clarke dijo con firmeza:

—Hace mucho tiempo que está todo olvidado, Julian. Ya nadie piensa en ello.

—Una lástima —dijo el tío Julian—. Un caso fascinante, uno de los misterios más genuinos de nuestro tiempo. Del mío, en especial. La obra de mi vida —le dijo a Mrs. Wright.

—Julian —replicó al instante Helen Clarke; Mrs. Wright parecía hipnotizada—. Existe algo llamado buen gusto, Julian.

—¿Gusto, señora? ¿Ha probado alguna vez el arsénico? Le aseguro que se produce un instante de absoluta incredulidad antes de que la mente pueda aceptar que...

Un momento antes, la pobre Mrs. Wright probablemente se habría mordido la lengua antes de mencionar el tema, pero ahora soltó, casi sin respirar:

—¿Quiere decir que se acuerda?

—Vaya si me acuerdo. —El tío Julian suspiró, moviendo la cabeza con

un gesto alegre—. Tal vez —prosiguió entusiasmado—, tal vez no conozca usted la historia. Tal vez quiera que...

—Julian —dijo Helen Clarke—, Lucille no quiere oírla. Debería avergonzarse de habérselo preguntado.

A mí me pareció que Mrs. Wright tenía muchas ganas de escucharla, y miré a Constance en el preciso momento en que ella me miraba; ambas estábamos muy serias, como requería el tema, pero sabía que se estaba divirtiendo tanto como yo; era un placer escuchar al tío Julian, que pasaba solo casi todo el tiempo.

Y pobre, pobre Mrs. Wright, la

tentación se le hizo insoportable y no pudo contenerse más. Se ruborizó y vaciló, pero el tío Julian era tentador y la disciplina humana de Mrs. Wright no pudo resistirse.

—Sucedió en esta misma casa — dijo como si recitara una plegaria.

Los demás estábamos en silencio, observándola cortésmente, y entonces ella susurró:

—Les ruego que me disculpen.

—Claro, en esta misma casa — añadió Constance—. En el comedor. Estábamos cenando.

—La familia se reunió para cenar — dijo el tío Julian acariciando las

palabras—. Nunca hubiéramos imaginado que iba a ser la última vez.

—Arsénico en el azúcar —dijo Mrs. Wright, dejándose llevar, después de haber perdido todo decoro.

—Yo me puse azúcar. —El tío Julian sacudió un dedo mientras la señalaba—. Me puse azúcar en las moras. Por suerte —dijo con una sonrisa insípida— intervino el destino. A algunos, ese día, los condujo inexorablemente a los brazos de la muerte. Algunos, ingenuos y confiados, dieron, involuntariamente, un último paso hacia el olvido. Algunos nos pusimos muy poco azúcar.

—Yo las bayas ni las toco —

comentó Constance; miró directamente a Mrs. Wright y añadió con seriedad—: Casi nunca me pongo azúcar. Ni siquiera ahora.

—Ese fue un argumento muy fuerte en su contra durante el juicio —dijo el tío Julian—. El hecho de que no tome azúcar, quiero decir. Las bayas nunca le han gustado. Ni siquiera de niña las tocaba.

—Por favor —dijo Helen Clarke elevando el tono—, esto es vergonzoso, de verdad; no puedo soportar que hablen de ello. Constance, Julian, ¿qué va a pensar de ustedes Lucille?

—No, en serio —intervino Mrs.

Wright levantando las manos.

—No pienso quedarme aquí sentada ni escuchar una palabra más —sentenció Helen Clarke—. Constance tiene que empezar a pensar en su futuro. No es sano quedarse anclado al pasado; la pobre ya ha sufrido bastante.

—Bueno, los extraño, claro —explicó Constance—. Las cosas han cambiado mucho desde que nos dejaron, pero en ningún caso me considero una persona que sufre.

—En cierto sentido —siguió con decisión el tío Julian—, yo he sido un grandísimo afortunado. He sobrevivido a uno de los casos de envenenamiento

más espectaculares del siglo. Guardo todos los recortes de prensa. Conozco a las víctimas, a la acusada, e íntimamente, como solo podría conocerlos un pariente que viviera en la misma casa. He tomado notas exhaustivas sobre todo lo que sucedió. Desde entonces no he vuelto a estar bien.

—He dicho que no quería hablar de ello —repitió Helen Clarke.

El tío Julian se quedó en silencio. Miró a Helen Clarke, y luego a Constance.

—¿Sucedió realmente? —se preguntó al cabo de un momento, con los

dedos sobre la boca.

—Claro que sucedió —respondió Constance sonriéndole.

—Tengo los recortes de prensa —repitió el tío Julian con aire indeciso—. Tengo mis notas —le dijo a Helen Clarke—, he escrito todo lo que sucedió.

—Fue terrible. —Mrs. Wright se inclinó hacia delante con seriedad y el tío Julian se volvió hacia ella.

—Espantoso —dijo dándole la razón—. Horrible, señora. —Maniobró con la silla de ruedas de modo que quedó de espaldas a Helen Clarke—. ¿Le gustaría ver el comedor? —le

preguntó—. ¿La mesa fatídica? Yo no declararé en el juicio, ya sabe; mi salud no me permitía, ni entonces ni ahora, enfrentarme a las preguntas groseras de unos desconocidos. —Volvió la cabeza un instante hacia Helen Clarke—. Me moría de ganas de subir al estrado. Estoy seguro de que la habría ayudado. La absolvieron de todos modos, por supuesto.

—Claro que la absolvieron —dijo con vehemencia Helen Clarke. Cogió el bolso, se lo puso sobre el regazo y buscó dentro los guantes—. Ya nadie piensa en aquello. —Le hizo un gesto a Mrs. Wright y se dispuso a levantarse.

—¿El comedor...? —preguntó tímidamente Mrs. Wright—. Solo una ojeada...

—Señora. —El tío Julian hizo una reverencia desde la silla de ruedas, y Mrs. Wright se apresuró hacia la puerta y se la abrió—. Justo después del vestíbulo —dijo el tío Julian, y ella lo siguió—. Admiro a la mujeres amablemente curiosas, señora; me he dado cuenta al instante de que se moría por ver el escenario de la tragedia; sucedió en esta misma habitación, y todavía seguimos cenando aquí cada noche.

Podíamos oírlo; seguro que se

estaba moviendo alrededor de la mesa del comedor mientras Mrs. Wright lo observaba desde la puerta.

—Se habrá fijado en que la mesa es redonda. Ahora resulta grande para los pocos que lamentablemente quedan de nuestra familia, pero nos hemos resistido a deshacernos de ella porque, al fin y al cabo, es un monumento, si puede llamarse así; hubo un momento en que cualquier periódico habría pagado lo que fuera por una fotografía de esta habitación. Fuimos una familia grande en otro tiempo, se acordarán ustedes, una familia grande y feliz. Teníamos pequeñas desavenencias, por supuesto,

la paciencia no era una de nuestras virtudes; incluso podría decir que había peleas. Nada serio, marido y esposa, hermano y hermana no siempre eran del mismo parecer.

—Entonces por qué ella...

—Sí —respondió el tío Julian—, es desconcertante, ¿verdad? Mi hermano, como padre de familia, estaba sentado, por supuesto, en la cabecera de la mesa, allí, de espaldas a las ventanas y frente a la licorera. John Blackwood estaba orgulloso de su mesa, de su familia, de su lugar en el mundo.

—Lucille ni siquiera lo conoció —dijo Helen Clarke. Miró con ira a

Constance—. Yo me acuerdo muy bien de tu padre.

Las caras se difuminan en la memoria, pensé. Me pregunté si sería capaz de reconocer a Mrs. Wright si la viera en el pueblo. Me pregunté si Mrs. Wright, en el pueblo, pasaría a mi lado, sin verme; Mrs. Wright era tan tímida que quizá nunca mirase las caras. Su té y el pequeño bizcocho todavía estaban sobre la mesa, sin tocar.

—Yo era una buena amiga de tu madre, Constance. Por eso me atrevo a hablarte abiertamente, por tu propio bien. Tu madre habría querido...

—Mi cuñada, señora, era una mujer

delicada. Habrá visto su retrato en el salón, y la exquisita línea de su mandíbula bajo la piel. Una mujer nacida para la tragedia, tal vez, aunque a veces podía ser un poco tonta. En la mesa, a su derecha, me encontraba yo, que por entonces era más joven, y no estaba inválido; me quedé discapacitado esa misma noche. Enfrente de mí estaba el joven Thomas... ¿Sabía que una vez tuve un sobrino, que mi hermano tenía un hijo? Sin duda, seguro que lo habrá leído. Tenía diez años y muchos de los rasgos más fuertes del carácter de su padre.

—Es el que se puso más azúcar —

dijo Mrs. Wright.

—Desgraciadamente —respondió el tío Julian—. Luego, a lado y lado de mi hermano estaban su hija Constance y mi esposa Dorothy, que me concedió el honor de compartir su destino con el mío, aunque dudo que imaginara nunca que eso podía suponer compartir el arsénico en las moras. Había otra niña, mi sobrina Mary Katherine, que no estaba en la mesa.

—Estaba en su habitación —intervino Mrs. Wright—. Una niña encantadora de doce años a la que enviaron a dormir sin cenar. Pero no debemos preocuparnos por ella.

Yo me reí, y Constance le dijo a Helen Clarke:

—Merricat siempre estaba castigada. Yo solía subirle una bandeja con la cena después de que mi padre abandonara el comedor. Era una niña traviesa y desobediente. —Y entonces me sonrió.

—Un comportamiento malsano —comentó Helen Clarke—. Un niño debe ser castigado cuando se porta mal, pero siempre tiene que sentirse querido. Yo no toleraría nunca la indocilidad. Y ahora, de verdad, tenemos que... —Y comenzó a ponerse los guantes otra vez.

—Cordero lechal asado, con una

jalea de menta hecha con la menta del huerto de Constance. Patatas, guisantes, ensalada, también del huerto de Constance. Me acuerdo perfectamente, señora. Aún hoy es una de mis comidas preferidas. Por supuesto, también he tomado notas sobre todo lo que tuvo lugar durante esa cena y, de hecho, durante todo el día. Ahora entenderá usted al instante que la cena giró alrededor de mi sobrina. Era principios de verano, su jardín estaba bonito, el tiempo fue fantástico ese año, lo recuerdo; no hemos vuelto a tener un verano así desde entonces, o quizá solo sea que me estoy haciendo mayor. Nos

entregamos a las diversas y pequeñas delicias que solo Constance nos podía ofrecer; no me estoy refiriendo al arsénico, claro está.

—Bueno, la parte importante eran las moras —dijo Mrs. Wright con voz un poco ronca.

—¡Qué mente la suya, señora! Tan precisa, infalible.

Y ahora me va a preguntar usted cómo es posible que usara arsénico. Mi sobrina no está dotada de tal perspicacia, y por suerte así lo expuso el abogado durante el juicio. Constance es capaz de echar mano de un gran despliegue de sustancias letales sin salir

de casa; nos podría haber dado una salsa de cicuta, que es de la familia del perejil y que, al comerla, provoca parálisis y una muerte instantánea. Podría haber hecho una mermelada de estramonio o de hierba de San Cristóbal, podría haber mezclado en la ensalada *Holcus lanatus*, llamado heno blanco, muy rico en ácido cianhídrico. Guardo notas sobre todo ello, señora. La belladona es de la familia del tomate; ¿habría tenido, cualquiera de nosotros, la intuición de rechazarla si Constance nos la hubiera servido en conserva y bien condimentada? O pensemos simplemente en la familia de las setas,

tan rica en tradición y en engaño. A todos nos gustaban mucho las setas (mi sobrina hace una tortilla de setas increíble, debería usted probarla, señora), y la oronja verde...

—No debería haber preparado la cena —dijo Mrs. Wright con firmeza.

—Claro, por supuesto, nuestro problema radica en eso. Sin duda, no debería haber preparado la comida si su intención era acabar con nosotros envenenándonos; habría sido ridículamente generoso por nuestra parte animarla a cocinar en esas circunstancias.

—¿Y por qué no se ocupaba de la

cena Mrs. Blackwood?

—Por favor —al tío Julian le tembló un poco la voz, y yo, a pesar de que no podía verlo, me imaginé el gesto que acompañaba ese temblor. Debió de levantar una mano, con los dedos extendidos, y seguro que sonreía por detrás de los dedos; era un gesto galante, el del tío Julian; ya había visto como lo hacía ante Constance—. Yo, personalmente, prefería correr el riesgo del arsénico.

—Tenemos que irnos a casa —dijo Helen Clarke—. No sé qué le ha dado a Lucille. Ya le dije antes de venir que no mencionara el tema.

—Este año voy a hacer compota de fresas salvajes —me dijo Constance—. He visto que hay bastantes hacia el fondo del jardín.

—Es muy desconsiderado por su parte, y encima me está haciendo esperar.

—El azucarero en el aparador, el pesado azucarero de plata... Es una reliquia familiar; mi hermano lo apreciaba mucho. Se estará preguntando usted por el azucarero, me imagino. ¿Todavía lo usan?, se está preguntando; ¿lo han lavado?, podría preguntar perfectamente; ¿lo han limpiado a fondo? Puedo resolver sus dudas en este

mismo instante. Mi sobrina Constance lo lavó antes de que llegaran el doctor y la policía, y estará de acuerdo conmigo en que no fue el momento más acertado para lavar el azucarero. El resto de platos que usamos para cenar todavía estaban en la mesa, pero mi sobrina se llevó el azucarero a la cocina, lo vació y lo fregó con un estropajo y agua hirviendo. Fue un gesto curioso.

—Tenía una araña dentro —dijo Constance mirando la tetera. Usábamos un pequeño azucarero con rosas para poner los terrones.

—... tenía una araña dentro, dijo ella. Eso es lo que le contó a la policía.

Por eso lo limpió.

—Bueno —dijo Mrs. Wright—, podría parecer que tenía una razón mejor para hacerlo. Incluso si de verdad había una araña, no lo lavas, quiero decir, simplemente sacas la araña.

—¿Qué razón habría esgrimido usted, señora?

—Bueno, jamás he matado a nadie, así que no lo sé... Quiero decir, no sé qué diría. Lo primero que me viniera a la cabeza, supongo. Quiero decir, supongo que estaba alterada.

—Le aseguro que los retortijones eran horribles; ¿dice usted que nunca ha probado el arsénico? No es agradable.

Lo lamento terriblemente por todos ellos. Yo mismo tuve dolores durante varios días; estoy seguro de que Constance me habría ofrecido sus mejores cuidados, pero en esos momentos difícilmente se podía acceder a ella. La arrestaron al instante.

Mrs. Wright sonó contundente, con un punto involuntario de entusiasmo:

—Siempre he pensado, desde el momento en que llegamos, que sería una ocasión maravillosa para conocerlos a todos ustedes y averiguar qué sucedió realmente, porque no cabe duda de que todavía hay una cuestión que nadie ha podido responder hasta el momento; por

supuesto, tenía pocas esperanzas de hablar de ello, pero ya ve.

Se oyó el sonido de una silla que se movía en el comedor; estaba claro que Mrs. Wright había decidido acomodarse.

—Primero —dijo—, compró el arsénico.

—Para matar ratas —puntualizó Constance mirando la tetera, y luego se volvió hacia mí y me sonrió.

—Para matar ratas —repitió el tío Julian—. El otro uso habitual que se le da al arsénico es en taxidermia, y mi sobrina difícilmente podría simular tener algún conocimiento en ese campo.

—Ella preparó la cena, ella puso la

mesa.

—Debo confesar que esta mujer me sorprende —dijo Helen Clarke—. Parece pura tranquilidad.

—Constance los vio morir a su alrededor como moscas (les ruego que me perdonen) y no llamó al médico hasta que ya fue demasiado tarde. Lavó el azucarero.

—Tenía una araña dentro —dijo Constance.

—Le dijo a la policía que esa gente merecía morir.

—Estaba excitada, señora. Quizá tergiversaron el comentario. Mi sobrina no es una insensible; además, en ese

momento pensó que yo formaba parte de ellos y que por lo tanto merecía morir, como todos nosotros, ¿o no? Aunque creo que mi sobrina nunca diría algo así.

—Ella le dijo a la policía que todo era culpa suya.

—En eso —replicó el tío Julian— me parece que cometió un error. Sin duda es cierto que al principio pensó que su comida había sido la causante de todo aquello, pero al cargar con toda la culpa creo que se excedió. Yo le habría desaconsejado una actitud así si me hubiera consultado. Huele a autocompasión.

—Pero la gran cuestión sin

responder es por qué. ¿Por qué lo hizo? Quiero decir, en el caso de que Constance sea una maníaca homicida.

—Usted la ha conocido, señora.

—¿Qué yo qué? Oh, por Dios, sí. Me había olvidado por completo. Me cuesta pensar que esa joven encantadora es... bueno. Un asesino en serie debe tener una razón, Mr. Blackwood, incluso si solo se trata de una perversión, de una depravación... Oh, qué horror. Es una muchacha encantadora, su sobrina. Hace mucho que no le tomaba tanto cariño a alguien. Pero si es una maníaca homicida...

—Me voy. —Helen Clarke se

levantó y se puso el bolso bajo el brazo con decisión—. Lucille —dijo—, yo me voy. Hemos sobrepasado todos los límites de la decencia. Son más de las cinco.

Mrs. Wright salió corriendo del comedor, consternada.

—Lo siento —se disculpó—. Estábamos charlando y he perdido la noción del tiempo. Oh, querida. —Se apresuró hacia la silla para coger el bolso.

—Ni siquiera ha tocado el té —le dije, con la intención de verla ruborizarse.

—Gracias —respondió; bajó la

mirada hacia la taza de té y se puso colorada—. Estaba delicioso.

El tío Julian detuvo la silla de ruedas en el centro de la habitación y cruzó los brazos con desenfado. Miró a Constance y luego alzó la vista para observar una esquina del techo, serio y recatado.

—Julian, adiós —dijo secamente Helen Clarke—. Constance, lamento que nos hayamos demorado tanto; es inexcusable. ¿Lucille?

Mrs. Wright tenía la mirada de un niño que sabe que lo van a castigar, pero no había olvidado sus modales.

—Gracias —le dijo a Constance,

extendiendo la mano y volviéndola a recoger deprisa—. Me lo he pasado muy bien. Adiós —le dijo al tío Julian.

Se dirigieron hacia el vestíbulo y yo las seguí, para cerrar el candado cuando se hubieran ido. Helen Clarke encendió el motor del coche cuando la pobre Mrs. Wright apenas había entrado, y lo último que le oí a Mrs. Wright fue un leve grito mientras el coche empezaba a descender por la carretera. Cuando volví al salón todavía me estaba riendo y fui a darle un beso a Constance.

—Un té muy agradable —le dije.

—Esa mujer es insoportable. —
Constance inclinó la cabeza hacia atrás,

la apoyó en el cojín y se rio—. Maleducada, pretenciosa, estúpida. No sé por qué sigue viniendo, nunca lo sabré.

—Quiere reformarte. —Cogí el té y el bizcocho de Mrs. Wright y los puse en la bandeja—. Pobre, la menuda Mrs. Wright —dije.

—Te estabas burlando de ella, Merricat.

—Un poco, puede ser. No puedo evitarlo cuando veo que la gente está asustada; siempre me entran ganas de asustarla aún más.

—¿Constance? —El tío Julian giró la silla de ruedas y quedó de cara a ella

—. ¿Qué tal he estado yo?

—Soberbio, tío Julian. —Constance se levantó, fue hacia él y le acarició la cabeza con dulzura—. No has necesitado tus apuntes para nada.

—¿Sucedió realmente?

—Claro que sucedió. Te llevaré a la habitación y podrás echar un vistazo a tus recortes de periódico.

—Pero ahora no. Ha sido una tarde excepcional, pero me parece que estoy un poco fatigado. Descansaré hasta la hora de cenar.

Constance empujó la silla de ruedas hasta el vestíbulo y yo los seguí con la bandeja. Tenía permiso para llevar los

platos sucios pero no para lavarlos, así que dejé la bandeja sobre la mesa de la cocina y observé a Constance mientras ella apilaba los platos junto al fregadero para lavarlos más tarde, barría los pedazos de la jarra de leche rota que había en el suelo y sacaba las patatas para preparar la cena. Al final no tuve más remedio que preguntárselo; la idea me había estado rondando toda la tarde:

—¿Vas a hacer lo que te ha dicho?
—pregunté—. ¿Lo que te ha dicho Helen Clarke?

No fingió sorprenderse. Se quedó mirándose las manos atareadas y esbozó una ligera sonrisa.

—No lo sé —dijo.

3

Se avecinaba un cambio, pero nadie lo sabía salvo yo. Constance lo sospechaba, quizá; a veces la veía en el jardín mirando no a las plantas de las que tanto cuidaba ni a nuestra casa, a su espalda, sino a lo lejos, a los árboles que ocultaban la cerca, y en alguna ocasión se quedaba con la mirada clavada con curiosidad en la carretera, en toda su extensión, y parecía que se preguntara cómo sería recorrerla hasta

las puertas. Yo la observaba. El sábado por la mañana, después de que Helen Clarke hubiera venido a tomar el té, Constance miró la carretera tres veces. El tío Julian no se encontraba bien el sábado por la mañana, estaba agotado después del té, y se quedó en la cama en su cálida habitación junto a la cocina, mirando por la ventana recostado en su almohada, llamando a Constance de vez en cuando para reclamar su atención. Incluso Jonas estaba inquieto —corre como un vendaval, solía decir nuestra madre— y no podía dormir bien; durante los días previos al cambio Jonas no estuvo tranquilo ni un momento. Desde

lo más profundo del sueño de pronto comenzaba a levantar la cabeza, como si estuviera a la escucha, y luego, dándose un rápido impulso con las patas, salía disparado escaleras arriba y pasaba por entre las camas y entraba y salía por las puertas y después bajaba las escaleras y cruzaba el vestíbulo y se subía a las sillas del comedor y daba vueltas alrededor de la mesa e iba a la cocina y salía al jardín, donde se calmaba, deambulando, y luego se detenía para lamerse una pata, sacudir una oreja y echar un vistazo al día. Por la noche lo oíamos correr, notábamos como pasaba por encima de nuestros pies mientras

estábamos en la cama, desatando una tormenta.

Todos los augurios anunciaban un cambio. El sábado por la mañana me desperté y pensé que ellos me estaban llamando; es hora de que me levante, pensé antes de estar despierta del todo y acordarme de que estaban muertos; Constance nunca me llamaba para que me levantara. Esa mañana, cuando me vestí y bajé las escaleras, me estaba esperando para prepararme el desayuno, y se lo conté: «Esta mañana me ha parecido que me llamaban».

—Date prisa con el desayuno —me contestó—. Hoy también hace un día

precioso.

Después de desayunar, cuando hacía buen día y no iba al pueblo, tenía mis ocupaciones. Los miércoles por la mañana siempre recorría la cerca. Sentía la necesidad de comprobar constantemente que los alambres no estuvieran rotos y las puertas estuvieran bien cerradas. Yo misma podía hacer los arreglos, uniendo el alambre allí donde hiciera falta, ajustando las tiras flojas, y para mí era un placer saber, cada miércoles por la mañana, que estaríamos a salvo una semana más.

Los domingos por la mañana examinaba mis amuletos, la caja con

dólares de plata que había enterrado junto al arroyo, y la muñeca enterrada en el campo, y el libro clavado en un árbol del pinar; mientras todo permaneciera donde yo lo había dejado, nada podía sucedernos. Siempre enterraba cosas, incluso cuando era pequeña; recuerdo que una vez dividí el campo en cuatro partes y enterré algo en cada cuarto para hacer que la hierba se hiciera más alta a medida que yo crecía, y así tener siempre un lugar en el que esconderme. En una ocasión enterré seis estatuillas azules en el lecho del arroyo para que el río se secara a partir de allí. Cuando era pequeña, Constance siempre me decía:

«Mira, ten, un tesoro para que lo entierres», y me daba un penique o una cinta de colores. De pequeña enterraba todos los dientes de leche que se me caían, uno tras otro, porque quizá algún día crecerían en forma de dragón. Nuestra tierra estaba enriquecida con los tesoros que yo había enterrado en ella, estaba habitada, justo por debajo de la superficie, por mis estatuillas y mis dientes y mis piedras coloreadas, que hoy por hoy quizá se hayan transformado en joyas; una poderosa red subterránea que nunca se aflojaba, sino que se mantenía perfectamente trabada para protegernos.

Los martes y los viernes iba al pueblo, y el jueves, que era mi mejor día, me metía en el gran desván y me vestía con las ropas que había allí.

Los lunes, Constance y yo limpiábamos la casa, recorriendo todas las habitaciones con fregonas y trapos, dejando cuidadosamente las cosas en su lugar después de haberles quitado el polvo, sin alterar nunca la recta perfecta del peine de carey de nuestra madre. Cada primavera limpiábamos a fondo la casa y la encerábamos hasta el año siguiente, pero los lunes ordenábamos; se acumulaba muy poco polvo en las habitaciones, pero aunque fuera poco no

podía quedarse ahí. A veces Constance intentaba ordenar la habitación del tío Julian, pero al tío Julian no le gustaba que lo molestaran y siempre lo dejaba todo en su lugar, y Constance tenía que conformarse con lavar los vasos de las medicinas y cambiar las sábanas. Yo no tenía permiso para entrar en la habitación del tío Julian.

Los sábados por la mañana yo ayudaba a Constance. No tenía permiso para coger cuchillos, pero cuando ella estaba trabajando en el jardín me ocupaba de sus herramientas, las limpiaba y les sacaba brillo, y llevaba grandes cestas de flores, y a veces las

hortalizas que Constance recogía para preparar la comida. La despensa del sótano estaba llena de comida. Todas las mujeres de la familia Blackwood preparaban comida y se sentían orgullosas de sumarla a las grandes provisiones de nuestra despensa. Había tarros de mermelada hechos por tatarabuelas, con etiquetas de delicada letra difuminada, ahora ya casi ilegibles, y encurtidos preparados por tías abuelas y verduras en conserva hechas por nuestra abuela, e incluso nuestra madre nos había legado seis tarros de compota de manzana. Constance trabajó toda su vida para engrosar las provisiones de la

despensa, y sus hileras e hileras de tarros eran con mucho los más bonitos, relucían entre los demás. «Tú entierras comida del mismo modo que yo entierro tesoros», le decía a veces, y en una ocasión me contestó: «La comida viene de la tierra y no podemos permitir que se quede allí y se pudra; hay que hacer algo con ella». Todas las mujeres de la familia Blackwood habían recogido la comida que daba la tierra y la habían conservado, y los tarros de intensos colores con encurtidos y verduras y mermeladas granate, ámbar y verde oscuro, estaban unos al lado de los otros y allí se quedarían para siempre, como

un poema compuesto por las mujeres de la familia Blackwood. Cada año, Constance, el tío Julian y yo cogíamos mermeladas o conservas o encurtidos que Constance había preparado, pero nunca tocábamos lo que habían hecho las otras; Constance decía que moriríamos si nos lo comíamos.

Ese sábado por la mañana me hice una tostada con mermelada de albaricoque, y me imaginé a Constance mientras la preparaba y la guardaba con cuidado para que yo la comiera una mañana luminosa, sin siquiera soñar que se avecinaría un cambio antes de que la mermelada se acabara.

—Merricat, holgazana, deja de soñar con la tostada; en un día tan bonito como hoy te quiero en el jardín.

Ella estaba preparando la bandeja del tío Julian, poniendo la leche caliente en una jarrita con margaritas amarillas, y recortando la tostada para que fuera pequeña y cuadrada y estuviera caliente; si algo le parecía grande o difícil de comer, el tío Julian lo dejaba en el plato. Por la mañana Constance siempre le llevaba la bandeja a su habitación, porque el tío Julian dormía muy mal y a veces se quedaba esperando en la oscuridad la llegada de las primeras luces y el consuelo de Constance con su

bandeja. Algunas noches, cuando el corazón le dolía mucho, tomaba una pastilla más de lo habitual, y luego se quedaba toda la mañana adormilado y pálido, sin intención de sorber la leche caliente, pero le gustaba saber que Constance estaba atareada en la cocina, en la puerta de al lado de su habitación, o en el jardín, donde podía verla desde la cama. Las mañanas en que se encontraba bien, Constance lo llevaba a la cocina para que desayunara, y él se sentaba a su vieja mesa en el rincón, llenando de migas sus notas, estudiando sus papeles mientras comía.

—Si me quedan fuerzas —le decía

siempre a Constance—, yo mismo escribiré el libro. Si no, ocúpate de confiarle mis notas a algún cínico ilustre al que no le preocupe demasiado la verdad.

Yo me había propuesto ser más amable con el tío Julian, así que esa mañana esperaba que disfrutase de su desayuno y después saliera al jardín en su silla de ruedas y se quedara sentado al sol.

—A lo mejor hoy se abre un tulipán —le dije, mirando hacia el sol resplandeciente a través de la puerta abierta de la cocina.

—No creo que se abra hasta mañana

—contestó Constance, que siempre sabía esas cosas—. Ponte las botas si vas a salir a pasear, el bosque todavía está húmedo.

—Se avecina un cambio —anuncié.

—Es primavera, tonta —dijo, y cogió la bandeja del tío Julian—. No salgas mientras no estoy aquí, hay cosas que hacer.

Abrió la puerta del tío Julian y oí como le daba los buenos días. Su voz sonó vieja cuando le respondió y yo supe que no estaba bien. Constance se iba tener que quedar con él todo el día.

—¿Ya ha llegado a casa tu padre, niña? —le preguntó.

—No, hoy no —respondió Constance—. Deja que te ponga otra almohada. Hace un día precioso.

—Es un hombre ocupado —dijo el tío Julian—. Acércame un lápiz, querida; quiero anotar esto. Es un hombre muy ocupado.

—Bebe un poco de leche caliente. Te hará entrar en calor.

—Tú no eres Dorothy. Tú eres mi sobrina Constance.

—Bebe.

—Buenos días, Constance.

—Buenos días, tío Julian.

Decidí escoger tres palabras poderosas, tres palabras que me

protegieran; mientras esas grandes palabras no se pronunciaran en voz alta no se produciría ningún cambio. Escribí la primera palabra —melodía— sobre la mermelada de albaricoque de mi tostada con el mango de la cuchara y luego me llevé la tostada a la boca y me la comí muy deprisa. Estaba un tercio salvada. Constance salió de la habitación del tío Julian con la bandeja.

—Esta mañana no se encuentra bien —dijo—. Ha dejado casi todo el desayuno y está muy cansado.

—Si tuviera un caballo alado lo llevaría volando a la Luna; allí estaría más cómodo.

—Más tarde lo sacaré al sol, a lo mejor le preparo un ponche de huevo.

—Todo está a salvo en la Luna.

Constance me dirigió una mirada distante.

—Achicoria —dijo—. Y rábanos. Esta mañana iba a trabajar en el huerto, pero no quiero dejar solo al tío Julian. Espero que las zanahorias... —
Tamborileó con los dedos sobre la mesa mientras pensaba—. Ruibarbo —añadió.

Yo llevé los platos de mi desayuno hasta el fregadero y los dejé dentro; estaba decidiendo mi segunda palabra mágica, y pensé que bien podría ser

Gloucester. Era rotunda y pensé que serviría, a pesar de que corría el riesgo de que al tío Julian se le metiera en la cabeza y la usara para decir cualquier cosa, ninguna palabra estaba a salvo en boca del tío Julian.

—¿Por qué no le haces un pastel al tío Julian?

Constance sonrió.

—¿Quieres decir que por qué no le hago un pastel a Merricat? ¿Hago un pastel de ruibarbo?

—A Jonas y a mí no nos gusta el ruibarbo.

—Pero tiene los colores más bonitos; nada queda tan bonito sobre las

estanterías como la mermelada de ruibarbo.

—Hazla para las estanterías, entonces. A mí hazme un pastel de achicoria.

—Tontuela, Merricat —dijo Constance. Llevaba el vestido azul, la luz del sol se dibujaba en el suelo de la cocina y el color empezaba a asomar en el jardín. Jonas estaba sentado en el escalón, lamiéndose, y Constance empezó a cantar cuando se puso a lavar los platos. Yo estaba dos tercios salvada, solo me faltaba encontrar una última palabra mágica.

El tío Julian todavía dormía y

Constance pensó en escaparse cinco minutos al huerto para ver qué podía recoger; yo estaba sentada en la cocina vigilando al tío Julian para poder llamar a Constance si se despertaba, pero cuando volvió aún seguía dormido. Me comí unas pequeñas zanahorias crudas muy dulces mientras Constance lavaba y preparaba las hortalizas.

—Comeremos una ensalada primavera —dijo.

—Nos tragamos el año. Nos comemos la primavera y el verano y el otoño. Estamos esperando a que crezca algo para luego comérmolo.

—Tontuela, Merricat —respondió

Constance.

Cuando el reloj de la cocina marcaba las once y veinte, se quitó el delantal, echó una ojeada a la habitación del tío Julian y, como siempre, se retiró a su habitación hasta que yo la llamara. Yo fui a la puerta de entrada, quité el candado y la abrí justo cuando el coche del doctor pasaba la curva. Tenía prisa, como siempre, y detuvo el coche y en dos zancadas subió los escalones; «Buenos días, Miss Blackwood», dijo al pasar delante de mí, cruzando el vestíbulo, y para cuando llegó a la cocina ya se había quitado el abrigo y se disponía a colgarlo en una de las sillas.

Fue directamente a la habitación del tío Julian sin dirigir la mirada ni a mí ni a su alrededor, pero al abrir la puerta de la habitación del tío Julian de pronto se mostró tranquilo y dulce.

—Buenos días, Mr. Blackwood —dijo con voz apacible—, ¿cómo se encuentra hoy?

—¿Dónde está el viejo tonto? —preguntó el tío Julian, como siempre—. ¿Por qué no ha venido Jack Mason?

Constance había llamado al doctor Mason la noche en que murieron todos.

—El doctor Mason no ha podido venir hoy —contestó el doctor, como siempre—. Yo soy el doctor Levy. He

venido a verlo en su lugar.

—Prefiero ver a Jack Mason.

—Lo haré lo mejor posible.

—Siempre dije que sobreviviría al viejo tonto. —El tío Julian se rio brevemente—. ¿Por qué está fingiendo conmigo? Jack Mason murió hace tres años.

—Mr. Blackwood —dijo el doctor —, es un placer tenerlo de paciente. — Cerró la puerta sin hacer ruido.

Pensé en usar *digitalis* como mi tercera palabra mágica, pero era demasiado fácil de decir, y al final me decidí por Pegaso. Cogí un vaso del armario y pronuncié la palabra

vocalizando dentro del vaso, luego lo llené de agua y me la bebí. La puerta del tío Julian estaba abierta, y el doctor se quedó un momento en la entrada.

—No se olvide —dijo—, lo veré el próximo sábado.

—Charlatán —respondió el tío Julian.

El doctor se volvió, sonreía; luego la sonrisa desapareció y comenzaron las prisas otra vez. Cogió el abrigo y cruzó el vestíbulo. Yo lo seguí y para cuando llegué a la puerta él ya estaba bajando los escalones.

—Adiós, Miss Blackwood —dijo sin mirar; se metió en el coche y lo puso

en marcha al instante, yendo más y más deprisa hasta que llegó a las puertas y giró hacia la carretera. Yo cerré la puerta principal con candado y me acerqué a las escaleras.

—¿Constance? —la llamé.

—Ya voy —dijo desde arriba—. Ya voy, Merricat.

Más tarde, el tío Julian se encontró mejor y salió al jardín, bajo el cálido sol de la tarde, con las manos cruzadas en el regazo, medio adormilado. Yo me tendí cerca de él, en el banco de mármol donde le gustaba sentarse a nuestra madre, y Constance se puso de rodillas en el suelo, con las manos dentro de la

tierra, y era como si brotaran mientras la trabajaba y la removía, en contacto con las raíces de las plantas.

—Era una mañana agradable —dijo el tío Julian con voz monótona—, una mañana agradable y luminosa, y ninguno de ellos sabía que sería la última. Ella estaba abajo, mi sobrina Constance. Me desperté y la oí en la cocina (en esa época yo dormía arriba, todavía podía subir las escaleras, y dormía con mi mujer en nuestra habitación), y pensé que era una mañana agradable, sin imaginar que para ellos iba a ser la última. Luego oí a mi otra sobrina; no, a mi hermano; mi hermano fue el primero

en bajar después de Constance. Lo oí silbar. ¿Constance?

—¿Sí?

—¿Qué era aquello que solía silbar mi hermano, siempre desafinado?

Constance se quedó pensando, tarareó en voz baja, y yo me estremecí.

—Claro. Yo nunca tuve oído para la música; me acuerdo del aspecto de la gente, de lo que dijeron y de lo que hicieron, pero no de lo que cantaban. Mi hermano fue el primero en bajar después de Constance, sin preocuparse, por supuesto, de si el ruido que hacía o la melodía que tarareaba despertaba a alguien, sin pensar en que a lo mejor yo

todavía estaba durmiendo, aunque en realidad, en este caso, ya estaba despierto. —El tío Julian suspiró, y alzó la cabeza para mirar con curiosidad, por una vez, alrededor del jardín—. Nunca supo que era su última mañana en este mundo. Se habría comportado con más tranquilidad, creo, si lo hubiese sabido. Lo oí en la cocina con Constance y le dije a mi esposa (ella también estaba despierta; a ella la había despertado el ruido), le dije a mi esposa que era mejor que se vistiera; que, al fin y al cabo, vivíamos aquí con mi hermano y su mujer y que no debíamos olvidarnos de mostrarnos corteses y complacientes y

ayudarlos en todo lo que pudiéramos; le dije que se vistiera y que bajara a la cocina con Constance. Hizo lo que se le dijo; nuestras esposas siempre hacían lo que se les decía, a pesar de que esa mañana mi cuñada se quedó en la cama hasta tarde; quizá ella sí tenía una premonición y quería disfrutar del descanso terrenal mientras pudiera. Se los oía. Oí bajar al muchacho. Pensé en vestirme. ¿Constance?

—¿Sí, tío Julian?

—En esa época todavía podía vestirme solo, ya sabes, aunque ese fue el último día. Todavía podía caminar sin ayuda, y vestirme, y comer, y no tenía

dolores. En esa época dormía bien, como cualquier hombre sano. No era joven, pero era fuerte y dormía bien y aún podía vestirme solo.

—¿Quieres que te ponga una manta sobre las rodillas?

—No, querida, te lo agradezco. Has sido una buena sobrina, aunque haya quien sospeche que no has sido una buena hija. Mi cuñada bajó antes que yo. Desayunamos tortitas, pequeñas tortitas calientes de masa fina, y mi hermano se comió dos huevos fritos y mi esposa (a pesar de que yo la disuadía de que comiera demasiado, puesto que estábamos viviendo en casa de mi

hermano) se sirvió muchas salchichas. Salchichas caseras, hechas por Constance. ¿Constance?

—¿Sí, tío Julian?

—Creo que si hubiera sabido que era su último desayuno le habría dejado comer más salchichas. Ahora, al pensar en ello, me sorprende que ninguno sospechase que era su última mañana; en ese caso no le habrían servido de mala gana más salchichas a mi esposa. A veces mi hermano hacía comentarios sobre lo que comíamos mi esposa y yo; él era un hombre justo, y nunca escatimaba en comida, siempre y cuando no comiéramos demasiado. Esa mañana

estuvo observando a mi mujer mientras comía salchichas, Constance. Yo vi como la observaba. Nosotros solo comíamos lo necesario, Constance. Él comió tortitas y huevos fritos y salchichas pero a mí me dio la sensación de que iba a decirle algo a mi esposa; era tremendo lo que comía aquel hombre. Me alegra que ese día el desayuno estuviera particularmente rico.

—La semana que viene puedo hacerte salchichas, tío Julian; las salchichas caseras no te harán daño si solo comes unas cuantas.

—Mi hermano nunca escatimaba en comida, siempre y cuando no

comiéramos demasiado. Mi esposa ayudaba a lavar los platos.

—Yo le estoy muy agradecida.

—Ahora creo que podría haber hecho más. Entretenía a mi cuñada, remendaba la ropa, ayudaba a lavar los platos por la mañana, pero creo que mi hermano pensaba que podría haber hecho más. Después de desayunar se fue a ver a un hombre por algún asunto.

—Quería poner una pérgola en el jardín. Tenía pensado poner una pérgola para una parra.

—Ahora lo lamento; podríamos estar comiendo mermelada de nuestras propias uvas. Yo siempre me sentía más

cómodo para conversar cuando él se iba; recuerdo que esa mañana estuve distrayendo a las damas, estábamos sentados en el jardín. Hablamos de música; mi esposa tenía un gran sentido musical a pesar de que nunca aprendió a tocar. Mi cuñada tenía una gran sensibilidad, todo el mundo lo decía, y a menudo tocaba por las noches. Esa noche no, por supuesto. Esa noche no pudo tocar. Por la mañana pensamos que tocaría por la noche, como de costumbre. ¿Tú recuerdas, Constance, que esa mañana en el jardín yo estuve muy animado?

—Yo estaba recogiendo hortalizas

—contestó Constance— pero os oía reír a todos.

—Yo estaba bastante animado; ahora eso me pone contento. —Se quedó en silencio un momento, cruzando y descruzando los dedos. Yo me había propuesto ser más amable con él, pero no podía cruzar los dedos por él, y él no necesitaba que le llevase nada, así que seguí callada y escuché lo que decía. Constance fruncía el ceño, miraba fijamente las hojas, y las sombras se mecían ligeras sobre el césped.

—El muchacho se fue —dijo por fin el tío Julian con su voz anciana y triste—. El muchacho se fue..., ¿fue a pescar,

Constance?

—Estaba trepando al castaño.

—Lo recuerdo. Claro. Lo recuerdo todo con mucha claridad, querida, y lo tengo anotado. Fue la última mañana y no me gustaría olvidarla. Estaba trepando al castaño, nos gritaba desde muy arriba del árbol, y estuvo lanzando pequeñas ramas hasta que mi cuñada se dirigió a él bruscamente. No le gustaba que le cayeran ramas sobre el cabello, y a mi esposa tampoco le gustaba, aunque ella nunca habría hablado en primer lugar. Creo que mi esposa era educada con tu madre; me resulta odioso pensar que no lo era; vivíamos en la casa de mi

hermano y comíamos su comida. Me acuerdo de que mi hermano vino a comer.

—Comimos tostadas con queso fundido —dijo Constance—. Había estado cuidando las hortalizas toda la mañana y tuve que hacer algo rápido para comer.

—Había tostadas con queso fundido. Siempre me he preguntado por qué el arsénico no estaba en las tostadas. Es una cuestión importante que deberé tratar en mi libro de manera convincente. ¿Por qué el arsénico no estaba en las tostadas? Habrían perdido algunas horas de su último día, pero

todo habría ido mucho más rápido. Constance, si hay algo de lo que preparas que realmente no me gusta, son las tostadas con queso fundido. Nunca me han gustado las tostadas con queso fundido.

—Lo sé, tío Julian. A ti nunca te las sirvo.

—Habría sido mucho más apropiado poner allí el arsénico. Yo en lugar de eso comí ensalada, me acuerdo. De postre había pudín de manzana, había sobrado de la noche anterior.

—El sol se está poniendo. — Constance sacó las manos de la tierra y se las sacudió—. Te vas a enfriar si no

te llevo dentro.

—Habría sido mucho más apropiado poner allí el arsénico, Constance. Es curioso que en aquel momento no surgiera el tema. El arsénico es insípido, ya lo sabes, pero te aseguro que las tostadas con queso fundido no. ¿Adónde me llevas?

—Dentro. Descansarás una hora en tu habitación hasta la cena, y después tocaré para ti, si tienes ganas.

—No puedo permitirme esa pérdida de tiempo, querida. Debo recordar millones de detalles y anotarlos, no tengo ni un minuto que perder. No me perdonaría dejar escapar ni un solo

detalle de su último día; no debe faltar nada. Creo que, en general, fue un día agradable para todos ellos, y no cabe ninguna duda de que es mucho mejor que nunca supieran que iba a ser el último. Empiezo a tener frío, Constance.

—En un minuto estarás en tu habitación.

Yo los seguí a distancia, no tenía ganas de abandonar el jardín mientras oscurecía; Jonas vino tras de mí, dirigiéndose hacia la luz de la casa. Cuando Jonas y yo entramos, Constance acababa de cerrar la puerta de la habitación del tío Julian y me sonrió.

—Ya está casi dormido —dijo con

dulzura.

—¿Cuidarás de mí cuando sea tan mayor como el tío Julian? —le pregunté.

—Si sigo por aquí —contestó, y yo me quedé estupefacta.

Me senté en mi rincón sosteniendo a Jonas y la observé mientras trajinaba deprisa y en silencio por nuestra luminosa cocina. En unos pocos minutos me pediría que pusiera la mesa en el comedor para los tres, y luego, después de cenar, ya sería de noche y compartiríamos la calidez de la cocina, protegidos por la casa, y desde fuera nadie podría ver más que una luz.

4

El domingo por la mañana el cambio estaba un día más próximo. Yo había decidido no pensar en mis tres palabras mágicas y evitar que me rondaran la mente, pero los aires de cambio eran tan intensos que resultaba imposible eludirlas; el cambio se extendía como la niebla sobre las escaleras y la cocina y el jardín. No olvidaría mis palabras mágicas: MELODÍA GLOUCESTER PEGASO, pero me negaba a que me

rondaran la mente. El domingo por la mañana hacía mal tiempo y pensé que Jonas se estaría preparando para la tormenta; el sol brillaba en la cocina pero las nubes cruzaban velozmente el cielo y una leve brisa cortante entraba y salía mientras yo desayunaba.

—Ponte las botas si vas a salir a pasear —me dijo Constance.

—No creo que el tío Julian pueda sentarse fuera hoy, hace demasiado frío para él.

—Un clima típicamente primaveral —comentó Constance, y sonrió hacia su jardín.

—Te quiero, Constance —dije.

—Yo también te quiero, tontuela, Merricat.

—¿Se encuentra mejor el tío Julian?

—Me parece que no. Ha desayunado mientras tú todavía dormías, y me ha dado la sensación de que estaba muy cansado. Me ha dicho que se ha tomado otra pastilla durante la noche. Me parece que está empeorando.

—¿Estás preocupada?

—Sí. Mucho.

—¿Se va a morir?

—¿Sabes lo que me ha dicho esta mañana? —Constance se volvió, apoyándose en el fregadero, y me miró con tristeza—. Pensaba que yo era la tía

Dorothy, y me ha cogido la mano y ha dicho: «Es terrible ser viejo, y limitarte a estar aquí tumbado preguntándote cuándo va a suceder». Casi me ha asustado.

—Deberías dejar que me lo lleve a la Luna —contesté.

—Le he dado la leche caliente y entonces me ha reconocido.

Pensé que seguramente el tío Julian estaba muy contento de que Constance y la tía Dorothy cuidaran de él y me dije a mí misma que las cosas largas y finas me recordarían que debía ser más amable con el tío Julian; ese iba a ser un día de cosas largas y delgadas, pues ya

me había encontrado un cabello en el cepillo de dientes, y un hilo a un lado de mi silla y había una grieta en la escalera de atrás.

—Prepárale un pudin —sugerí.

—Tal vez. —Agarró un cuchillo largo y delgado y lo dejó en el fregadero —. O una taza de chocolate. Y *dumpings* para acompañar el pollo de la cena.

—¿Me necesitas?

—No, Merricat mía. Ponte las botas y sal.

Fuera la luz del día era cambiante, y Jonas bailaba entre las sombras mientras me seguía. Cuando yo corría Jonas corría, y cuando yo me detenía y me

quedaba quieta él se detenía y me miraba y luego salía disparado en otra dirección, como si no nos conociéramos, y después se sentaba y me esperaba para seguir. Caminábamos por el campo abierto, que ese día parecía un océano, aunque yo nunca había visto el océano; la hierba se agitaba con la brisa y las nubes oscuras iban y venían y los árboles se mecían a lo lejos. Jonas desapareció entre la hierba, que estaba tan alta que me rozaba las manos al caminar y se movía sinuosamente a su antojo; un momento después, la hierba dibujaría bajo la brisa una curva por donde estaba corriendo Jonas. Yo estaba

en una punta y crucé el campo en diagonal hacia la otra punta, y en medio me topé con la roca que indicaba el lugar donde había enterrado la muñeca; siempre sería capaz de encontrarla, a diferencia de muchos de mis tesoros enterrados, a los que daba por perdidos para siempre. La roca estaba en su lugar y la muñeca estaba a salvo. Estoy caminando sobre un tesoro enterrado, pensé, con la hierba rozándome las manos y sin nada a mi alrededor salvo la extensión del campo abierto, con la hierba balanceándose y el bosque de pinos al fondo; detrás de mí estaba la casa, y mucho más lejos, a mi izquierda,

oculta tras los árboles y prácticamente fuera del alcance de la vista, la cerca de alambre que nuestro padre había colocado para mantener alejada a la gente.

Después de abandonar el campo abierto, pasé entre los cuatro manzanos a los que denominábamos nuestro manzanar, y luego cogí el camino hasta el arroyo. Mi caja con dólares de plata enterrada junto al arroyo estaba a salvo. Cerca, bien oculto, se encontraba uno de mis escondites, el que había construido con más esmero y el que usaba más a menudo. Había arrancado dos o tres arbustos pequeños y allanado el terreno;

alrededor había otros arbustos y ramas de árboles, y la entrada estaba tapada con un tronco que prácticamente llegaba hasta el suelo. En realidad no era necesario esconderse tanto, porque nunca venía nadie a buscarme aquí, pero a mí me gustaba tumbarme dentro con Jonas y saber que no podían encontrarme. Hice una cama con hojas y ramas y con una manta que Constance me había dado. Los altos árboles de alrededor eran tan tupidos que dentro siempre había un ambiente seco y los domingos por la mañana me echaba allí con Jonas y escuchaba sus historias. Todas las historias de gatos comienzan

con la misma frase: «Mi madre, que fue la primera gata, me contó lo siguiente», y yo acercaba la cabeza a Jonas y escuchaba. No se avecina ningún cambio, pensé estando allí, es solo la primavera; no hay motivo para tener miedo. Los días se volverían más cálidos, y el tío Julian se sentaría al sol, y Constance reiría mientras trabajaba en el jardín, y todo seguiría igual. Jonas continuaba su historia («¡Y entonces cantamos! ¡Y entonces cantamos!») y las hojas se movían por encima de nosotros, y todo seguiría igual.

Encontré un nido de serpientes cerca del arroyo y las maté; no me gustaban

las serpientes y Constance nunca me había dicho que no lo hiciera. Estaba volviendo a casa cuando tuve un mal presentimiento, uno de los peores. El libro que había clavado en el bosque de pinos se había caído. Ví que el clavo se había oxidado y que el libro —era una pequeña libreta de nuestro padre donde anotaba los nombres de la gente que le debía dinero, y de la gente que, según él, le debía favores— ya no servía como protección. Lo había envuelto en un papel muy resistente antes de clavarlo al árbol, pero el clavo se había oxidado y se había caído. Pensé que lo mejor sería destruirlo, por si cobraba un poder

maléfico, y poner otra cosa en el árbol, quizá una bufanda de nuestra madre, o un guante. Se había hecho muy tarde, aunque en ese momento yo no era consciente de ello; él ya estaba de camino a casa. Para cuando encontré el libro, él ya debía de haber dejado su maleta en la oficina de Correos y debía de estar pidiendo indicaciones. Jonas y yo solo sabíamos que teníamos hambre, y regresamos corriendo a casa, y entramos en la cocina acompañados por la brisa.

—¿De verdad te has olvidado de ponerte las botas? —preguntó Constance. Intentaba fruncir el ceño

pero acabó riéndose—. Tontuela, Merricat.

—Jonas no tiene botas. Hace un día precioso.

—A lo mejor mañana podemos ir a recoger setas.

—Jonas y yo tenemos hambre hoy.

En ese instante él ya debía de estar caminando por el pueblo en dirección a la roca negra, mientras todos lo observaban y se hacían preguntas y cuchicheaban al verlo pasar.

Fue el último de nuestros días agradables y pausados, aunque, como habría dicho el tío Julian, nunca podríamos haberlo sospechado.

Constance y yo comimos entre risas, ignorando que mientras nosotras estábamos alegres él intentaba abrir la puerta cerrada con candado, observaba detenidamente el camino y se dirigía hacia el bosque que nuestro padre había cercado. Comenzó a llover cuando estábamos en la cocina, y dejamos abierta la puerta para ver cómo caía la lluvia oblicuamente en el alféizar y regaba el jardín; Constance estaba contenta, como cualquier jardinero auténtico cuando llueve.

—Pronto se llenará todo de color.

—Siempre estaremos juntas, ¿verdad, Constance?

—¿No estarás pensando en irte de aquí, Merricat?

—¿Adónde íbamos a ir? —le pregunté—. ¿Dónde podríamos encontrar un lugar mejor que este? ¿Quién nos quiere, allí fuera? El mundo está lleno de gente mala.

—A veces me lo pregunto. —Se puso seria un momento, luego se volvió y me sonrió—. No te preocupes, Merricat. No nos va a pasar nada.

En ese preciso instante debió de encontrar la entrada y comenzó a enfilear la carretera, apresurándose bajo la lluvia, porque solo pasaron un minuto o dos antes de que yo lo viera. Podría

haber usado ese minuto, o dos, para muchas cosas: podría haber avisado a Constance, de algún modo, o podría haber pensado en otra palabra nueva, salvadora y mágica, o podría haber empujado la mesa hasta la puerta de la cocina; pero me quedé jugando con mi cuchara y mirando a Jonas, y cuando vi que Constance se estremecía, le dije: «Voy a buscarte un suéter». Por eso yo estaba en el vestíbulo cuando él subió los escalones. Lo vi por la ventana del comedor y, paralizada, se me cortó la respiración por un momento. Yo sabía que la puerta principal estaba cerrada con candado; eso fue lo primero que

pensé.

—Constance —dije en voz baja, sin moverme—, hay alguien ahí fuera. La puerta de la cocina, rápido.

Pensé que me había oído, porque oí sus movimientos en la cocina, pero el tío Julian la había llamado en ese preciso instante y ella fue a verlo, dejando desprotegido el corazón de nuestra casa. Corrí hasta la puerta de entrada y me apoyé en ella mientras oía los pasos fuera. Llamó a la puerta, al principio suavemente y después con firmeza, y yo seguía apoyada en la puerta, sentía los golpes sobre mí, sabía que estaba muy cerca. Ya tenía claro que formaba parte

de los malos, de los que daban vueltas y vueltas alrededor de la casa, de los que intentaban entrar, miraban por las ventanas, las forzaban, se metían dentro y se llevaban souvenirs.

Volvió a llamar y luego gritó:

—¿Constance? ¿Constance?

En realidad, todos sabían su nombre. Sabían su nombre y el del tío Julian y sabían cómo se peinaba y el color de los tres vestidos que lució ante el tribunal y la edad que tenía y cómo hablaba y cómo se movía y a la menor oportunidad se acercaban y escrutaban su rostro para ver si estaba llorando.

—Quiero hablar con Constance —

dijo desde el otro lado de la puerta, como siempre decían todos.

Hacía mucho que no venía ninguno de ellos, pero yo no había olvidado cómo me hacían sentir. Al principio, siempre estaban ahí, esperando a Constance, tan solo para verla. «Mira —decían, dándose codazos entre ellos y señalándola—, allí está, esa, esa es Constance. No tiene pinta de asesina, ¿verdad? —comentaban entre sí—. A ver si puedes hacerle una foto cuando vuelvas a verla». «Cojamos algunas flores —se decían tranquilamente—, una piedra o alguna cosa del jardín, lo llevaremos a casa y se lo mostraremos a

los niños».

—¿Constance? —preguntó desde fuera—. ¿Constance? —Volvió a llamar—. Quiero hablar con Constance —repitió—, tengo algo importante que decirle.

Siempre tenían algo importante que decirle a Constance, tanto si empujaban la puerta o gritaban desde fuera como si llamaban por teléfono o escribían aquellas cartas tan terribles. A veces buscaban a Julian Blackwood, pero nunca preguntaban por mí. A mí me habían mandado a la cama sin cenar, ni siquiera me habían permitido ir al juicio, nadie me había tomado ninguna

fotografía. Mientras ellos escrutaban a Constance durante el juicio, yo estaba tumbada en la cama del orfanato, miraba el techo, deseaba que todos estuvieran muertos, esperaba a que Constance viniera y me llevase de vuelta a casa.

—Constance, ¿puedes oírme? —gritó desde fuera—. Por favor, escúchame aunque sea solo un segundo.

Me pregunté si oía mi respiración desde el otro lado de la puerta; sabía perfectamente cuál iba a ser su siguiente movimiento. Primero se alejaría de la casa, protegiéndose los ojos de la lluvia, y dirigiría la mirada a las ventanas del piso de arriba, con la

esperanza de ver una cara mirando hacia abajo. Luego iría hacia uno de los lados de la casa, siguiendo el camino que supuestamente solo pisábamos Constance y yo. Cuando encontrara la puerta lateral, que nosotras nunca abríamos, llamaría en busca de Constance. A veces, cuando no les respondía nadie ni en la puerta principal ni en la lateral, se iban; eran los que se sentían ligeramente incómodos por estar ahí y se arrepentían de haberse molestado en venir, en primer lugar porque en realidad no había nada que ver y podrían haberse ahorrado ese tiempo o haber ido a cualquier otro

lugar; estos acostumbraban a irse apresuradamente cuando se daban cuenta de que no iban a ver a Constance. Pero los testarudos, los que yo deseaba que se murieran y ver sus cadáveres tirados en la carretera, seguían dando vueltas y más vueltas a la casa, probando suerte en todas las puertas y repiqueteando en las ventanas. «Tenemos derecho a verla —solían gritar—, mató a toda esa gente, ¿o no?». Se acercaban con el coche hasta los escalones y aparcaban allí. Muchos de ellos se preocupaban de cerrar bien el coche, asegurándose de que todas las ventanillas estuvieran subidas, antes de venir a aporrear la

casa y llamar a Constance. Hacían picnics sobre el césped y se tomaban fotos ante la puerta de la casa y dejaban sueltos a sus perros en el jardín. Escribían sus nombres en las paredes y en la puerta principal.

—Oye —dijo desde fuera—, tienes que dejarme entrar.

Oí que bajaba los escalones y supe que miraba hacia arriba. Todas las ventanas estaban cerradas. La puerta lateral estaba cerrada. Era mejor no mirar a través de los delgados paneles de vidrio que había a lado y lado de la puerta; siempre notaban el más mínimo movimiento, y ya solo de haber tocado

las cortinas del comedor, él habría salido corriendo hacia la casa gritando: «Aquí está, aquí está». Me quedé apoyada en la puerta y me imaginé que la abría y me lo encontraba muerto en la carretera.

Él seguía mirando hacia arriba y la fachada miraba hacia abajo, inexpresiva, porque nunca subíamos las persianas; no iba a obtener ninguna respuesta por ahí y yo tenía que darle un suéter a Constance para que dejara de temblar. No corría peligro si iba al piso de arriba, pero quería estar con Constance mientras él estaba fuera esperando, así que enfilé corriendo las

escaleras y cogí al vuelo el suéter que estaba sobre la silla en la habitación de Constance, bajé a toda prisa, crucé el vestíbulo hasta la cocina y allí estaba él, sentado a la mesa en mi silla.

—Tenía tres palabras mágicas — dije, con el suéter en la mano—. Eran melodía Gloucester Pegaso, y nos protegían mientras no se pronunciaran en voz alta.

—Merricat —dijo Constance; se volvió y me miró, sonriendo—. Es nuestro primo, nuestro primo Charles Blackwood. Yo lo había visto una vez, se parece a nuestro padre.

—Bueno, Mary —dijo él. Se

levantó; ahora que estaba dentro era más alto, y al acercarse a mí se hacía más y más grande—. ¿No le das un beso a tu primo Charles?

La puerta de la cocina estaba abierta de par en par tras él; era el primero que entraba, y Constance le había permitido entrar. Constance se levantó. No se atrevió a tocarme, pero me dijo con dulzura «Merricat, Merricat», y extendió los brazos hacia mí. Me sentía agarrotada, no podía respirar y tuve que irme corriendo. Tiré el suéter al suelo, salí por la puerta y fui hasta el arroyo, adonde iba siempre. Jonas me encontró al cabo de un rato y nos tumbamos

juntos, protegiéndonos de la lluvia bajo los árboles oscuros y espesos que se alzaban sobre nosotros, con esa sabiduría y solidez que solo tienen los árboles. Miré los árboles que había a mi espalda y escuché el leve sonido del agua. No existía ningún primo, ningún Charles Blackwood, ningún intruso dentro de casa. Todo era culpa del libro, que se había caído del árbol; cometí la negligencia de no reemplazarlo al instante y ahora nuestro muro de seguridad se había desmoronado. Al día siguiente buscaría otro objeto mágico y lo clavaría al árbol. Me quedé dormida escuchando a Jonas mientras las

sombras se apagaban. Durante la noche Jonas se fue a cazar; me despertó un poco cuando regresó y yo me aferré a él para que me diera calor. «Jonas», dije, y él ronroneó plácidamente. Al despertarme a la mañana siguiente, la niebla se mecía suavemente sobre el arroyo, daba vueltas alrededor de mi rostro y me rozaba. Me quedé allí riendo mientras sentía esa caricia casi imaginaria sobre los ojos y alzaba la vista hacia los árboles.

5

Cuando entré en la cocina, arrastrando todavía la brisa, Constance estaba preparándole el desayuno al tío Julian. No cabía duda de que el tío Julian se encontraba bien esa mañana, porque Constance le había servido té en vez de leche caliente; se debía de haber despertado temprano y habría pedido té. Me acerqué a ella y la rodeé con los brazos, y ella se volvió y me abrazó.

—Buenos días, Merricat —me dijo.

—Buenos días, Constance. ¿Se encuentra mejor el tío Julian?

—Mucho mejor, muchísimo mejor. Y después de la lluvia de ayer hoy brillará el sol. Y te voy a preparar mousse de chocolate para la cena, Merricat mía.

—Te quiero, Constance.

—Yo también te quiero. ¿Qué te preparo para desayunar?

—Tortitas. De esas pequeñas, de masa fina, calientes. Y dos huevos fritos. Hoy va a venir mi caballo alado y te voy a llevar a la Luna y allí comeremos pétalos de rosa.

—Algunos pétalos de rosa son venenosos.

—En la Luna no. ¿Es verdad que se puede plantar una hoja?

—Algunas hojas. Las vellosas. Se dejan en agua y les crecen raíces y luego las plantas y se convierten en una planta. En la misma planta de la que provienen, claro, no en cualquier planta.

—Qué lástima. Buenos días, Jonas. Tú eres una hoja vellosa, me parece.

—Tontuela.

—A mí me gustan las hojas que se convierten en una planta distinta. Pero vellosa.

Constance se reía.

—El tío Julian no va a desayunar nunca si sigo escuchándote —dijo.

Cogió la bandeja y fue a la habitación del tío Julian—. Aquí está el té caliente —anunció.

—Constance, querida. Hace una mañana magnífica, parece. Un día espléndido para trabajar.

—Y para salir al sol.

Jonas estaba sentado en la entrada, donde daba el sol, lamiéndose la cara. Yo tenía hambre; quizá sería amable por mi parte poner una pluma en el césped para el tío Julian, en el lugar donde se iba a colocar su silla; para enterrar cosas en el césped no tenía permiso. En la Luna llevábamos plumas en el cabello, y rubís en las manos. En la Luna

usábamos cucharas de oro.

—Tal vez hoy sea un buen día para comenzar un capítulo nuevo.
¿Constance?

—¿Sí, tío Julian?

—¿Crees que hoy debería comenzar el capítulo cuarenta y cuatro?

—Por supuesto.

—Hay que repasar un poco las primeras páginas. Es una de esas cosas que siempre se dejan para más adelante.

—¿Te peino?

—Creo que hoy me peinaré solo, gracias. Al fin y al cabo, un hombre debería hacerse responsable de su cabeza. No hay mermelada.

—¿Te traigo un poco?

—No, porque ya casi me he acabado la tostada. Me comería un hígado asado para almorzar, Constance.

—Te lo prepararé. ¿Me llevo la bandeja?

—Sí, gracias. Y yo me peinaré.

Constance regresó a la cocina y cejó la bandeja.

—Y ahora tú, Merricat mía —dijo.

—Y Jonas.

—Jonas ha desayunado hace rato.

—¿Plantarás una hoja para mí?

—Un día de estos. —Constance volvió la cabeza y aguzó el oído—. Todavía está durmiendo —dijo.

—¿Quién está durmiendo? ¿Podré ver cómo crece?

—El primo Charles todavía está durmiendo —comentó, y el día se me vino abajo. Veía a Jonas en la entrada y a Constance junto al horno, pero no tenían color. No podía respirar, me sentía atada, todo estaba frío.

—Era un fantasma —dije.

Constance se rio, y fue como si el sonido llegara de muy lejos.

—Entonces hay un fantasma durmiendo en la cama de nuestro padre —añadió—. Y ayer se tomó una cena copiosa. Mientras tú estabas fuera.

—Soñé que venía. Me quedé

dormida en el suelo y soñé que venía, pero luego lo eché del sueño. —Me sentía oprimida; si Constance me creía podría volver a respirar.

—Anoche estuvimos hablando un buen rato.

—Ve y míralo —dije sin respirar—, ve y míralo; no está.

—Tontuela.

No podía salir corriendo; tenía que ayudar a Constance. Cogí mi vaso y lo estrellé contra el suelo.

—Ahora se irá —dije.

Constance se acercó a la mesa y se sentó frente a mí, mirándome muy seria. Yo quería rodear la mesa y abrazarla,

pero seguía sin tener color.

—Merricat mía —dijo despacio—, el primo Charles está aquí. Es nuestro primo. Cuando su padre estaba vivo (es decir, Arthur Blackwood, el hermano de nuestro padre), el primo Charles no podía venir a visitarnos o ayudarnos, porque su padre no se lo permitía. Su padre —dijo, y sonrió un poco— tenía muy mala opinión de nosotros. No quiso hacerse cargo de ti durante el juicio, ¿lo sabías? Y nunca dejó que se mencionaran nuestros nombres en su casa.

—¿Y entonces por qué mencionas su nombre en nuestra casa?

—Porque estoy intentando explicarme. En cuanto su padre ha muerto, el primo Charles ha venido a ayudarnos.

—¿Cómo puede ayudarnos? Somos felices, ¿o no lo somos, Constance?

—Somos muy felices, Merricat. Pero, por favor, sé amable con el primo Charles.

Yo empezaba a respirar un poco; todo iba a salir bien. El primo Charles era un fantasma, un fantasma al que se podía ahuyentar.

—Se irá —dije.

—No creo que tenga pensado quedarse para siempre —replicó

Constance—. Al fin y al cabo, solo ha venido de visita.

Iba a tener que encontrar algo, una estrategia, contra él.

—¿Lo ha visto el tío Julian?

—El tío Julian sabe que está aquí, pero no se encontraba bien y no pudo salir de su habitación. Le llevé la bandeja con la cena, y solo tomó un poco de sopa. Me ha alegrado que pidiera té esta mañana.

—Hoy toca limpiar la casa.

—Luego, cuando el primo Charles se despierte. Y será mejor que barra este vaso roto antes de que baje.

La observé mientras barría el vaso;

hoy iba a ser un día de resplandores, repleto de pequeñas cosas chispeantes. No tenía sentido que me diera prisa por acabar el desayuno, porque no podría salir hasta después de haber simulado que limpiábamos la casa, así que me demoré bebiendo la leche y observando a Jonas. Antes de acabar, el tío Julian llamó a Constance para que lo ayudara a sentarse en la silla, y lo trajo a la cocina y lo colocó ante la mesa con sus papeles.

—Estoy realmente convencido de que debo comenzar el capítulo cuarenta y cuatro —dijo, frotándose las manos—. Creo que empezaré con una pequeña

exageración y a partir de allí desarrollaré una mentira descarada. ¿Constance, querida?

—¿Sí, tío Julian?

—Voy a decir que mi esposa era bonita.

Todos nos quedamos en silencio un instante, desconcertados por el sonido de pasos arriba, donde siempre había reinado el silencio. Era desagradable, ese caminar por encima de nuestras cabezas. Constance siempre caminaba con ligereza, y el tío Julian nunca caminaba; esos pasos eran pesados, regulares y malos.

—Ahí está el primo Charles —dijo

Constance mirando hacia arriba.

—En efecto —contestó el tío Julian. Ordenó los papeles que tenía delante y cogió un bolígrafo—. Presumo que la compañía del hijo de mi hermano será muy agradable —añadió—. Quizá pueda aclararme algunos detalles sobre el comportamiento de su familia durante el juicio. Aunque, debo confesarlo, en algún lugar anoté una posible conversación que podrían haber tenido... —Se sumergió en una de sus libretas—. Sospecho que esto retrasará el capítulo cuarenta y cuatro.

Yo cogí a Jonas y me dirigí a mi rincón, y Constance fue hasta el

vestíbulo para recibir a Charles al pie de las escaleras.

—Buenos días, primo Charles —lo saludó.

—Buenos días, Connie. —Hablaba en el mismo tono que había empleado la noche anterior. Yo me acurruqué aún más en mi rincón cuando entraron en la cocina, y el tío Julian se puso a toquetear sus papeles y volvió el rostro hacia la puerta.

—Tío Julian, es un placer verle por fin.

—Charles. Tú eres el hijo de Arthur, pero te pareces a mi hermano John, que está muerto.

—Arthur también está muerto. Por eso estoy aquí.

—Murió rico, espero. Yo era el único hermano sin dotes para el dinero.

—En realidad, tío Julian, mi padre no dejó nada.

—Una lástima. Nuestro padre dejó una suma considerable. Incluso una vez dividida entre los tres hermanos, seguía siendo una suma considerable. Yo siempre supe que mi parte se esfumaría, pero nunca lo habría sospechado de mi hermano Arthur. ¿Era tu madre una mujer derrochadora, tal vez? No me acuerdo mucho de ella. Recuerdo que cuando mi sobrina Constance escribió a su tío

durante el juicio, fue su esposa quien respondió, pidiéndole que cortara toda relación familiar.

—Me habría gustado venir antes, tío Julian.

—Puede ser. La juventud es muy curiosa. Y una mujer con tan mala fama como Constance debe de resultar un personaje romántico para cualquier joven. ¿Constance?

—¿Sí, tío Julian?

—¿Ya he desayunado?

—Sí.

—Entonces me tomaré otra taza de té. Este joven y yo tenemos mucho de que hablar.

Todavía no podía verlo con claridad, quizá porque era un fantasma, quizá porque era muy grande. Su rostro imponente y redondo, que tanto se parecía al de nuestro padre, se volvía hacia Constance y el tío Julian alternativamente, sonriendo y abriendo la boca para hablar. Yo me acurruqué en mi rincón tanto como pude, pero finalmente el rostro imponente se volvió hacia mí.

—¡Vaya! Ahí está Mary —dijo el rostro—. Buenos días, Mary.

Yo miré hacia abajo, a Jonas.

—¿Es tímida? —le preguntó a Constance—. No te preocupes, los niños

siempre me toman cariño.

Constance se rio.

—No estamos acostumbrados a los desconocidos —dijo. No se la veía incómoda ni molesta; era como si hubiera estado esperando toda la vida a que el primo Charles viniese, como si hubiera planeado con todo detalle qué hacer y qué decir, casi como si en su casa de toda la vida siempre hubiese habido una habitación reservada para el primo Charles.

Él se levantó y se acercó hacia mí.

—Qué gato tan bonito —dijo—. ¿Cómo se llama?

Jonas y yo lo miramos y entonces

pensé que lo más prudente, para empezar, era decirle su nombre.

—Jonas —contesté.

—¿Jonas? ¿Es tu mascota?

—Sí —respondí. Ambos nos lo quedamos mirando, Jonas y yo, sin atrevernos a pestañear ni a apartar la vista. La imponente cara blanca estaba cerca, seguía pareciéndose a nuestro padre, y la gran boca sonreía.

—Vamos a ser buenos amigos, tú, Jonas y yo —dijo.

—¿Qué quieres desayunar? —le preguntó Constance, y me sonrió porque le había dicho el nombre de Jonas.

—Lo que estés preparando —

respondió, alejándose de mí por fin.

—Merricat ha comido tortitas.

—Tortitas está bien. Un buen desayuno en compañía agradable y en un hermoso día, ¿qué más puedo pedir?

—Las tortitas —comentó el tío Julian— son un plato de honor en esta familia, aunque yo raras veces las como; mi salud solo me permite comer los alimentos más ligeros y saludables. Se sirvieron tortitas para desayunar el último...

—Tío Julian —dijo Constance—, se te están cayendo los papeles al suelo.

—Deje que se los dé, señor. —El primo Charles se arrodilló para recoger

los papeles y Constance dijo:

—Después de desayunar te mostraré mi jardín.

—Un hombre caballeroso — comentó el tío Julian, aceptando los papeles que le entregó Charles—. Te lo agradezco, yo no soy capaz de dar saltos por la habitación ni de ponerme de rodillas y me alegra encontrar a alguien que pueda. Tú debes de ser un año mayor que mi sobrina, ¿verdad?

—Tengo treinta y dos años — respondió Charles.

—Y Constance debe de tener veintiocho. Abandonamos la celebración de los cumpleaños hace mucho tiempo,

pero creo que tiene veintiocho. Constance, no está bien que siga hablando con el estómago vacío, ¿dónde está mi desayuno?

—Te lo has acabado hace una hora, tío Julian. Te estoy preparando otra taza de té, y tortitas para el primo Charles.

—Charles es una persona intrépida. Tu comida, aunque es de gran calidad, genera cierto rechazo.

—No me da ningún miedo comer lo que prepara Constance —afirmó Charles.

—¿De verdad? —inquirió el tío Julian—. Te felicito. Yo me refería al efecto que produce una comida tan

pesada como las tortitas en un estómago delicado. Supongo que tú te referías al arsénico.

—Ven, aquí está tu desayuno —dijo Constance.

Yo me estaba riendo, aunque Jonas me escondía la cara. Charles tardó casi medio minuto en coger el tenedor, mientras seguía sonriéndole a Constance. Por fin, consciente de que Constance, el tío Julian, Jonas y yo estábamos observándolo, cortó un pequeño pedazo de tortita y se lo llevó a la boca, pero no fue capaz de metérselo dentro.

—¿Sabes?, estaba pensando... —

comentó—. Quizá os pueda echar una mano en alguna cosa mientras esté aquí: cavar el jardín, o quizá hacer algún recado. Se me da bien el trabajo duro.

—Anoche cenaste aquí y te has despertado vivo —dijo Constance; yo me reía pero ella parecía enfadada.

—¿Qué? —preguntó Charles—. Oh. —Miró el tenedor como si se hubiera olvidado de él y finalmente se introdujo a toda prisa un pedazo/de tortita en la boca, lo masticó y se lo tragó, luego alzó la mirada hacia Constance—. Delicioso —dijo, y Constance sonrió.

—¿Constance?

—¿Sí, tío Julian?

—Creo que, al fin y al cabo, hoy no debería empezar el capítulo cuarenta y cuatro. Creo que regresaré al capítulo diecisiete, donde recuerdo que hice una pequeña alusión a tu primo y su familia, y a su comportamiento durante el juicio. Charles, tú eres un joven inteligente. Me muero de ganas de escuchar tu historia.

—Todo eso fue hace mucho tiempo —contestó Charles.

—Deberías haber tomado notas —replicó el tío Julian.

—Quiero decir —añadió Charles—, ¿no podríamos olvidarlo? No tiene sentido seguir pensando en ello.

—¿Olvidarlo? —preguntó el tío

Julian—. ¿Olvidarlo?

—Fue una época triste y terrible, y a Connie no le hace ningún bien seguir hablando de ello.

—Joven, estás hablando a la ligera de mi trabajo, me parece. Y un hombre no se toma su trabajo a la ligera. Un hombre tiene un trabajo que hacer, y lo hace. Recuérдалo, Charles.

—Solo estoy diciendo que no quiero hablar de Connie y de esa época horrible.

—Entonces me veré obligado a inventar, a novelar, a imaginar.

—Me niego a seguir hablando.

—¿Constance?

—¿Sí, tío Julian? —Estaba muy seria.

—¿Sucedió realmente? Recuerdo que sucedió —dijo el tío Julian, con los dedos sobre la boca.

Constance vaciló, pero luego añadió:

—Claro que sucedió, tío Julian.

—Mis notas... —La voz del tío Julian se iba apagando mientras gesticulaba y miraba sus papeles.

—Sí, tío Julian. Fue real.

Yo estaba enfadada porque Charles no se mostraba amable con el tío Julian. Me acordé de que iba a ser un día de resplandores y luz, y pensé en buscar

algo brillante y bonito para poner cerca de la silla del tío Julian.

—¿Constance?

¿Sí?

—¿Puedo ir afuera? ¿Estoy bien abrigado?

—Creo que sí, tío Julian. — Constance también sentía lástima por él. El tío Julian cabeceaba hacia delante y hacia atrás con tristeza y había dejado a un lado el bolígrafo. Constance fue a la habitación del tío Julian y le trajo el chal, y se lo puso sobre los hombros con delicadeza. Charles comía las tortitas valientemente sin levantar la vista; me pregunté si le preocupaba no haber sido

amable con el tío Julian.

—Ahora irás afuera —le dijo Constance en voz baja al tío Julian— y el sol te calentará y verás el jardín resplandeciente y tendrás hígado asado para comer.

—Quizá no —intervino el tío Julian—. Quizá sea mejor que tome solo un huevo.

Constance empujó la silla suavemente hacia la puerta y bajó el escalón con cuidado. Charles alzó la vista de las tortitas pero cuando hizo ademán de levantarse, Constance negó con la cabeza.

—Te pondré en tu rincón —le dijo al

tío Julian—, donde pueda verte una vez por minuto y saludarte cinco veces por hora.

Se la oía hablar mientras empujaba la silla del tío Julian hasta su rincón. Jonas me dejó y fue a sentarse a la puerta y se puso a observarlos.

—¿Jonas? —lo llamó el primo Charles, y Jonas se volvió hacia él—. A la prima Mary no le gusto —le comentó Charles. No me gustaba cómo le hablaba a Jonas y no me gustaba que Jonas le prestara atención—. ¿Qué puedo hacer para gustarle a la prima Mary? —preguntó, y Jonas me miró fugazmente y luego miró a Charles—. He venido a

visitar a mis dos queridas primas — continuó—, a mis dos queridas primas y a mi anciano tío, a los que no veo desde hace años, y mi prima Mary ni siquiera se muestra educada conmigo. ¿Tú qué opinas, Jonas?

Brilló un destello en el fregadero antes de caer una gota. A lo mejor si contenía la respiración hasta que cayera la gota Charles se iría, pero sabía que no funcionaría; contener la respiración era demasiado fácil.

—Oh, bueno —le dijo Charles a Jonas—, a Constance le gusto, y supongo que eso es lo único importante.

Constance apareció en la puerta,

esperó a que Jonas se moviera, y como no lo hizo, pasó por encima de él.

—¿Más tortitas? —le ofreció a Charles.

—No, gracias. Estoy tratando de intimar con mi prima pequeña.

—No tardará en tomarte cariño. — Constance me miró. Jonas se había puesto a lamerse, y a mí al fin se me ocurrió algo que decir.

—Hoy limpiamos la casa.

El tío Julian durmió toda la mañana en el jardín. Constance se acercaba a menudo a las ventanas traseras de la

habitación para echarle un vistazo desde arriba mientras limpiaba y a veces se quedaba allí quieta, con el trapo entre las manos, como si se olvidara de regresar y sacar el polvo del joyero de nuestra madre que albergaba sus perlas y su anillo de zafiros y su broche de diamantes. Yo miré por la ventana una sola vez, y vi al tío Julian con los ojos cerrados y a Charles a su lado. Era horrible imaginar a Charles caminando entre las hortalizas y bajo los manzanos y sobre el césped donde dormía el tío Julian.

—Hoy no haremos la habitación de nuestro padre —dijo Constance—,

porque Charles la está usando. —Un poco después añadió, como si hubiera estado dándole vueltas—: Me pregunto si me quedarían bien las perlas de nuestra madre. Nunca me he puesto las perlas.

—Siempre han estado en la caja —dije yo—. Tendrías que sacarlas.

—En realidad nadie se daría cuenta —comentó Constance.

—Yo sí me daría cuenta de que estás más bonita.

Constance se rio y dijo:

—Tontuela. ¿Para qué me iba poner yo perlas?

—Están mejor en su caja.

Charles había cerrado la puerta de la habitación de nuestro padre, así que yo no pude echar un vistazo dentro, pero me preguntaba si habría movido las cosas, o colocado un sombrero o un pañuelo o un guante en el tocador junto a los cepillos de plata. La habitación de nuestro padre estaba en la parte delantera de la casa, y me pregunté si Charles habría mirado hacia abajo por la ventana, el césped y el largo camino que daba a la carretera, deseando estar en esa carretera rumbo a casa.

—¿Cuánto ha tardado Charles en llegar hasta aquí? —le pregunté a Constance.

—Cuatro o cinco horas —respondió—. Fue en autobús hasta el pueblo y desde allí vino caminando.

—¿Así que tardará cuatro o cinco horas en volver a su casa?

—Supongo. Sí, cuando se vaya.

—¿Pero antes tiene que regresar andando al pueblo?

—A no ser que lo lleves en tu caballo alado.

—Yo no tengo ningún caballo alado —repliqué.

—Oh, Merricat —se lamentó Constance—. Charles no es un mal tipo.

Había destellos en los espejos, y dentro del joyero de nuestra madre los

diamantes y las perlas brillaban en la oscuridad. Constance dibujaba sombras en el vestíbulo cuando se acercaba a las ventanas y miraba hacia abajo al tío Julian, y las hojas nuevas se movían veloces bajo la luz del sol. Charles solo había podido entrar porque el hechizo se había roto; si yo pudiera volver a activar la protección alrededor de Constance y dejar a Charles fuera, se vería obligado a abandonar la casa. Todas sus huellas en la casa se borrarían.

—Charles es un fantasma —dije, y Constance me miró.

Abrillanté el pomo de la puerta de la

habitación de nuestro padre con el trapo, así al menos ya había desaparecido una de las huellas de Charles.

Después de limpiar las habitaciones de arriba bajamos las escaleras las dos juntas, con los trapos y la escoba y el recogedor y la fregona, como si fuéramos una pareja de brujas que regresan a casa. En el salón, sacamos el polvo de las sillas de patas doradas y del arpa, y todos los objetos nos dedicaban destellos, incluso el vestido azul del retrato de nuestra madre. Saqué el polvo de los adornos que parecían un pastel de boda con un trapo en el extremo de la escoba, tambaleándome y

mirando hacia arriba mientras me imaginaba que el techo era el suelo y que estaba barriendo, esforzándome en mantener en alto la escoba, hasta que la habitación comenzó a dar vueltas y de pronto me encontré en el suelo.

—Charles no ha visto esta habitación —comentó Constance—. Nuestra madre estaba muy orgullosa de ella; tendría que habérsela mostrado desde el principio.

—¿Puedo tomar un bocadillo para comer? Quiero ir al arroyo.

—Tarde o temprano tendrás que sentarte a la mesa con él, Merricat.

—A la hora de cenar. Te lo prometo.

Sacamos el polvo del comedor y de la vajilla de té y de los altos respaldos de madera de las sillas. Constance iba a la cocina a cada rato para mirar por la puerta de atrás y ver cómo estaba el tío Julian, y en una ocasión la oí reírse y gritar: «Vigila con el barro ahí abajo», y supe que estaba hablando con Charles.

—¿Dónde se sentó Charles anoche durante la cena? —le pregunté de improviso.

—En el lugar de nuestro padre —respondió, y añadió—: Tiene todo el derecho a sentarse allí. Es un invitado, e incluso se parece a nuestro padre.

—¿Se sentará allí esta noche?

—Sí, Merricat.

Saqué el polvo de la silla de nuestro padre a conciencia, aunque de poco iba a servir si Charles se sentaba otra vez allí por la noche. Iba a tener que limpiar la vajilla de plata.

Cuando acabamos regresamos a la cocina. Charles estaba sentado a la mesa fumando su pipa mientras miraba a Jonas, que a su vez lo miraba a él. El humo de la pipa en la cocina era desagradable, y no me gustaba que Jonas mirara a Charles. Constance salió por la puerta trasera para ir a buscar al tío Julian, y oímos como le decía: «¿Dorothy? No me he dormido,

Dorothy».

—A la prima Mary no le gusto —le dijo Charles a Jonas—. Me pregunto si la prima Mary sabe con quién se las tiene. ¿Puedo ayudarte con la silla, Constance? ¿Qué tal la cabezadita, tío?

Constance preparó bocadillos para Jonas y para mí, y nos los comimos en un árbol; yo me senté sobre unas ramas bajas y Jonas se sentó a mi lado, atento a los pájaros.

—Jonas —le dije—, no quiero que escuches nunca más al primo Charles. —Y Jonas puso los ojos en blanco, al ver que intentaba tomar decisiones por él—. Es un fantasma. —Y Jonas cerró

los ojos y se dio la vuelta.

Era importante elegir la estrategia adecuada para echar a Charles. Un hechizo incorrecto, o mal usado, solo traería más desgracias. Pensé en las joyas de mi madre, puesto que ese era un día de cosas resplandecientes, pero no servirían en un día gris, y Constance se enfadaría si las sacaba de la caja a la que pertenecían, sobre todo porque ella misma había decidido no hacerlo. Pensé en los libros, que siempre son una buena protección, pero el libro de nuestro padre se había caído del árbol y había permitido que apareciera Charles; así que los libros a lo mejor no tenían

ningún poder contra Charles. Me apoyé en el tronco del árbol y pensé en un hechizo; si Charles no se iba antes de tres días estaba dispuesta a romper el espejo del vestíbulo.

Durante la cena se sentó frente a mí, en la silla de nuestro padre, con su imponente cara blanca ocultando la platería que había en el aparador detrás de él. Observó a Constance mientras le cortaba el pollo al tío Julian y se lo ponía en el plato, y observó al tío Julian cuando dio el primer bocado y lo masticó y masticó.

—Aquí tienes un panecillo, tío Julian —le dijo Constance—. Cómete la parte blanda.

Constance se había olvidado de condimentar mi ensalada y lo hizo entonces, aunque de todos modos yo no iba a comer con esa imponente cara blanca mirando. Jonas, que no podía comer pollo, estaba sentado en el suelo al lado de mi silla.

—¿Siempre come con vosotros? —preguntó de pronto Charles, inclinando la cabeza hacia el tío Julian.

—Cuando se encuentra bien.

—No sé cómo lo aguantáis —comentó Charles.

—Yo te lo explicaré, John —le dijo de repente el tío Julian a Charles—; las inversiones ya no son lo que eran cuando nuestro padre ganó su dinero. Era un hombre muy perspicaz, pero nunca entendió que los tiempos cambian.

—¿A quién le está hablando? —le preguntó Charles a Constance.

—Cree que eres su hermano John.

Charles se quedó mirando al tío Julian durante un buen rato, y luego meneó la cabeza y volvió la vista al pollo.

—Esa que tiene a su izquierda, joven, era la silla de mi difunta esposa —dijo el tío Julian—. Me acuerdo

perfectamente de la última vez que se sentó allí; nosotros...

—Basta —respondió Charles señalando con el dedo al tío Julian; había estado comiendo el pollo con las manos, así que su dedo grasiento resplandecía—. No vamos a hablar nunca más del tema, tío.

Constance estaba contenta conmigo porque me había sentado a la mesa y cuando la miré me sonrió. Sabía que no me gustaba comer cuando había más gente, así que más tarde recogería mi plato y me lo llevaría a la cocina; no se acordaba, noté, de que ya había aliñado mi ensalada.

—Esta mañana he visto —dijo Charles, mientras cogía la fuente del pollo y la observaba detenidamente— que hay un escalón roto en la parte trasera. ¿Qué tal si lo arreglo un día de estos? Bien tendré que ganarme el pan de algún modo.

—Sería muy amable de tu parte —contestó Constance—, hace mucho tiempo que ese escalón es un estorbo.

—Y me gustaría ir al pueblo a buscar tabaco de pipa, así que os puedo traer lo que necesitéis.

—Pero los martes yo ya voy al pueblo —repliqué, sobresaltada.

—¿Ah, sí? —Me miró desde

enfrente de la mesa, la imponente cara blanca se estaba dirigiendo directamente a mí. Yo estaba tranquila; sabía que si iba hasta el pueblo ya habría recorrido el primer trecho del camino de regreso a su casa.

—Merricat, querida, creo que si a Charles no le molesta sería una buena idea. Nunca estoy tranquila cuando estás en el pueblo. —Constance se rio—. Te haré una lista, Charles, y te daré dinero, y serás el chico de los recados.

—¿Guardáis el dinero en casa?

—Por supuesto.

—No me parece una buena idea.

—Está en la caja fuerte de nuestro

padre.

—Aun así.

—Le aseguro, señor —dijo el tío Julian—, que he estudiado los libros a conciencia antes de comprometerme yo mismo en el negocio. Y no me han decepcionado.

—Por lo visto le estoy robando el trabajo a mi prima pequeña —comentó Charles, mirándome de nuevo—. Vas a tener que buscarle algo que hacer, Connie.

Me había preparado lo que le iba a decir antes de sentarme a la mesa.

—La *Amanita phalloides* —empecé — contiene tres sustancias venenosas.

Está la amanitina, que actúa despacio y es la más potente. Está la faloidina, que hace efecto al instante, y está la falolisina, que disuelve los glóbulos rojos, aunque es la menos potente. Los primeros síntomas aparecen entre siete y doce horas después de ingerirla, y en algunos casos incluso al cabo de veinticuatro o cuarenta horas. Los síntomas comienzan con violentos dolores de estómago, sudor frío, vómitos...

—Óyeme bien —dijo Charles, soltando el pollo—. Basta ya.

Constance se estaba riendo.

—Oh, Merricat —exclamó,

escapándosele la risa entre las palabras —, mira que eres tonta. Yo le enseñé — le explicó a Charles— que hay setas venenosas junto al arroyo y en los campos y le hice aprender cuáles eran mortales. Oh, Merricat.

—La muerte llega entre cinco y diez días después de ingerirla —añadí yo.

—No me parece divertido — sentenció Charles.

—Tontuela —dijo Constance.

6

La casa no estaba a salvo aunque Charles la hubiera abandonado y se hubiera ido hasta el pueblo; por alguna razón, Constance le había dado las llaves. Antes cada uno de nosotros tenía una llave; nuestro padre tenía una llave, y nuestra madre, y las guardaban en un colgador junto a la puerta de la cocina. Cuando Charles se fue al pueblo, Constance le dio una llave, quizá la llave de nuestro padre, y la lista de la

compra, y dinero.

—No deberíais guardar el dinero en casa —dijo sosteniéndolo con fuerza durante un instante antes de meterse la mano en el bolsillo y sacar el monedero—. Las mujeres que están solas como tú no deberían guardar el dinero en casa.

Yo lo observaba desde mi rincón de la cocina, y no estaba dispuesta a permitir que Jonas se acercase a mí mientras Charles estuviera en casa.

—¿Estás segura de que lo has anotado todo? —le preguntó a Constance—. Me daría rabia hacer dos viajes.

Esperé hasta que Charles estuvo

bien lejos, quizá ya habría llegado a la roca negra, y luego dije:

—Se ha olvidado de los libros de la biblioteca.

Constance me miró un momento.

—Miss Maldad —dijo—, tú querías que se los olvidara.

—¿Cómo iba a saber él que teníamos los libros de la biblioteca? El no forma parte de esta casa; no tiene nada que ver con nuestros libros.

—Tú lo sabías —contestó Constance mientras miraba la olla que estaba en el fuego—. Creo que dentro de poco podremos recoger lechugas, ha hecho muy buen tiempo.

—En la Luna —dije, y me interrumpí al instante.

—En la Luna —continuó Constance, volviéndose y sonriéndome—, ¿no tendréis lechugas todo el año, quizá?

—En la Luna tenemos de todo. Lechugas y pastel de calabaza y *Amanita phalloides*. Tenemos plantas peludas como gatos y caballos alados que bailan. Todos los candados son macizos y firmes, y no hay fantasmas. En la Luna el tío Julian estaría curado y el sol brillaría cada día. Tú llevarías las perlas de nuestra madre y cantarías, y el sol resplandecería siempre.

—Me encantaría ir a tu Luna. Me

pregunto si debería empezar a preparar el pan de jengibre; si Charles llega tarde se enfriará.

—Yo estaré aquí para comérmelo — dije.

—Pero Charles ha dicho que le encanta.

Yo estaba construyendo una pequeña casa sobre la mesa con los libros de la biblioteca, con uno vertical a cada lado y otro horizontal encima.

—Bruja, pues hazte una casa de pan de jengibre.

—No lo haré —respondió Constance—. Tengo una casa preciosa donde vivo con mi hermana Merricat.

Me reí. Constance vigilaba la olla que estaba en el fuego y tenía harina en la cara.

—A lo mejor no vuelve nunca — dije.

—Tiene que volver. Estoy haciendo pan de jengibre para él.

Como Charles me había robado mi ocupación de los martes por la mañana, no tenía nada que hacer. Pensé en bajar al arroyo, pero ni siquiera tenía motivos para suponer que el arroyo seguiría allí, ya que nunca había ido un martes por la mañana; ¿estaría esperándome la gente del pueblo, acechando por el rabillo del ojo para ver si llegaba, dándose codazos

unos a otros? ¿Y qué pensarían al ver a Charles? Quizá todo el mundo se quedaría atónito, perplejo ante la ausencia de Miss Mary Katherine Blackwood... Me entró la risa tonta al pensar en Jim Donell y en los muchachos de los Harris escudriñando ansiosamente la carretera para verme llegar.

—¿De qué te ríes? —preguntó Constance y se volvió para mirarme.

—Estaba pensando que deberías hacer un pan de jengibre con forma de señor, y yo le podría llamar Charles y comérmelo.

—Oh, Merricat, ¡por favor!

Sabía que Constance se acabaría enfadando, en parte por mi culpa y en parte por el pan de jengibre, así que pensé que lo más sabio era escapar. Dado que tenía una mañana libre, y que no estaba acostumbrada a salir, podía ser un buen momento para idear una estrategia contra Charles, así que me fui al piso de arriba; el aroma del pan de jengibre en el horno me siguió hasta la mitad de las escaleras. Charles había dejado la puerta abierta, no mucho, pero lo suficiente para que yo entrara y echara un vistazo.

Bastó con empujarla un poco para que se abriera del todo y me encontré en

la habitación de nuestro padre, que ahora era la de Charles. Había hecho la cama, me fijé en ello; su madre debió de haberle enseñado. Había dejado la maleta encima de una silla, pero estaba cerrada; sobre el tocador donde siempre habían estado las pertenencias de nuestro padre ahora estaban las suyas; vi su pipa y un pañuelo, y cosas que él había tocado y usado, ensuciando la habitación de nuestro padre. Un cajón del tocador estaba medio abierto, y volví a imaginarme a Charles con la ropa de nuestro padre. Caminé sigilosamente por la habitación porque no quería que Constance me oyera desde

abajo, y miré dentro del cajón abierto. Pensé que a Charles no le gustaría saber que lo había descubierto curioseando en las cosas de nuestro padre; a lo mejor dentro del cajón encontraba un objeto extraordinariamente poderoso, puesto que cargaba con la culpa de Charles. No me sorprendió comprobar que había estado mirando las joyas de nuestro padre; dentro del cajón había una caja de piel que contenía, yo lo sabía, un reloj y una cadena de oro, unos gemelos y un anillo de sello. Yo no podía tocar las joyas de nuestra madre, pero Constance no había dicho nada de las joyas de nuestro padre, ni siquiera había

entrado en esta habitación para limpiar, así que pensé que podía abrir la caja y coger algo. El reloj estaba en una pequeña caja forrada de satén, y no hacía tic-tac, y la cadena estaba enrollada a un lado. No tenía intención de tocar el anillo; la idea de tener un anillo en el dedo siempre me había hecho sentir atada, porque los anillos no tienen ninguna abertura por donde escapar, pero me gustó la cadena del reloj, que serpenteaba entre mis dedos. Volví a colocar con cuidado el joyero dentro del cajón y lo cerré, salí de la habitación, ajusté la puerta tras de mí y me llevé la cadena del reloj a mi

habitación, y allí la dejé sobre la almohada, como si fuera un ovillo de oro durmiente.

Primero se me ocurrió enterrarla, pero me supo mal cuando pensé en todo el tiempo que había pasado en la oscuridad dentro de la caja en el cajón de nuestro padre, y entonces pensé que se había ganado un lugar bien arriba, donde pudiera resplandecer a la luz del sol, y decidí clavarla al árbol del que se había caído el libro. Mientras Constance estaba haciendo el pan de jengibre en la cocina, el tío Julian dormía en su habitación, Charles iba y volvía del pueblo, y yo estaba tumbada en la cama

y jugaba con mi cadena de oro.

—Esta es la cadena de oro del reloj de mi hermano —dijo el tío Julian, inclinándose hacia adelante con curiosidad—. Pensaba que lo habían enterrado con ella.

La mano de Charles tembló al extenderla; yo podía ver como temblaba contra el fondo amarillo de la pared.

—Estaba en un árbol —dijo, y su voz también tembló—. La he encontrado clavada a un árbol, por el amor de Dios. ¿Qué tipo de casa es esta?

—No tiene importancia —contestó

Constance—. De verdad, Charles, no tiene ninguna importancia.

—¿Que no tiene importancia?

Connie, esto es oro.

—Pero nadie lo quiere.

—Uno de los eslabones está roto —añadió Charles, lamentándose por la cadena—. Podría haberla usado yo, qué manera de tratar un objeto de valor. Podríamos haberla vendido —le dijo a Constance.

—Pero ¿por qué?

—Yo estaba convencido de que lo habían enterrado con ella —dijo el tío Julian—. Nunca fue un hombre desprendido. Supongo que nunca supo

que lo despojaron de ella.

—Vale un buen dinero —explicó Charles, dirigiéndose con tacto a Constance—. Es una cadena de oro, seguramente te darían mucho. La gente sensata no va por ahí clavando a los árboles objetos de valor.

—Se enfriará la comida si sigues dándole vueltas.

—La llevaré arriba y la devolveré a la caja negra, donde debe estar —dijo Charles. Nadie salvo yo se dio cuenta de que sabía el lugar donde se guardaba—. Luego —dijo mirando hacia mí— ya averiguaremos cómo ha llegado al árbol.

—La ha puesto Merricat —contestó

Constance—. Por favor, siéntate a comer.

—¿Cómo lo sabes? ¿Mary?

—Siempre lo hace. —Constance me sonrió—. Tontuela.

—¿De verdad? —preguntó Charles. Se acercó despacio a la mesa, sin dejar de mirarme.

—Estaba muy satisfecho de sí mismo —dijo el tío Julian—. Era un hombre muy dado a engalanarse, pero no demasiado limpio.

La cocina quedó en silencio; Constance estaba en la habitación del tío Julian,

acostándolo para que hiciera la siesta.

—¿Qué sería de la pobre prima Mary si su hermana la echara? —le preguntó Charles a Jonas, que escuchaba en silencio—. ¿Qué sería de la pobre prima Mary si Constance y Charles no la quisieran?

No sé por qué pensé que simplemente tenía que pedirle a Charles que se fuera. Me pareció que al menos debía preguntárselo una vez con educación; quizá no se le había ocurrido la idea de irse y era necesario metérsela en la cabeza. Decidí que lo siguiente que debía hacer era pedirle a Charles que se fuera, antes de que ocupara toda la casa

y resultara imposible erradicarlo. La casa ya olía a él, a su pipa y a su loción de afeitado, y sus ruidos retumbaban en las habitaciones todo el día; a veces dejaba la pipa sobre la mesa de la cocina y dejaba desperdigados por las habitaciones los guantes, el tabaco o las eternas cajas de cerillas. Cada tarde iba hasta el pueblo y traía los periódicos, que tiraba en cualquier sitio, incluso en la cocina, a la vista de Constance. Una chispa de su pipa había quemado un poco el brocado de una silla del salón; Constance no lo había visto todavía y yo pensé que era mejor no decírselo, porque tenía la esperanza de que la casa,

ofendida, expulsaría a Charles por sí misma.

—Constance —le pregunté una mañana luminosa. Charles ya llevaba tres días en casa, calculé—. Constance, ¿ha dicho cuándo se irá?

Cada vez se enfadaba más conmigo cuando manifestaba mi deseo de que Charles se fuera; antes Constance me escuchaba y me sonreía y solo se enfadaba cuando Jonas y yo hacíamos travesuras, pero ahora me fruncía el ceño a menudo, como si me mirara con otros ojos.

—Ya te lo he dicho —respondió—, te lo he dicho una y otra vez, no pienso

aguantar más tonterías sobre Charles. Es nuestro primo y es nuestro invitado y se irá cuando le parezca.

—Hace que el tío Julian esté peor.

—Solo intenta que el tío Julian no esté pensando en cosas tristes todo el tiempo. Y yo estoy de acuerdo con él. El tío Julian debería estar contento.

—¿Por qué debería estar contento si se va a morir?

—No he hecho las cosas bien.

—No sé a qué te refieres.

—He estado aquí escondida —dijo Constance, despacio, como si no estuviera del todo segura del orden correcto de las palabras. Se quedó junto

al horno, con la luz del sol iluminándole el cabello y los ojos, sin sonreír, y después añadió—: Todo este tiempo he dejado que el tío Julian viviera anclado en el pasado, reviviendo ese día atroz. He dejado que te convirtieras en una salvaje; ¿cuándo fue la última vez que te peinaste?

No me podía permitir enfadarme, y menos enfadarme con Constance, pero deseé que Charles estuviera muerto. Constance necesitaba protección más que nunca, y si yo me enfadaba y le daba la espalda quedaría completamente desamparada. Dije con mucha prudencia:

—En la Luna...

—En la Luna —replicó Constance, y se rio de mala gana—. Es todo culpa mía —dijo—. No me daba cuenta de lo equivocada que estaba dejando que las cosas llegaran tan lejos porque quería esconderme. No ha sido justo para ti ni para el tío Julian.

—¿Y Charles va a arreglar el escalón roto?

—El tío Julian debería estar en un hospital, con enfermeras que cuiden de él. Y tú... —De pronto abrió los ojos de par en par, como si volviera a ver a la Merricat de siempre, y entonces extendió los brazos hacia mí—. Oh,

Merricat —dijo, y se rio un poco—. Mira cómo te estoy regañando; qué tonta soy.

Me acerqué a ella y la abracé.

—Te quiero, Constance.

—Eres una buena chica, Merricat — me respondió.

Entonces la dejé sola y fui afuera a hablar con Charles. Tenía claro que no me iba a gustar hablar con él, y quizá fuera demasiado tarde para hacerlo cordialmente, pero debía intentarlo al menos una vez. Incluso el jardín se había convertido en un paisaje extraño con su presencia; lo vi bajo los manzanos y a su lado los árboles parecían deformados y

encogidos. Crucé la puerta de la cocina y fui despacio hacia allí. Intenté pensar en él con benevolencia, porque si no lo hacía iba a ser incapaz de hablarle con amabilidad, pero al imaginarme su enorme cara blanca sonriéndome desde el otro lado de la mesa o controlando cualquiera de mis movimientos me entraron ganas de golpearle hasta que se marchara, me entraron ganas de darle patadas una vez muerto, de verlo yacer sobre el césped. Así que me propuse ser benevolente con Charles y me dirigí lentamente hacia él.

—¿Primo Charles? —dije, y él se volvió para mirarme. Me lo imaginé

muerto—. ¿Primo Charles?

—Dime, ¿qué hay?

—He decidido pedirte que te vayas, por favor.

—Muy bien —contestó—, ya me lo has pedido.

—¿Te irás, por favor?

—No —contestó.

No se me ocurrió nada más que decir. Me di cuenta de que llevaba la cadena de oro del reloj de nuestro padre, con un eslabón roto, y sin necesidad de verlo supe que tenía el reloj en el bolsillo. Pensé que al día siguiente se pondría el anillo de sello de nuestro padre, y me pregunté si animaría

a Constance a que luciera las perlas de nuestra madre.

—No te acerques a Jonas —le advertí.

—De hecho —dijo—, me pregunto quién seguirá aquí dentro de un mes. ¿Tú o yo?

Regresé corriendo a casa y fui directamente a la habitación de nuestro padre, y allí golpeé con un zapato el espejo que había sobre el tocador hasta que se rompió. Luego me fui a mi habitación y apoyé la cabeza en el alféizar de la ventana y me dormí.

Esos días me acordé de ser más amable con el tío Julian. Me daba pena porque cada vez pasaba más tiempo en su habitación, desayunaba y comía allí con una bandeja y en el comedor únicamente cenaba, bajo la mirada despectiva de Charles.

—¿No le podrías dar de comer? Se lo ha echado todo por encima —le dijo Charles a Constance.

—No era mi intención —replicó el tío Julian mirándola.

—Debería ponerse un babero —dijo Charles y se rio.

Por las mañanas, mientras Charles se sentaba a devorar jamón y patatas y huevos fritos y panecillos y rosquillas y tostadas, el tío Julian dormitaba en su habitación frente a la leche caliente y a veces, cuando llamaba a Constance, Charles soltaba:

—Dile que estás ocupada; no tienes por qué salir corriendo cada vez que moja la cama; solo quiere que le hagan caso.

Las mañanas soleadas yo desayunaba antes que Charles, y si aún no había acabado cuando él bajaba, cogía mi plato y me iba a sentar sobre el césped debajo del castaño. Un día le

llevé al tío Julian una hoja nueva del castaño y la puse en el alféizar de su ventana. Me quedé fuera bajo el sol y lo vi dentro, tumbado en silencio en la oscura habitación, y me puse a pensar cómo podía ser más amable con él. Al verlo allí solo, soñando sus viejos sueños solitarios, fui a la cocina y le dije a Constance:

—¿Le prepararás un pastel ligero al tío Julian para comer?

—Ahora está muy ocupada —contestó Charles con la boca llena—. Tu hermana trabaja como una esclava.

—¿Lo harás? —le pregunté a Constance.

—Lo siento —respondió ella—.

Tengo mucho que hacer.

—Pero el tío Julian se va a morir.

—Constance está muy ocupada —
sentenció Charles—. Vete a jugar de una
vez.

Una tarde Charles fue al pueblo y yo lo seguí. Me detuve en la roca negra, porque no era uno de los días en que me tocaba ir al pueblo, y lo observé mientras bajaba por la calle principal. Se paró un momento a hablar con Stella, que estaba en la puerta del café tomando el sol, y compró un periódico; cuando vi

que se sentaba en los bancos con los demás hombres di media vuelta y regresé a casa. Si alguna vez volvía al pueblo a hacer la compra, Charles estaría entre los hombres que me observaban al verme pasar. Constance estaba trabajando en el jardín y el tío Julian dormía al sol, y cuando me senté en mi banco en silencio Constance me preguntó, sin alzar la vista:

—¿Dónde has estado, Merricat?

—Dando un paseo. ¿Dónde está mi gato?

—Me parece —dijo Constance— que vamos a tener que prohibirte tus paseos. Ya es hora de que sientes la

cabeza.

—¿Con «vamos a tener que» te refieres a ti y a Charles?

—Merricat —Constance se volvió hacia mí, se sentó sobre los talones y apoyó los brazos en el regazo—. Hasta hace poco no me había dado cuenta de lo equivocada que estaba al dejar que tú y el tío Julian os escondierais aquí conmigo. Tendríamos que habernos enfrentado al mundo y haber tratado de llevar una vida normal; el tío Julian debería haber pasado todos estos años en un hospital, en manos de enfermeras que cuidaran de él. Tendríamos que haber vivido como el resto de la gente.

Tú deberías... —Se interrumpió y alzó las manos en un gesto de impotencia—. Tú deberías haber salido con chicos —dijo finalmente, y entonces se echó a reír porque le sonó divertido incluso a ella.

—Yo tengo a Jonas —dije, y ambas nos echamos a reír y el tío Julian se despertó de repente y soltó una vieja risita socarrona.

—Eres la persona más tonta que he conocido —le dije a Constance, y me fui a buscar a Jonas. Mientras estaba dando una vuelta, Charles regresó a casa; traía el periódico y una botella de vino para la cena, y la bufanda de nuestro padre que yo había usado para cerrar la puerta,

porque Charles tenía una llave.

—Yo podría haber aprovechado la bufanda —oí que decía irritado mientras yo estaba en el huerto, donde había encontrado a Jonas hecho un ovillo entre las lechugas—. Es cara, y me gustan los colores.

—Era de nuestro padre —dijo Constance.

—A propósito —añadió Charles—, uno de estos días me gustaría echar un vistazo al resto de su ropa. —Se quedó en silencio un momento; me imaginé que debía de estar sentándose en mi banco. Luego continuó, muy suave—. También —dijo—, mientras estoy aquí, querría

echarle un vistazo a los documentos de vuestro padre. Podría haber algo importante.

—No a mis papeles —intervino el tío Julian—. Este joven no va a meter sus manos en mis papeles.

—Ni siquiera he visto el despacho de vuestro padre —dijo Charles.

—No lo usamos. No se ha vuelto a tocar nada.

—Excepto la caja fuerte —puntualizó Charles.

—¿Constance?

—¿Sí, tío Julian?

—Quiero que en el futuro tú guardes mis papeles. No quiero que nadie más

los toque, ¿me has oído?

—Sí, tío Julian.

Yo no tenía permiso para abrir la caja fuerte donde Constance guardaba el dinero de nuestro padre. Tenía permiso para entrar en el despacho, pero no me gustaba y ni siquiera tocaba el pomo de la puerta. Tenía la esperanza de que Constance no abriera el despacho para Charles; al fin y al cabo, ya se había apropiado de la habitación de nuestro padre, y de su reloj y de su cadena de oro y de su anillo de sello. Me puse a pensar que ser un demonio y un fantasma a la vez debía de ser muy difícil, incluso para Charles; si en alguna ocasión se

olvidaba de su máscara, o dejaba que cayera aunque fuera un instante, lo reconocerían al momento y lo echarían; tenía que extremar las precauciones para emplear siempre la misma voz y mostrar el mismo rostro y la misma actitud sin cometer ningún error; debía estar siempre en guardia para no traicionarse a sí mismo. Me pregunté si al morir recobraría su verdadera forma. Como había refrescado, sabía que Constance ya había llevado dentro al tío Julian, así que dejé a Jonas durmiendo entre las lechugas y regresé a casa. En la cocina, encontré al tío Julian hurgando frenéticamente entre sus papeles sobre

la mesa, intentando hacer una pequeña pila, y a Constance pelando patatas. Se oía a Charles dando vueltas en el piso de arriba, y por un minuto la cocina fue un lugar cálido, alegre y luminoso.

—Jonas está durmiendo entre las lechugas —dije.

—No hay nada que me guste más que los pelos de gato en la ensalada —comentó Constance en tono afable.

—Ya es hora de que me haga con una caja —anunció el tío Julian. Se reclinó y miró sus papeles enfadado—. Hay que meterlos en una caja, ahora mismo. ¿Constance?

—Sí, tío Julian, ahora te busco una

caja.

—Si meto todos mis papeles en una caja y meto la caja en mi habitación, dejarán de estar al alcance de ese joven horrible. Es un joven horrible, Constance.

—De verdad, tío Julian, Charles es muy amable.

—No es honesto. Su padre no era honesto. Mis dos hermanos no eran honestos. Si intenta tocar mis papeles debes impedirselo; no voy a permitir que manipulen mis papeles ni voy a tolerar ninguna intrusión. Díselo, Constance. Es un malnacido.

—Tío Julian...

—En un sentido meramente metafórico, te lo aseguro. Mis dos hermanos se casaron con mujeres de carácter muy fuerte. Es solo una palabra que se usa (entre hombres, querida; y discúlpame por enfrentarte a tal palabra) para designar a un sujeto indeseable.

Constance se volvió sin hablar y abrió la puerta que daba a las escaleras del sótano y a los montones y montones de comida que se guardaban en lo más profundo de la casa. Bajó las escaleras tranquilamente, así que podíamos oír a Charles arriba y a Constance abajo.

Constance regresó del sótano con una caja para el tío Julian.

—Aquí tienes una caja vacía —dijo.

—¿Para qué? —preguntó el tío Julian.

—Para que metas los papeles.

—Ese joven no va a tocar mis papeles, Constance. No quiero que toque mis papeles.

—Todo es culpa mía —dijo Constance, volviéndose hacia mí—. Debería estar en un hospital.

—Pondré mis papeles en esa caja, Constance, querida, si eres tan amable de acercármela.

—Él se lo pasa bien —le dije a Constance.

—Tendría que haber actuado de un

modo completamente distinto.

—Está claro que no sería muy amable meter al tío Julian en un hospital.

—Pero tendré que hacerlo si yo...

—Constance se detuvo de pronto, y yo me volví hacia el fregadero y las patatas

—. ¿Le pongo nueces al puré de manzana? —preguntó.

Me quedé sentada en silencio, escuchando lo que casi había dicho. El tiempo se estaba acabando, se abatía sobre nuestra casa y me aplastaba. Pensé que había llegado el momento de romper el gran espejo del vestíbulo, pero entonces se oyeron los pasos pesados de Charles, que bajaba la escalera, cruzaba

el vestíbulo y entraba en la cocina.

—Bueno, bueno, todo el mundo está aquí —dijo—. ¿Qué hay de cenar?

Esa noche Constance tocó para nosotros en el salón. La gran curva del arpa dibujaba sombras en el retrato de nuestra madre y las suaves notas caían al aire como pétalos. Tocó *Over the Sea to Sky*, *Flow Gently, Sweet Afton* y *I Saw a Lady* y otras canciones que nuestra madre solía tocar, pero no recuerdo que los dedos de nuestra madre acariciaran las cuerdas con tanta finura, con tal sentido de la melodía.

El tío Julian se mantuvo despierto, escuchando y soñando, y Charles ni siquiera se atrevió a poner los pies sobre los muebles del salón, aunque el humo de su pipa difuminaba los adornos de pastel de boda del techo y él no dejaba de moverse mientras Constance tocaba.

—Qué delicadeza —dijo en un momento el tío Julian—. Todas las mujeres Blackwood tienen un don para la música.

Charles se detuvo junto a la chimenea para golpear la pipa contra la rejilla.

—Precioso —dijo mientras

estudiaba una de las porcelanas de Dresde. Constance dejó de tocar y él se volvió a mirarla.

—¿Es de valor?

—No mucho —contestó Constance—. A mi madre le gustaban.

El tío Julian comentó:

—Mi preferida siempre fue *Bluebells of Scotland*. Constance, querida, ¿podrías...?

—De momento es suficiente —replicó Charles—. Constance y yo tenemos que hablar, tío. Tenemos que hacer planes.

El jueves fue mi día más poderoso. Era el día indicado para ajustar cuentas con Charles. Por la mañana, Constance se puso a hacer galletas de especias para la cena; fue una lástima, porque si cualquiera de nosotros lo hubiera sabido le podríamos haber dicho que no se molestara, que el jueves iba a ser el último día. Ni siquiera el tío Julian lo sospechaba; el jueves se levantó sintiéndose un poco mejor y al acabar la

mañana Constance lo llevó a la cocina, donde había un intenso aroma a galletas de especias y donde se dedicó a seguir guardando los papeles dentro de la caja. Charles se había hecho con un martillo y había encontrado clavos y una tabla y golpeaba sin piedad el escalón roto; desde la ventana de la cocina comprobé que lo estaba haciendo realmente mal y eso me complació; deseaba que el martillo le golpeará el dedo gordo. Me quedé en la cocina hasta que estuve segura de que todo el mundo iba a permanecer donde estaba durante un buen rato, fui arriba y me metí en la habitación de nuestro padre, caminando

sigilosamente para que Constance no supiera que estaba allí. Lo primero que había que hacer era detener el reloj al que Charles había dado cuerda. Sabía que se lo había quitado para arreglar el escalón roto porque no llevaba la cadena. En el tocador de nuestro padre encontré el reloj, la cadena y el anillo de sello junto a la petaca de tabaco de Charles y cuatro cajas de cerillas. Yo no tenía permiso para tocar las cerillas pero en cualquier caso nunca habría tocado las cerillas de Charles. Cogí el reloj y escuché su tic-tac, porque Charles le había dado cuerda; no podía hacerlo retroceder hasta el punto donde

estaba antes porque lo llevaba usando dos o tres días, pero hice girar la ruedecilla hacia atrás hasta que el reloj emitió un débil y quejumbroso crujido y el tic-tac se detuvo. Después de asegurarme de que nunca más volvería a hacer tic-tac lo dejé con delicadeza donde lo había encontrado; algo, al menos, había escapado al hechizo de Charles, y pensé que por fin había atravesado su hermética piel de invulnerabilidad. La cadena, que estaba rota, no me preocupaba, y el anillo no me gustaba. Eliminar a Charles de todo lo que había tocado era casi imposible, pero me pareció que si cambiaba las

cosas de lugar en la habitación de nuestro padre, y luego hacía lo mismo en la cocina y en el salón, en el despacho e incluso en el jardín, Charles estaría perdido, se sentiría ajeno a lo que antes reconocía, y tendría que aceptar que esa no era la casa a la que había ido de visita y se iría. Puse patas arriba la habitación de nuestro padre muy rápido, y casi sin hacer ningún ruido.

Durante la noche yo había ido al campo y había vuelto con una gran cesta llena de maderas, ramas rotas, hojas, pedazos de vidrio y metal. Jonas había venido conmigo, divertido con nuestra caminata silenciosa mientras los demás

dormían. Al cambiar la disposición del cuarto de nuestro padre saqué los libros que había sobre la mesa y las mantas de la cama y en su lugar puse los vidrios y los trozos de metal, las maderas, las ramas y las hojas. No podía llevar las cosas de nuestro padre a mi habitación, así que las subí con cuidado hasta el desván donde se guardaba todo lo suyo.

Vertí una jarra de agua sobre la cama de nuestro padre; ahora Charles no podría volver a dormir allí. El espejo del tocador ya estaba roto; no reflejaría nunca más la imagen de Charles. No encontraría los libros ni la ropa y se sentiría perdido en una habitación con

hojas y ramas rotas. Arranqué las cortinas y las tiré al suelo; así Charles no tendría más remedio que mirar hacia el exterior y ver el camino que se alejaba hasta la carretera.

Contemplé la habitación complacida. Un espíritu maligno no lo iba a tener fácil para encontrarse a sí mismo allí. Estaba de nuevo en la habitación, tumbada en la cama jugando con Jonas, cuando oí que Charles le gritaba a Constance en el jardín.

—Esto pasa de la raya —le dijo—, sencillamente pasa de la raya.

—¿Y ahora qué sucede? —preguntó Constance; había entrado en la cocina, y

oí la voz del tío Julian que desde algún lugar del piso de abajo decía: «Dile a ese tonto que deje de gritar».

Miré hacia fuera al instante; no cabía duda de que el escalón había sido demasiado para Charles, porque el martillo y la tabla estaban en el suelo y el escalón seguía roto; Charles estaba subiendo el camino desde el arroyo y llevaba algo; me pregunté qué habría encontrado ahora.

—¿Alguna vez habías visto algo así? —preguntó; a pesar de que ahora estaba cerca seguía gritando—. Mira esto, Connie, pero míralo.

—Supongo que es de Merricat —

comentó Constance.

—No es de Merricat ni nada por el estilo. Esto es dinero.

—Ya me acuerdo —dijo Constance—. Dólares de plata. Me acuerdo de cuando los enterró.

—Aquí debe de haber veinte o treinta dólares; esto es intolerable.

—A ella le gusta enterrar cosas.

Charles seguía gritando, sacudiendo la caja de los dólares de plata con violencia. Me pregunté si se le caería; me habría gustado ver a Charles en el suelo, arrastrándose tras mis dólares de plata.

—No es su dinero —chillaba—, no

tiene ningún derecho a esconderlo.

Me pregunté cómo habría encontrado el lugar donde yo había enterrado la caja; quizá Charles y el dinero se encontraban el uno al otro sin importar lo lejos que estuvieran, o tal vez Charles se había propuesto cavar sistemáticamente cada palmo de nuestras tierras.

—Esto es terrible —gritaba—, terrible; no tiene ningún derecho.

—No hace daño a nadie —comentó Constance. Podía verla desconcertada mientras en algún rincón de la cocina el tío Julian daba golpes y la llamaba.

—¿Cómo sabes que no hay más? —

Charles le tendía la caja con gesto acusador—. ¿Cómo sabes que esa loca no ha enterrado miles de dólares por todas partes, donde nosotros nunca los encontraremos?

—A ella le gusta enterrar cosas — repitió Constance—. Ya voy, tío Julian.

Charles la siguió adentro, sosteniendo aún la caja con delicadeza. Supuse que podría enterrar la caja otra vez después de que se fuera, pero no me quedé satisfecha. Subí las escaleras y observé a Charles yendo del vestíbulo al estudio; no cabía duda de que iba a guardar mis dólares de plata en la caja fuerte de nuestro padre. Bajé corriendo

las escaleras sin hacer ruido y pasé por la cocina. «Tontuela», me dijo Constance al verme; estaba haciendo largas hileras de galletas de especias para que se enfriaran.

Yo pensaba en Charles. Podía convertirlo en una mosca, arrojarlo a una telaraña y observarlo mientras se enredaba y forcejeaba impotente, atrapado en el cuerpo de una mosca moribunda. Podía estar deseándole la muerte hasta que se muriera. Podía atarlo a un árbol y dejarlo allí hasta que se convirtiera en parte del tronco y le saliera la corteza por la boca. Podía enterrarlo en el agujero donde mi caja

de dólares de plata había estado a buen recaudo hasta que llegó él, y pisotearlo cuando estuviera bajo tierra.

Ni siquiera se había molestado en rellenar el agujero. Me lo imaginé mientras caminaba y encontraba el lugar donde la tierra parecía escarbada, deteniéndose y poniéndose a cavar como un loco con las dos manos, frunciendo el ceño al principio y jadeando ansiosamente al dar con la caja con mis dólares de plata. «No es culpa mía», le dije al agujero; ahora tendría que buscar algo para enterrar allí, y deseé que fuera Charles.

El agujero sería perfecto para su

cabeza. Me eché a reír cuando encontré una piedra redonda del tamaño justo, le dibujé una cara y la enterré en el agujero. «Adiós, Charles —dije—. La próxima vez no vayas por ahí cogiendo lo que no es tuyo».

Me quedé más o menos una hora en el arroyo. Estaba allí cuando Charles subió por fin las escaleras y entró en la que ya no era ni su habitación ni la de nuestro padre. Por un instante pensé que Charles había estado en mi refugio, pero todo seguía en su lugar, y no habría sido así de haber estado él hurgando. Sin embargo, se había acercado lo suficiente para que me molestara, así que aparté

las hierbas y las hojas sobre las que solía dormir, sacudí la manta y cambié las hojas y las hierbas. Limpié la roca plana donde comía a veces, y puse una rama más resistente en la entrada. Me pregunté si Charles volvería en busca de más dólares de plata y si le parecerían bonitas mis seis estatuillas azules. Después me entró hambre y volví a casa, y allí en la cocina estaba Charles, que seguía gritando.

—No me lo puedo creer —decía con una voz ahora aguda—. Simplemente no me lo puedo creer.

Me pregunté cuánto durarían los gritos de Charles. La casa resonaba con

un ruido oscuro y su voz era cada vez más débil y aguda; si no dejaba de chillar acabaría berreando. Me senté en el escalón de la cocina junto a Jonas y pensé que a lo mejor Constance se reiría a carcajadas si Charles le chillaba a ella. Eso no llegó a suceder, porque en cuanto se dio cuenta de que yo estaba sentada en el escalón se quedó callado un momento y luego, cuando volvió a hablar, lo hizo en voz baja y en un tono pausado.

—Así que has vuelto —dijo. No se dirigió hacia mí pero al oír su voz me dio la sensación de que se estaba acercando. Yo no lo miraba; miraba a

Jonas, que lo miraba a él.

—Todavía no he decidido qué voy a hacer contigo —anunció—, pero sea lo que sea te vas a acordar.

—No la asustes, Charles —dijo Constance. Tampoco me gustó su voz porque resultaba ajena y transmitía indecisión—. En cualquier caso, todo es culpa mía. —Esa era su nueva manera de pensar.

Se me ocurrió ayudar a Constance, quizá podía hacerla reír.

—La *Amanita pantherina* —dije— es muy venenosa. La *Amanita rubescens*, comestible y rica. La *Cicuta maculata*, conocida como cicuta, es una

de las plantas silvestres más venenosas si se ingiere. La *Apocynum cannabinum* no es de las más tóxicas, pero en cambio la *Actea rubra*...

—Basta —dijo Charles, todavía en tono comedido.

—Constance —dije—, Jonas y yo vendremos a comer.

—Antes vas a tener que explicarte con el primo Charles —replicó Constance, y yo me quedé estupefacta.

Charles estaba sentado a la mesa de la cocina, con la silla reclinada hacia atrás y un poco girada hacia la puerta, para poder verme. Constance estaba detrás de él, apoyada en el fregadero. El

tío Julian estaba sentado a su mesa, revolviendo sus papeles. Había hileras e hileras de galletas de especias enfriándose y la cocina todavía olía a canela y a nuez moscada. Me pregunté si Constance le daría una galleta de especias a Jonas con la cena, pero está claro que no lo hizo porque ese fue el último día.

—Ahora escucha —dijo Charles. Había traído consigo un puñado de ramas y tierra, quizá con la intención de demostrarle a Constance que realmente estaban en su habitación, o quizá porque pretendía sacarlo todo de allí a puñados; las ramas y la tierra no quedaban bien

sobre la mesa de la cocina y pensé que a lo mejor una de las razones por las que Constance parecía tan triste era porque su mesa tan limpia ahora estaba sucia.

—Escúchame bien —repitió Charles.

—No puedo trabajar aquí si ese joven habla todo el rato —dijo el tío Julian—. Constance, dile que se calle un poco.

—Y tú también —dijo Charles en voz baja—, ya os he soportado bastante, a vosotros dos. El uno me deja hecha un asco la habitación y va enterrando dinero por ahí y el otro ni siquiera recuerda mi nombre.

—Charles —le dije a Jonas. Yo era quien enterraba dinero, no cabía duda, así que yo no era el que no recordaba su nombre; el pobre tío Julian no podía enterrar nada y no recordaba el nombre de Charles. Me acordé de que tenía que ser más amable con el tío Julian—. ¿Le darás una galleta de especias al tío Julian a la hora de cenar? —le pregunté a Constance—. ¿Y a Jonas también?

—Mary Katherine —dijo Charles—, voy a darte la oportunidad de que te expliques. ¿Por qué has hecho ese desastre en mi habitación?

No tenía por qué responderle. Él no era Constance, y cualquier cosa que

dijera podía ayudarle a estrechar su debilitado cerco sobre nuestra casa. Me senté en el escalón de la puerta y jugueteé con las orejas de Jonas, que se sacudían y daban chasquidos cuando las acariciaba.

—Respóndeme —exigió Charles.

—¿Cuántas veces tengo que decírtelo, John, que no sé nada de este asunto? —El tío Julian dejó caer la mano sobre los papeles y los desparramó—. Es una riña entre mujeres y no es asunto mío. Yo no me entrometo en los rifirrafes de mi mujer y te aconsejo sinceramente que tú hagas lo mismo. No es propio de hombres como

nosotros llegar a las amenazas y reproches por una pelea entre mujeres. No es digno de ti, John, no es digno de ti.

—Cállate —le espetó Charles; volvía a gritar, y yo estaba encantada—. Constance —dijo bajando un poco el tono de voz—, esto es horrible. Tienes que salir de aquí cuanto antes.

—... no permitiré que mi hermano me haga callar. Nos marcharemos de tu casa, John, si eso es lo que realmente quieres. Te pido, sin embargo, que reflexiones. Mi esposa y yo...

—Todo es culpa mía —se lamentó Constance. Creí que iba a romper a

llorar. Después de todos esos años era impensable volver a ver a Constance llorando, pero me sentí agarrotada, paralizada, incapaz de ir a su encuentro.

—Eres maléfico —le dije a Charles—. Eres un fantasma y un demonio.

—¿Pero qué es esto? —dijo Charles.

—No le hagas caso —le respondió Constance—. No escuches las tonterías de Merricat.

—Eres un hombre muy egoísta, John, quizá incluso un sinvergüenza, y estás excesivamente apegado a los bienes materiales; a veces me pregunto, John, si eres un caballero de verdad.

—En esta casa están todos locos —
sentenció Charles con convicción—.
Constance, en esta casa están locos.

—Ahora mismo limpiaré tu
habitación. Charles, por favor, no te
enfades. —Constance me miró
enfurecida, pero yo estaba paralizada y
no la podía ver.

—Tío Julian. —Charles se levantó y
se dirigió hacia el tío Julian, que estaba
sentado a su mesa.

—No toques mis papeles —dijo el
tío Julian, mientras los tapaba con las
manos—. Aléjate de mis papeles,
malnacido.

—¿Qué? —preguntó Charles.

—Lo siento —se disculpó el tío Julian con Constance—. No es un lenguaje apto para tus oídos, querida. Solamente dile a este malnacido que no se acerque a mis papeles.

—Mira —le dijo Charles al tío Julian—, ya tengo bastante de toda esta historia. No pienso tocar tus estúpidos papeles y no soy tu hermano John.

—Claro que no eres mi hermano John; eres medio palmo más bajo. Tú eres un malnacido y quiero que te vayas con tu padre, que, para mi vergüenza, es mi hermano Arthur, y díselo con estas mismas palabras. En presencia de tu madre, si así lo decides; tu madre es una

mujer con mucha fuerza de voluntad pero no tiene el sentido de familia. Ella quería que se cortara la relación familiar. En consecuencia, no tengo ningún reparo en que repitas mis palabras ante ella.

—Todo eso ya está olvidado, tío Julian; Constance y yo...

—Me parece, joven, que olvidas con quién estás hablando. Me complace que estés arrepentido, pero ya me has robado demasiado tiempo. Por favor, ahora cállate.

—No hasta que haya acabado con tu sobrina Mary Katherine.

—Mi sobrina Mary Katherine murió

hace mucho tiempo, joven. No superó la pérdida de su familia; pensaba que lo sabías.

—¿Qué? —Charles se volvió furioso hacia Constance.

—Mi sobrina Mary Katherine falleció en un orfanato, por falta de cuidados, durante el juicio por asesinato contra su hermana. Pero en mi libro no ocupa un lugar importante, así que vamos a dejarla de lado.

—Está sentada aquí mismo. — Charles gesticuló sulfurado.

—Joven. —El tío Julian soltó el lápiz, y se volvió un poco hacia Charles —. Creo que ya te he hablado de la

importancia de mi trabajo. Y tú no dejas de interrumpirme. Ya tengo bastante. O te callas o te marchas de esta habitación.

Yo me reía de Charles e incluso Constance sonreía. Charles se quedó mirando al tío Julian, y el tío Julian, que volvió a sumergirse en sus papeles, dijo para sí:

—Maldito cachorro impertinente. —
Y añadió—: ¿Constance?

—¿Sí, tío Julian?

—¿Por qué mis papeles están en esa caja? Voy a tener que sacarlos otra vez y ordenarlos. ¿Ha estado ese joven rondando mis papeles? Dímelos.

—No, tío Julian.

—Me parece que se da muchos aires. ¿Cuándo dices que se va?

—Yo no me voy a ninguna parte —respondió Charles—. Me quedo.

—Imposible —replicó el tío Julian—. No tenemos espacio. ¿Constance?

—¿Sí, tío Julian?

—Me gustaría tomar un chuletón para comer. Un buen chuletón, bien hecho, quizá con champiñones.

—Sí —dijo Constance con alivio—. Debería empezar a preparar la comida. —Como si estuviera contenta de hacer por fin la comida, se acercó a la mesa y apartó la tierra y las hojas que Charles había dejado allí. Lo puso todo en una

bolsa de papel y la tiró, y luego volvió con un trapo y fregó la mesa. Charles nos observaba, a Constance, a mí y al tío Julian. Estaba absolutamente desconcertado, todo lo que oía o veía se le escapaba de las manos; era una delicia ver los primeros giros y retorcimientos del demonio una vez descubierto, y yo estaba orgullosa del tío Julian. Constance sonrió a Charles, contenta de que ya no hubiera gritos; ya no estaba a punto de llorar, y quizá por un momento también ella vislumbró al demonio, porque dijo:

—Pareces cansado, Charles. Ve a descansar hasta la hora de comer.

—¿Que me vaya a descansar adónde? —dijo en tono todavía enfadado—. No me pienso mover de aquí hasta que se tomen medidas con esta muchacha.

—¿Con Merricat? ¿Por qué habría que tomar medidas? Ya he dicho que limpiaré tu habitación.

—¿Ni siquiera la vas a castigar?

—¿Castigarme? —Me había levantado y estaba balanceándome apoyada en el marco de la puerta—. ¿Castigarme? ¿Quieres decir mandarme a dormir sin cenar?

Y salí corriendo. Corrí hasta que estuve en el campo de césped, el lugar

más seguro, y me senté entre la hierba, que era más alta que yo y me ocultaba. Jonas me encontró, y nos quedamos uno junto al otro, donde nadie podría vernos jamás.

Después de un buen rato me levanté porque sabía adonde dirigirme. Iba a la glorieta. Hacía seis años que no me acercaba allí, pero Charles había corrompido el mundo y solo quedaba ese lugar. Jonas no me siguió; a él no le gustaba, y cuando vio que me volvía hacia el camino lleno de maleza que conducía a la glorieta, tomó otro camino

como si tuviera algo importante que hacer y después hubiera quedado conmigo en otro lugar. La glorieta nunca le había gustado demasiado a nadie, recordé. Nuestro padre la había diseñado y había intentado desviar el arroyo y construir una pequeña cascada, pero algo debió de pasar con la madera, la piedra y la pintura, porque cuando estuvo acabada empezó a venirse abajo. Una vez, nuestra madre vio una rata dentro y luego ya no hubo manera de convencerla para que fuese, y si nuestra madre no iba, no iba nadie.

Yo nunca había enterrado nada por los alrededores. La tierra era negra y

estaba húmeda, y nada de lo que hubiera podido enterrar allí se habría sentido a gusto. Los árboles oprimían la glorieta a los lados y respiraban pesadamente sobre el tejado, y las pobres flores que habían plantado allí ahora estaban muertas o se habían hecho enormes adoptando formas salvajes y desproporcionadas. Siempre que estaba cerca del pabellón pensaba que era el lugar más feo del mundo; incluso recuerdo que una vez nuestra madre propuso muy seriamente derruirlo.

Dentro todo estaba oscuro y húmedo. No me gustaba sentarme en el suelo de piedra pero no había ningún otro sitio;

en otro tiempo, recordé, allí había sillas y tal vez también una mesa baja, pero ya no estaban, se las habrían llevado o se habrían podrido. Me senté en el suelo y en mi mente los coloqué a todos alrededor de la mesa del comedor, en su lugar correspondiente. Nuestro padre ocupaba la cabecera. Nuestra madre se sentaba enfrente. El tío Julian estaba a uno de sus lados, y nuestro hermano Thomas al otro; junto a mi padre estaban la tía Dorothy y Constance. Yo estaba entre Constance y el tío Julian, que era el lugar que me correspondía en la mesa por derecho propio. Poco a poco empecé a oírlos hablar.

—... hay que comprar un libro para Mary Katherine. Lucy, ¿no crees que Mary Katherine necesita un libro nuevo?

—Mary Katherine debería tener todo lo que quiera, cariño. Nuestra hija más querida debe tener cualquier cosa que desee.

—Constance, tu hermana no tiene mantequilla. Pásasela, por favor.

—Mary Katherine, te queremos.

—Nunca se te castigará. Lucy, tú debes velar por que nunca se castigue a Mary Katherine, nuestra hija más querida.

—Mary Katherine nunca daría motivos para castigarla, no será

necesario.

—Lucy, he oído hablar de niños desobedientes a los que envían a la cama sin cenar como castigo. Eso nunca debe sucederle a nuestra Mary Katherine.

—Estoy de acuerdo, querido. Mary Katherine nunca debe ser castigada. Y nunca debe irse a la cama sin cenar. Mary Katherine nunca hará nada que merezca castigo.

—Nuestra querida, nuestra adorada Mary Katherine necesita cuidados y cariño. Thomas, dale a tu hermana tu cena; todavía tiene hambre.

—Dorothy, Julian. Poneos en pie

cuando se levante nuestra hija.

—Inclinaos ante nuestra adorada
Mary Katherine.

8

Tuve que volver para cenar; era indispensable que estuviera sentada a la mesa con Constance y el tío Julian y Charles. No podía imaginármelos comiendo y hablando y pasándose la comida, con mi sitio vacío. Jonas y yo recorrimos el camino y luego atravesamos el jardín en la creciente oscuridad, y yo miré la casa con todo mi amor; era una buena casa, y pronto estaría de nuevo limpia y bella. Me

detuve un instante a contemplarla, y Jonas se restregó contra mi pierna y me habló suavemente, con curiosidad.

—Estoy observando nuestra casa —le dije, y se quedó quieto a mi lado, mirando hacia arriba también él. El tejado se dibujaba contra el cielo, las paredes compactas estaban bien unidas las unas a las otras, y las ventanas brillaban en la oscuridad; era una buena casa, y estaba casi limpia. Había luz en la ventana de la cocina y en las ventanas del comedor; era la hora de cenar y yo debía estar allí. Quería estar dentro de la casa, con la puerta cerrada a mis espaldas.

Cuando entré en la cocina noté al momento que la casa todavía albergaba la ira, y me sorprendió que alguien pudiera sentir una emoción durante tanto tiempo; oía con toda claridad su voz, que no dejaba de hablar y llegaba hasta la cocina.

—... que hacer respecto a ella — estaba diciendo—, simplemente, esto no puede seguir así.

Pobre Constance, pensé, tener que escuchar y escuchar mientras ve que se enfría la comida. Jonas salió corriendo y entró antes que yo en el comedor, y Constance anunció:

—Aquí está.

Me detuve en el umbral y me quedé un instante observando con atención. Constance iba vestida de rosa, y llevaba el cabello peinado hacia atrás, muy bonito; me sonrió cuando la miré, y me di cuenta de que estaba cansada de escuchar. La silla de ruedas del tío Julian estaba bien arrimada a la mesa y me entristeció ver que Constance le había puesto la servilleta bajo la barbilla; era horrible que no le permitieran comer tranquilo. Estaba comiendo pastel de carne y guisantes, que Constance había recogido un fragante día de verano; le había cortado la carne en pedazos pequeños y el tío

Julian mezclaba los guisantes y la carne con la cuchara antes de metérselos fatigosamente en la boca. Él no escuchaba, pero la voz seguía hablando y hablando.

—Así que has decidido volver. Ya era hora, jovencita. Tu hermana y yo estamos decidiendo tu castigo.

—Lávate la cara, Merricat —dijo Constance con dulzura—. Y péinate; no quiero verte desarreglada a la mesa, y tu primo Charles está enfadado contigo.

Charles me señaló con el tenedor:

—Te anuncio, Mary, que tus travesuras se han acabado. Tu hermana y yo hemos decidido que ya tenemos

bastante de que escondas cosas y las destruyas, y que no vamos a aguantar más tu mal humor.

No me gustaba tener un tenedor apuntándome y no me gustaba el tono de esa voz que no se detenía nunca; deseé que pinchara un trozo de comida con el tenedor, que se lo metiera en la boca y que se atragantara.

—Vamos, Merricat —dijo Constance—, se te va a enfriar la cena.

Ella sabía que yo no iba a comer sentada a esa mesa y que luego me llevaría la comida a la cocina, pero me pareció que no quería que Charles se diera cuenta para no darle más motivos

de queja. Le sonreí y me dirigí al vestíbulo mientras la voz seguía hablando a mis espaldas. Hacía mucho tiempo que no se oían tantas palabras en nuestra casa, y tardarían en borrarse. Subí las escaleras con paso decidido para que oyeran que iba al piso de arriba, pero cuando llegué al final caminé con sigilo, como Jonas, que iba detrás de mí.

Constance había limpiado la habitación donde él se había instalado. Se veía muy vacía, porque lo único que había hecho era sacar las cosas; no tenía nada que volver a poner dentro porque yo me lo había llevado todo al desván.

Yo sabía que los cajones del tocador estaban vacíos, y el armario, y las estanterías. No había espejo, y sobre el tocador solo había un reloj que no funcionaba y una cadena rota. Constance había quitado la ropa de cama mojada, y supuse que habría secado y girado el colchón, porque había vuelto a hacer la cama. Las largas cortinas habían desaparecido, quizá estaban lavándose. Él había estado tumbado en la cama, porque estaba deshecha, y su pipa, que todavía humeaba, estaba sobre la mesa junto a la cama; supuse que estaría tumbado cuando Constance lo llamó para cenar, y me pregunté si habría

estado mirando la habitación transformada una y otra vez, en busca de algo familiar, con la esperanza de que quizá el ángulo de la puerta cerrada o la luz del techo pudieran devolvérselo todo de nuevo. Me supo mal que Constance hubiera tenido que girar el colchón ella sola; yo acostumbraba a ayudarla, pero quizá él había aparecido y se había ofrecido a hacerlo por ella. Constance incluso le había llevado un platillo limpio para la pipa; en nuestra casa no había ceniceros y como él siempre estaba buscando sitios para dejar la pipa Constance le había llevado unos cuantos platillos rajados de la estantería de la

despensa y se los había dado para que apoyara la pipa. Los platillos eran rosas, con hojas doradas en el borde; formaban parte de la vajilla más antigua que recordaba.

—¿Quién los usaba? —le pregunté a Constance, cuando los dejó en la cocina —. ¿Dónde están las tazas?

—Nunca vi que nadie los usara; son de una época en la que yo no estaba en la cocina. Alguna bisabuela los debió aportar con su dote; los usaron, los rompieron, los cambiaron por otros y finalmente los colocaron en lo más alto de la estantería de la despensa; solo quedan estos platillos y tres platos

llanos.

—Pertenece a la despensa —dije yo—. No tienen por qué andar dando vueltas por la casa.

Constance se los había dado a Charles y ahora estaban esparcidos por ahí, en vez de pasar su tiempo decentemente apartados en una estantería. Había uno en el salón y uno en el comedor y habría uno, supuse, en el estudio. No eran frágiles, porque el platillo que ahora estaba en la habitación no se había rajado a pesar de que tenía la pipa encendida encima. Durante todo el día había intuido que allí encontraría algo; agarré el platillo y

la pipa y los lancé a la papelería, y cayeron silenciosamente sobre los periódicos que Charles había traído a casa.

No entendía qué les sucedía a mis ojos: con uno de ellos —el izquierdo— lo veía todo dorado, amarillo y naranja, y con el otro veía tonos azules, grises y verdes; quizá un ojo estaba hecho para el día y el otro para la noche. Si todo el mundo viera colores distintos con cada ojo, todavía habría muchos colores por inventar. Estaba en el rellano de la escalera a punto de bajar cuando me acordé de que tenía que ir a lavarme y peinarme.

—¿Por qué has tardado tanto? —
inquirió Charles cuando me senté a la
mesa—. ¿Qué has estado haciendo allí
arriba todo este rato?

—¿Me harás un pastel rosa? —le
pedí a Constance—. ¿Con pequeñas
hojas doradas en el borde? Jonas y yo
vamos a celebrar una fiesta.

—A lo mejor mañana —contestó
Constance.

—Después de cenar tendremos una
larga charla —anunció Charles.

—*Solanum dulcamara* —le
respondí.

—¿Qué?

—*Belladonna* —dijo Constance—.

Charles, por favor, déjalo para después.

—Ya tengo bastante.

—¿Constance?

—¿Sí, tío Julian?

—Ya me he acabado el plato. —Se encontró un pedazo de pastel de carne en la servilleta y se lo metió en la boca—. ¿Qué más hay?

—¿Quieres un poco más, tío Julian? Da gusto verte con tanto apetito.

—Esta noche me siento considerablemente mejor. Hacía días que no me sentía tan bien.

Me ponía contenta que el tío Julian estuviera mejor y sabía que se sentía feliz porque había sido descortés con

Charles. Mientras Constance cortaba otro trozo pequeño de pastel, el tío Julian miró a Charles con un brillo demoníaco en sus ojos ancianos y supe que se disponía a soltar alguna crueldad.

—Joven —comenzó a decir al fin, pero Charles se volvió de repente hacia el vestíbulo.

—Huelo a humo —dijo Charles.

Constance se quedó quieta, irguió la cabeza y se giró hacia la puerta de la cocina.

—¿La cocina? —preguntó y se levantó al instante.

—Joven...

—No cabe duda de que hay humo.

—Charles fue a mirar al vestíbulo—. Desde aquí se huele —dijo. Me pregunté con quién estaba hablando; Constance estaba en la cocina y el tío Julian estaba pensando en lo que iba a decir, y yo dejé de escuchar—. Hay humo —sentenció Charles.

—No es la cocina —Constance estaba en la puerta de la cocina y miraba a Charles.

Charles se volvió y se acercó a mí.

—Si esto es cosa tuya... —dijo.

Me entró la risa porque estaba claro que Charles tenía miedo de subir las escaleras para seguir el rastro del humo; entonces Constance dijo:

—Charles, tu pipa. —Y él se giró y salió corriendo hacia arriba—. Se lo he pedido una y otra vez —se lamentó Constance.

—¿Puede causar un incendio? —le pregunté, y en ese momento desde arriba llegaron los gritos de Charles, que sonaba como un arrendajo azul en el bosque—. Ese es Charles —le dije a Constance con delicadeza, y se apresuró hacia el vestíbulo y miró hacia arriba.

—¿Qué sucede? —preguntó—. Charles, ¿qué sucede?

—Fuego —dijo Charles, que se cayó por las escaleras—. Corred, corred; toda la casa está ardiendo. —Y

dirigiéndose a Constance, le gritó—: Y ni siquiera tenéis teléfono.

—Mis papeles —dijo el tío Julian—. Tengo que recoger mis papeles y llevarlos a un lugar seguro. —Se dio impulso con el borde de la mesa para mover la silla—. ¿Constance?

—Corred —dijo Charles, que ahora estaba en la puerta principal, forzando la cerradura—. Corred, tontos, corred.

—Yo no he corrido mucho que digamos en los últimos años, joven. No veo ningún motivo para tanta histeria; tengo que recoger mis papeles.

Charles había abierto la puerta principal, y se volvió en el umbral para

llamar a Constance.

—No intentes salvar la caja fuerte —le dijo—, pon el dinero en una bolsa. Volveré en cuanto consiga ayuda. Evitad el pánico. —Se fue corriendo, y lo oímos gritar «¡fuego, fuego, fuego!» mientras se dirigía al pueblo.

—Por Dios —exclamó Constance, casi divertida. Luego llevó a su habitación al tío Julian y yo me acerqué al vestíbulo y miré hacia arriba. Charles había dejado abierta la puerta de la habitación de nuestro padre y vi el movimiento del fuego dentro. El fuego arde en sentido ascendente, pensé; quemará las cosas de todos ellos, en el

desván. Charles también había dejado abierta la puerta principal, y un hilo de humo se deslizaba escaleras abajo y se balanceaba hacia fuera. Yo no veía ninguna necesidad de actuar con rapidez o de correr alrededor de la casa gritando, porque el propio fuego parecía no tener prisa. Me pregunté si debía subir las escaleras y cerrar la puerta de la habitación de nuestro padre para mantener el fuego dentro, ya que pertenecía por entero a Charles, pero cuando comencé a subir las escaleras vi que una llamarada había alcanzado la alfombra del pasillo y oí el ruido de un objeto pesado cayendo en la habitación

de nuestro padre. En ese momento ya no debía de quedar nada de Charles; incluso la pipa se habría consumido.

—El tío Julian está recogiendo sus papeles —comentó Constance, dirigiéndose al vestíbulo para reunirse conmigo. Llevaba el chal del tío Julian sobre el brazo.

—Tendremos que salir —dije. Sabía que Constance tenía miedo, así que propuse—: Podemos quedarnos en el porche, detrás de las parras, en la oscuridad.

—Precisamente lo habíamos limpiado todo el otro día —dijo—. No es justo. —Comenzó a estremecerse

como si estuviera enfadada, yo la cogí de la mano y la conduje a través de la puerta de entrada abierta y justo cuando nos volvimos para dar un vistazo aparecieron las luces en la carretera y el ruido desagradable de las sirenas, y nos vimos sorprendidas por las luces que se acercaban. Constance escondió el rostro contra mí, y entonces apareció Jim Donell, que fue el primero en saltar del coche de bomberos. «Apartaos», dijo, y nos empujó y pasó entre nosotras para dirigirse a la casa. Llevé a Constance hasta el rincón del porche donde las parras eran espesas, y ella se quedó allí, apretada contra las plantas. Yo le

agarraba la mano con fuerza. Desde allí veíamos los grandes pies de los hombres que atravesaban el umbral de nuestra puerta con las mangueras a rastras, trayendo consigo suciedad, confusión y peligros a nuestra casa. Llegaron más luces desde la carretera e iluminaron las escaleras y la fachada de la casa, que ahora se veía blanca y casi pálida, incómoda ante tanta visibilidad; hasta entonces nunca la habían iluminado. El ruido era insoportable pero incluso entre el ruido podía oírse la voz de Charles, que seguía hablando y hablando. «La caja fuerte del despacho», repitió un millón de veces.

El humo se filtraba por la puerta de entrada y se interponía entre los hombres corpulentos que se abrían paso.

—Constance —susurré—,

Constance, no los mires.

—¿Ellos me pueden ver? —susurró ella a su vez—. ¿Hay alguien mirando?

—Están pendientes del fuego. No te muevas.

Miré con cuidado entre las barras. Había una hilera larga de coches, y el camión de bomberos municipal, todos habían aparcado junto a la casa, lo más cerca posible, el pueblo entero estaba allí, mirando hacia arriba, observando. Veía caras que reían, y caras que

parecían asustadas, y entonces alguien gritó desde muy cerca de nosotras:

—¿Qué hay de las mujeres y del viejo? ¿Alguien los ha visto?

—Han tenido tiempo de salir —gritó Charles desde algún lugar—, seguro que están bien.

El tío Julian se las habría apañado para salir en la silla de ruedas por la puerta de atrás pensé, aunque no parecía que el fuego estuviera cerca la cocina ni de su habitación; veía las mangueras y oía los gritos de los hombres, que se agolpaban en las escaleras y en las habitaciones exteriores del piso de arriba. No podía pasar por delante de la

puerta de entrada, y aunque dejara sola a Constance, no había modo de ir hasta la puerta trasera sin bajar los escalones y rodear la casa, con toda aquella luz y ante toda aquella gente observando.

—¿Estaba asustado el tío Julian? —le pregunté en susurros a Constance.

—Me parece que estaba enfadado —me respondió. Unos pocos minutos después añadió—: Vamos a tener que fregar de lo lindo para ver el vestíbulo otra vez limpio —y suspiró. Me alegró que pensara en la casa y se olvidara de la gente que había ahí fuera.

—Y Jonas —le dije—, ¿dónde está?
Vislumbré una pequeña sonrisa en su

rostro entre la oscuridad de las parras.

—Él también estaba enfadado — contestó—. Salió por la puerta trasera cuando llevé al tío Julian a que recogiera sus papeles.

Estábamos todos bien. El tío Julian debía de haberse olvidado por completo del fuego si tanto se había interesado por sus papeles, y Jonas debía de estar observando bajo la sombra de los árboles. Cuando acabaran de apagar el fuego de Charles, entraría en la casa con Constance y nos pondríamos a limpiarla otra vez. Constance estaba más tranquila, a pesar de que cada vez llegaban más y más coches por la

carretera y por nuestra puerta seguía incesante el traqueteo de pies entrando y saliendo. A excepción de Jim Donell, que llevaba un sombrero que lo proclamaba «jefe», era imposible distinguir a nadie, y tampoco era posible ponerle nombre a ninguna de las caras que estaban delante de nuestra casa, mirando hacia arriba y riéndose del fuego.

Traté de pensar con claridad. La casa estaba en llamas; nuestra casa estaba ardiendo, pero curiosamente Jim Donell y el resto de hombres anónimos con sombreros e impermeables se proponían acabar con el fuego que le

estaba quemando los huesos. Era el fuego de Charles. Si aguzaba el oído podía oír el fuego, un sonido cantarín y cálido escaleras arriba, pero a su alrededor, asfixiándolo, se escuchaban las voces de los hombres que estaban dentro de la casa, las voces de la gente que miraba desde fuera y el rumor distante de los coches en la carretera. Constance seguía a mi lado tranquila, a veces se quedaba observando a los hombres que entraban en la casa, pero la mayor parte del tiempo se llevaba las manos a la cara y se tapaba los ojos; estaba nerviosa, pensé, pero no corría peligro. A cada rato se oía alguna voz

que se imponía sobre las demás; Jim Donell daba instrucciones a gritos, o alguien se ponía a chillar entre la multitud. «¿Por qué no dejan que se queme?», dijo una voz de señora, riéndose, o «Coged la caja fuerte del despacho y bajadla», dijo Charles, que estaba a salvo al frente de la multitud delante de la casa.

—¿Por qué no dejan que se queme?
—volvió a gritar la señora con insistencia, y uno de los hombres de oscuro que entraba y salía por nuestra puerta se volvió, hizo un gesto con la mano y sonrió burlonamente.

—Somos bomberos —le respondió

—, nuestro deber es apagar el fuego.

—Dejen que se queme —gritó otra vez la señora.

Había humo por todas partes, denso y horrible. A ratos observaba las caras de la gente y las veía nubladas por el humo que salía por la puerta principal formando olas espantosas. En un determinado momento se oyó un estrépito dentro de la casa y voces que hablaban con atropello y urgencia, y fuera las caras miraban hacia arriba entre el humo, felices, con las bocas abiertas.

—¡Coged la caja fuerte! —gritó Charles frenéticamente—. Entre dos o

tres de vosotros, sacadla del estudio. La casa se está cayendo.

—Dejad que se queme —repitió la mujer.

Yo tenía hambre y quería cenar, y me pregunté cuánto tardarían en apagar el fuego e irse antes de que Constance y yo pudiéramos entrar otra vez. Un par de muchachos del pueblo se habían acercado peligrosamente hasta donde estábamos, pero se limitaban a mirar dentro, no hacia el porche, poniéndose de puntillas para ver entre los bomberos y las mangueras. Yo estaba cansada y tenía ganas de que todo acabase. Entonces me di cuenta de que el

resplandor se iba apagando, las caras entre el césped no se veían tan nítidas, y un nuevo tono surgió de entre el ruido; dentro las voces se volvieron más seguras, menos severas, casi complacidas, y fuera se oían más bajas y decepcionadas.

—Todo marcha bien —dijo alguien.

—Está bajo control —añadió otra VOZ.

—Pero ha quedado destruida. — Entonces se oyó una risa—. No se va a poder aprovechar nada.

—Debería haberse quemado hace años.

—Y con ellas dentro.

Se referían a nosotras, pensé, a Constance y a mí.

—Dime, ¿alguien las ha visto?

—No he tenido esa suerte. Los bomberos las sacaron.

—Vaya.

El resplandor casi había desaparecido. Fuera, la gente estaba a oscuras, las caras se habían empequeñecido y ensombrecido, solo los faros de los coches las iluminaban; vi el destello de una sonrisa, y una mano que se alzaba para saludar, y oí las voces que lamentablemente seguían allí.

—Ya está.

—Menudo fuego.

Jim Donell salió por la puerta de entrada. Todo el mundo lo reconoció, por su talla y por el sombrero, en el que decía «jefe».

—Jim —lo llamó alguien—, ¿por qué no dejas que se queme?

Él alzó ambas manos e hizo un gesto de calma.

—El fuego está apagado, amigos —dijo.

Se sacó con mucho cuidado el sombrero en el que decía «jefe» y, mientras todo el mundo lo observaba, bajó despacio los escalones y se dirigió al coche de bomberos y dejó el sombrero en el asiento de delante. Luego

se agachó y se concentró en buscar algo, y finalmente, bajo la mirada de todo el mundo, agarró una piedra. Se dio la vuelta despacio en medio de un profundo silencio, alzó el brazo y estrelló la piedra contra una de las grandes ventanas del salón de nuestra madre. Se levantó un muro de risas a sus espaldas y, entonces, primero los muchachos que estaban en los escalones y luego los hombres y por último las mujeres y los niños pequeños se dirigieron a nuestra casa como una ola.

—Constance —dije—, Constance.
—Pero ella se tapaba los ojos con las manos.

Rompieron la otra ventana del salón, esta vez desde dentro; yo vi como la hacían añicos con la lámpara que siempre estaba junto a la silla de Constance.

Pero lo peor de todo, lo más horrible, eran las risas. Ví como lanzaban una de las porcelanas de Dresde y la estrellaban contra la barandilla del porche, y como otra rodaba sobre el césped. El arpa de Constance cayó al suelo dando un grito musical, y reconocí el sonido de una silla contra la pared.

—Escuchad —dijo Charles desde algún lugar—, ¿hay dos voluntarios para

ayudarme a sacar la caja fuerte?

Y entonces, entre las risas, alguien dijo: «Merricat, dijo Constance, ¿una taza de té, querrás?». Sonaba rítmico e insistente. Estoy en la Luna, pensé, por favor, dejadme estar en la Luna. Oí un ruido de platos rotos y al instante caí en la cuenta de que nos hallábamos ante las grandes ventanas del comedor y que la gente se estaba acercando demasiado.

—Constance —dije—, tenemos que irnos.

Ella negó con la cabeza, con las manos sobre la cara.

—Nos encontrarán dentro de un momento. Por favor, Constance, querida,

ven conmigo.

—No puedo —respondió, y justo entonces se oyó un grito procedente del comedor: «Merricat, dijo Constance, ¿quieres ir a dormir?», y un segundo antes de que rompieran el cristal de la ventana pude tirar de Constance. Debían de haber lanzado una silla, quizá la silla del comedor en la que nuestro padre solía sentarse y en la que Charles solía sentarse.

—Vamos. —Ya no podía aguantar más entre todo aquel ruido, cogí a Constance de la mano y corrí hacia los escalones. Al pasar frente a la luz de los faros, Constance se tapó la cara con el

chal del tío Julian.

Una niña pequeña salió corriendo por la puerta de entrada con algo en la mano, y su madre, detrás de ella, la cogió del vestido y le sacudió las manos. «No te metas eso en la boca», le gritó, y la niña pequeña soltó unas cuantas galletas de especias de Constance.

*Merricat, dijo Constance,
¿una taza de té, querrás?*

*Merricat, dijo Constance,
¿quieres ir a dormir?*

*Oh, no, dijo Merricat, me
envenenarás.*

Para estar a salvo teníamos que bajar los escalones y llegar hasta el bosque; no estaba lejos pero las luces de los faros de los coches cruzaban el césped. Tenía miedo de que Constance tropezara y se cayera al correr, pero debíamos alcanzar el bosque y no había otro camino. Titubeamos junto a los escalones, como si ninguna de las dos se atreviera a seguir avanzando, pero las ventanas estaban rotas y dentro volaban los platos, vasos y cubiertos e incluso las ollas que Constance utilizaba para cocinar; me pregunté si ya habrían roto mi taburete, que estaba junto a la mesa. Nos quedamos quietas todavía un

instante, y en ese momento un coche remontó la carretera seguido por otro; se detuvieron delante de la casa e iluminaron aún más el césped.

—¿Qué diablos está pasando aquí? —preguntó Jim Clarke, saliendo del primer coche, y Helen Clarke, a su lado, miraba con la boca abierta. Jim Clarke se abrió paso a gritos y empujones, cruzó la puerta de la casa y entró sin vernos—. ¿Pero qué diablos está pasando aquí? —repetía sin cesar, mientras Helen Clarke seguía fuera, sin reparar en nosotras, mirando la casa—. Malditos locos —gritó desde dentro Jim Clarke—, malditos locos borrachos. —

El doctor Levy salió del segundo coche y fue corriendo hacia la casa—. ¿Se han vuelto todos locos? —gritaba Jim Clarke, y entonces se oyó una risotada. «¿Una taza de té, querrás?», chilló alguien y hubo más risas. «Habrà que sacar ladrillo a ladrillo», añadió otro.

El doctor subió los escalones a toda prisa y nos apartó sin reparar en nosotras.

—¿Dónde está Julian Blackwood? —le preguntó a una mujer de camino a la puerta, que le respondió: «¡Bajo tierra!».

Había llegado el momento. Agarré con fuerza la mano de Constance y

bajamos los escalones con cuidado. No quería echar a correr porque tenía miedo de que Constance se cayera; nadie podía vernos salvo Helen Clarke, y ella estaba mirando la casa. Detrás de nosotras oí a Jim Clarke gritando; intentaba echar a la gente de la casa, y antes de que acabáramos de bajar los escalones oí voces a nuestras espaldas.

—Allí están —gritó alguien y me pareció que era Stella—. Allí están, allí, allí.

Me puse a correr, pero Constance tropezó y de inmediato los tuvimos a todos a nuestro alrededor, dándose empujones, riendo e intentando

acercarse a mirar. Constance se tapaba la cara con el chal del tío Julian, y por un momento nos quedamos muy quietas, estrechándonos mutuamente frente a toda aquella gente a nuestro alrededor.

—Metedlas dentro de la casa otra vez y volved a prenderle fuego.

—Os lo hemos dejado todo muy bien, tal como siempre os ha gustado.

—Merricat, dijo Constance, ¿una taza de té, querrás?

Durante un segundo horrible pensé que iban a cogerse de las manos y ponerse a bailar y cantar alrededor de nosotras. A lo lejos vi a Helen Clarke, apoyada en uno de los laterales del

coche; estaba llorando y hablaba, y a pesar de que no podía oírla en medio del ruido sabía que estaba diciendo: «Quiero irme a casa, por favor, quiero irme a casa».

—Merricat, dijo Constance, ¿quieres ir a dormir?

Intentaban no tocarnos; se alejaban un poco cada vez que me giraba; en un momento dado, entre dos hombros vislumbré a Harler, el del patio de chatarra, dando vueltas por el porche mientras recogía cosas y las apilaba a un lado. Hice un pequeño movimiento, apreté la mano de Constance y cuando ellos retrocedieron salimos corriendo

hacia los árboles, pero la esposa de Jim Donell y Mrs. Mueller se interpusieron en nuestro camino, riéndose y extendiendo los brazos, y no tuvimos más remedio que detenernos. Me giré, le di un pequeño empujón a Constance y nos pusimos a correr otra vez, pero Stella y los chicos de los Harris se plantaron ante nosotras, gritando entre risas: «¡Bajo tierra te vas a pudrir!», y nos detuvimos. Me volví hacia la casa, me puse a correr arrastrando a Constance, y Elbert el del colmado y la arpía que tenía por esposa aparecieron allí, alzando las manos para detenernos, casi como si bailaran, y nos detuvimos.

Entonces me dirigí hacia un lado, y Jim Donell dio un paso hacia nosotras, y nos detuvimos.

—Oh, no, dijo Merricat, me envenenarás —dijo educadamente Jim Donell, y nos rodearon de nuevo, cercándonos y reteniéndonos desde una cierta distancia. «Merricat, dijo Constance, ¿quieres ir a dormir?». Por encima de todo se oían las risotadas, que casi ahogaban los gritos y los aullidos de los chicos de los Harris.

—Merricat, dijo Constance, ¿una taza de té, querrás?

Constance se agarraba a mí con una mano y con la otra se tapaba la cara con

el chal del tío Julian. Ví que se abría un agujero en el círculo, y salí corriendo hacia los árboles, pero los Harris estaban allí, uno de ellos en el suelo, desternillándose de risa, y nos detuvimos. Me volví a girar y corrí hacia la casa pero Stella se acercó y nos detuvimos. Constance tropezaba a cada rato, y temí que nos cayéramos al suelo delante de todos y nos quedáramos allí, donde fácilmente podían pisarnos mientras bailaban, y me quedé quieta; no podía permitir que Constance se cayera delante de todos.

—Se acabó —dijo Jim Clarke desde el porche. No gritó, pero todos lo

oyeron—. Ya basta —añadió.

Se hizo un breve silencio por educación, y luego alguien soltó: «¡Bajo tierra te vas a pudrir!», y estallaron las risas.

—Escuchadme bien —dijo Jim Clarke, alzando la voz—. Escuchadme. Julian Blackwood está muerto.

Al fin se callaron. Al cabo de un momento, Charles Blackwood preguntó desde la multitud que nos rodeaba:

—¿Lo ha matado ella?

Se alejaron de nosotras dando pequeños pasos, retirándose despacio, hasta que se hizo un claro a nuestro alrededor, mientras Constance seguía

tapándose la cara con el chal.

—¿Lo ha matado ella? —repitió Charles Blackwood.

—No ha sido ella —respondió el médico, que estaba en la puerta de la casa—. Julian ha muerto como siempre pensé que moriría; ha estado esperando mucho tiempo.

—Ahora marchaos pacíficamente —dijo Jim Clarke. Empezó a coger a la gente por los hombros, empujándolos un poco por la espalda, guiándolos hacia sus coches y la carretera—. Marchaos. Hay un muerto en esta casa.

Estaba todo tan silencioso que, a pesar de la gente que cruzaba el césped

y se alejaba, pude oír lo que dijo Helen Clarke.

—Pobre Julian.

Me adentré un paso en la oscuridad con cautela, tirando un poco de Constance para que me siguiera.

—El corazón —dijo el médico desde el porche, y yo avancé otro paso. Nadie se volvió para mirarnos. Las puertas de los coches se cerraban con suaves portazos y los motores se ponían en marcha. Yo me giré una vez. En las escaleras, había un pequeño grupo de gente alrededor del doctor. La mayoría de las luces se habían alejado carretera abajo. Cuando sentí la sombra de los

árboles sobre nosotras, avancé rápidamente; un último paso y ya habríamos llegado. Con Constance a rastras, fui corriendo hasta debajo de los árboles, en plena oscuridad; cuando sentí que mis pies abandonaban la hierba del césped y tocaban el suelo musgoso y mullido del camino hacia el bosque supe que los árboles habían hecho un cerco a nuestro alrededor, me detuve y abracé a Constance.

—Ya está —le dije, y la estreché con fuerza—. Todo irá bien. Todo irá bien.

Conocía el camino hubiera luz o estuviese oscuro.

Me alegré de haber ordenado y limpiado mi escondite, porque así Constance se sentiría a gusto. La cubriría con hojas, como a los niños en los cuentos, allí estaría a salvo y arropada. A lo mejor podría cantarle una canción o contarle un cuento; le llevaría frutas brillantes y bayas, y agua en una taza hecha con una hoja. Algún día iríamos a la Luna. Encontré la entrada de mi escondite y conduje a Constance adentro, al rincón donde estaban la pila

de hojas y la manta. La empujé suavemente hasta que se sentó y la tapé con el chal del tío Julian. Del rincón llegó un pequeño ronroneo y supe que Jonas me había estado esperando.

Tapié la entrada con ramas; no podrían vernos ni siquiera con luz. No había oscurecido del todo; veía la sombra de Constance y cuando recosté la cabeza vi dos o tres estrellas, que brillaban sobre mí desde muy lejos entre las hojas y las ramas.

Una de las porcelanas de Dresde de nuestra madre está rota, pensé, y le dije a Constance en voz alta:

—Les pondré veneno en la comida y

observaré cómo mueren.

Constance se movió y las hojas crujieron.

—¿Cómo la otra vez?

Nunca habíamos tocado el tema, ni en una sola ocasión en seis años.

—Sí —respondí un instante después—. Como la otra vez.

9

En algún momento durante la noche llegó una ambulancia y se llevó al tío Julian, y me pregunté si habrían echado de menos su chal, con el que Constance se había arropado para dormir. Al girar en la carretera, vi los faros de la ambulancia, con una pequeña luz roja encima, y oí los sonidos distantes que acompañaban la partida del tío Julian, las voces hablando con discreción porque estaban en presencia de un

muerto, y las puertas abriéndose y cerrándose. Nos llamaron dos o tres veces, quizá para preguntarnos si debían hacerse cargo del tío Julian. Yo estaba sentada junto al arroyo, lamentando no haber sido más amable con el tío Julian. El tío Julian creyó que yo había muerto, pero el que estaba muerto era él; inclinaos ante nuestra adorada Mary Katherine, pensé, o moriréis.

El agua se mecía adormecida en la oscuridad y yo me preguntaba cómo estaría la casa al volver. Quizá el fuego lo había destruido todo y al día siguiente nos encontraríamos los últimos seis años reducidos a humo y a todos ellos

aguardándonos en el comedor, sentados a la mesa mientras Constance servía la cena. Quizá acabáramos en la casa Rochester, o viviendo en el pueblo o en una casa flotante en el río o en una torre en lo alto de una colina; quizá el fuego se hubiera decidido a cambiar de dirección y abandonar nuestra casa y destruir el pueblo; quizá a estas alturas, en el pueblo, estaban ya todos muertos. Quizá el pueblo en realidad era un gran tablero, con casillas bien delimitadas, y yo había superado la que decía «fuego, regresa al principio», y ahora estaba en las últimas casillas, a un solo movimiento del final.

El pelo de Jonas olía a humo. Era el día de visita de Helen Clarke, pero hoy no habría té, porque íbamos a tener que limpiar la casa, aunque no fuera día de limpieza. Ojalá Constance hubiese preparado bocadillos para traer al arroyo, y me pregunté si Helen Clarke era capaz de presentarse a tomar el té aunque la casa no estuviese en condiciones. Decidí que a partir de ese momento yo ya no tendría permiso para llevar tazas de té.

Cuando comenzó a amanecer oí que Constance se removía entre las hojas y entré en mi escondite para estar cerca de ella cuando se despertara. Al abrir los

ojos, lo primero que vio fueron los árboles sobre ella, y luego a mí, y me sonrió.

—Por fin estamos en la Luna —le anuncié, y le devolví la sonrisa.

—Pensé que todo era un sueño.

—Sucedió realmente —dije.

—Pobre tío Julian.

—Vinieron durante la noche y se lo llevaron, mientras nosotras estábamos aquí en la Luna.

—Me alegro de estar aquí —dijo—. Gracias por traerme.

Tenía hojas en el cabello y la cara sucia y Jonas, que me había seguido hasta mi escondite, la miraba

sorprendido: hasta entonces nunca había visto a Constance con la cara sucia. Ella se quedó quieta un momento, ya no sonreía, le devolvió la mirada a Jonas consciente de que estaba sucia, y luego dijo:

—Merricat, ¿qué vamos a hacer?

—Primero tenemos que limpiar la casa aunque no sea el día.

—La casa —dijo—. Oh, Merricat.

—Ayer no cené —le dije.

—Oh, Merricat. —Se incorporó y en un instante se quitó el chal y se sacudió las hojas—. Oh, Merricat, pobrecita —dijo—. Vamos a darnos prisa —y se puso en pie.

—Mejor que antes te laves la cara.

Fue al arroyo, mojó el pañuelo y se frotó el rostro mientras yo sacudía el chal del tío Julian y lo doblaba, pensando que esa mañana todo era muy extraño y primitivo; yo nunca había tocado el chal del tío Julian. Intuía que a partir de ahora las reglas iban a ser distintas, pero de todos modos era raro estar doblando el chal del tío Julian. Luego, pensé, volvería a mi escondite y lo limpiaría, y pondría hojas nuevas.

—Merricat, te estarás muriendo de hambre.

—Tenemos que ir con cuidado — dije agarrándola de la mano para

calmarla—. No hay que hacer ruido y debemos prestar atención; puede ser que algunos de ellos todavía estén rondando por aquí.

Yo caminaba delante en silencio, y Constance y Jonas detrás. Constance no era tan sigilosa como yo, pero hacía muy poco ruido y Jonas, por supuesto, no hacía ningún ruido. Tomé el camino que nos llevaría a la puerta trasera de la casa, cerca del huerto, y cuando llegamos al extremo del bosque me detuve y, dejando a Constance un poco atrás, me aseguré de que no quedara nadie por ahí. Por un momento solo vimos el jardín y la puerta de la cocina,

que tenían el mismo aspecto de siempre, y Constance suspiró y dijo «Oh, Merricat», y lanzó un pequeño gemido, y yo me quedé atónita, porque el piso superior de la casa había desaparecido.

Recordé que justo el día antes había estado mirando la casa con amor, pensando que siempre había sido tan alta como los árboles. Ahora la casa acababa por encima de la puerta de la cocina, que era una pesadilla de madera negra y retorcida; vi un pedazo de marco de ventana que aún sostenía un cristal roto y pensé: esa era mi ventana, yo miraba desde mi habitación por esa ventana.

No había nadie ni se oía ningún ruido. Avanzamos juntas muy despacio hacia la casa, tratando de asimilar su fealdad y decadencia y vergüenza. Las verduras del huerto estaban cubiertas de ceniza; habría que lavar la lechuga antes de comerla, y los tomates. El fuego no había llegado hasta allí, pero todo, el césped y los manzanos y la mesa de jardín de mármol de Constance, todo tenía un aspecto humoso y estaba sucio. Al acercarnos a la casa comprobamos que el fuego no había llegado al piso de abajo, se tuvo que conformar con las habitaciones y el desván. Constance titubeó ante la puerta de la cocina, pero

la había abierto miles de veces y era imposible que la puerta no reconociera el tacto de su mano, así que abrió el cerrojo. Cuando la abrió, fue como si la casa temblara, aunque ni siquiera una corriente gélida le habría dado un aspecto más frío. Tuvo que empujar la puerta para entrar, aunque no cayó ninguna viga calcinada, ni, al contrario de lo que yo temía, se derrumbó todo de pronto, porque es de esperar que una casa en apariencia sólida pero en realidad solo hecha de cenizas se desmorone al tocarla.

—Mi cocina —dijo Constance—, mi cocina.

Se quedó en la puerta, mirando. Pensé que a lo mejor nos habíamos equivocado de camino durante la noche, a lo mejor nos habíamos perdido y habíamos vuelto por el agujero equivocado en el tiempo, o por la puerta equivocada, o por el cuento equivocado. Constance se apoyó en el marco de la puerta para sostenerse en pie, y repitió:

—Mi cocina, Merricat.

—Mi taburete sigue ahí —dije yo.

El obstáculo que impedía abrir la puerta era la mesa de la cocina, que estaba tumbada en el suelo. La puse derecha y entramos. Había dos sillas destrozadas, y el suelo estaba horrible,

lleno de platos y vasos rotos, y cajas de comida y papeles que habían tirado de las estanterías. Contra la pared habían estampado tarros de mermelada y conservas en almíbar, y salsa de tomate. El fregadero donde Constance lavaba los platos estaba lleno de pedazos de cristal, como si los hubieran estado rompiendo metódicamente, uno tras otro. Habían sacado los cajones donde guardábamos la cubertería y los utensilios de cocina y los habían estrellado contra la mesa y las paredes, y la cubertería de la casa, que durante generaciones había sido de las mujeres de los Blackwood, estaba deformada y

esparcida por el suelo. Habían cogido del aparador del comedor los manteles y las servilletas cosidos por las mujeres de los Blackwood, lavados y planchados una y otra vez, remendados y cuidados, y los habían arrastrado hasta la cocina. Era como si todas las riquezas y tesoros de nuestra casa hubieran sido descubiertos y destruidos y mancillados; había platos rotos que procedían de los estantes más altos del aparador, y nuestro pequeño azucarero con rosas estaba tirado a mis pies, sin asas. Constance se agachó y recogió una cuchara de plata.

—Esto formaba parte del ajuar de

nuestra abuela —dijo, y puso la cuchara sobre la mesa. Luego añadió—: Las conservas —y se volvió hacia la puerta del sótano; estaba cerrada y pensé que quizá no la habían visto, o quizá no habían tenido tiempo de bajar las escaleras. Constance avanzó con cuidado, abrió la puerta del sótano y miró hacia abajo. Yo me imaginé todos los tarros guardados con tanto cariño hechos añicos en el suelo, amontonados en pilas pegajosas, pero Constance bajó uno o dos escalones y dijo—: No, aquí no han tocado nada. —Cerró la puerta del sótano otra vez, se dirigió al fregadero para lavarse las manos y se

las secó con un trapo que estaba en el suelo.

Y ahora, tu desayuno.

Jonas estaba sentado en el escalón de la puerta bajo la luz de un sol cada vez más intenso, mirando la cocina con asombro; cuando volvió la vista hacia mí me pregunté si estaría pensando que Constance y yo habíamos provocado todo aquel desorden. Ví una taza que no estaba rota, la recogí y la dejé encima de la mesa, y luego me puse a buscar más cosas que pudieran haberse salvado. Me acordé de que una de las porcelanas de Dresde de nuestra madre había rodado por el césped escapando

del peligro y me pregunté si habría podido esconderse con éxito y ponerse a salvo; después iría a ver si la encontraba.

Nada estaba en su lugar, nada seguía un plan; era un día absolutamente singular. Constance bajó al sótano y volvió con las manos llenas.

—Sopa de verduras —dijo, casi cantando—, mermelada de fresa, sopa de pollo y cecina. —Dejó los tarros sobre la mesa de la cocina y se volvió despacio, mirando el suelo—. Allí —dijo finalmente. Fue hasta una esquina a recoger una cacerola pequeña y se dirigió a la despensa—. Merricat —me

llamó entre risas—, no han encontrado el barril de harina. Ni la sal. Ni las patatas.

Encontraron el azúcar, pensé. Bajos mis pies sentía el suelo granuloso, era como si tuviera vida propia, y pensé: claro; era obvio que irían por el azúcar y se lo pasarían en grande; quizá se lo habían estado tirando los unos a los otros, mientras gritaban: «Azúcar Blackwood, azúcar Blackwood, ¿quieres probarlo?».

—Han llegado hasta las estanterías de la despensa —dijo Constance—, cereales, especias y conservas.

Recorrí la cocina despacio,

observando el suelo. Debían haber barrido las cosas con el antebrazo para tirarlas, porque las latas de comida estaban esparcidas y abolladas como si hubieran volado por los aires, habían pisoteado las cajas de cereales y de té y de galletas y estaban todas abiertas. Los tarros de las especias estaban juntos en un rincón, sin abrir; me pareció notar una ligera fragancia a las especias de las galletas de Constance y entonces vi unas pocas, aplastadas en el suelo.

Constance volvió de la despensa con una barra de pan.

—¡Mira, esto no lo han encontrado!
—exclamó—, y hay huevos y leche y

mantequilla en la nevera.

Al no encontrar la puerta del sótano no pudieron llegar hasta la nevera, y me alegré de que no hubieran encontrado los huevos para sumarlos al desorden que ya había en el suelo.

Encontré tres sillas enteras y las coloqué en su lugar alrededor de la mesa. Jonas estaba sentado en mi esquina, en mi taburete, y me miraba. Me bebí la sopa de pollo en una taza sin asa, y Constance lavó un cuchillo para untar el pan con mantequilla. Aunque en esos momentos no me di cuenta, el tiempo y el esquema ordenado de nuestros días se había acabado; no sé si

primero encontré las sillas y luego comí el pan, o si primero comí el pan y luego encontré las sillas, o si hice las dos cosas a la vez. En un momento dado, Constance se volvió de pronto y dejó el cuchillo; se dirigió hacia la puerta cerrada de la habitación del tío Julian y regresó con una leve sonrisa:

—Me ha parecido oírlo caminar — dijo, y se sentó otra vez.

Todavía no habíamos salido de la cocina. Todavía no sabíamos cuánto había quedado de nuestra casa, o qué estaría esperándonos más allá de las puertas del comedor. Nos quedamos sentadas en la cocina, agradecidas por

las sillas y la sopa de pollo y la luz del sol, sin sentirnos capaces de ir más allá.

—¿Qué harán con el tío Julian? —pregunté.

—Habrá un funeral —contestó Constance con tristeza—. ¿Te acuerdas de los otros funerales?

—Yo estaba en el orfanato.

—A mí me dejaron ir. Me acuerdo. Al tío Julian le harán un funeral e irán los Clarke, y los Carrington, y sin duda la menuda Mrs. Wright. Se mostrarán muy apenados los unos ante los otros. Mirarán alrededor a ver si aparecemos por ahí.

Me los imaginé buscándonos y me

estremecí.

—Lo enterrarán con los demás.

—Me gustaría enterrar algo para el tío Julian —dije.

Constance estaba tranquila, se miraba los dedos, que reposaban inmóviles y esbeltos sobre la mesa.

—El tío Julian se ha ido para siempre, como todos los demás. La mayor parte de nuestra familia ya no está, Merricat; solo quedamos tú y yo.

—Y Jonas.

—Y Jonas. Nos vamos a encerrar aquí con más precauciones que nunca.

—Pero hoy es el día en que Helen Clarke viene a tomar el té.

—No —dijo ella—. Ni una vez más.

Aquí no.

Al permanecer tranquilamente sentadas en la cocina retrasábamos el momento de ver el resto de la casa. Los libros de la biblioteca seguían en la estantería, intactos, y supuse que nadie había querido coger los libros que pertenecían a la biblioteca; al fin y al cabo, destruir lo que era propiedad de la biblioteca estaba multado.

Constance, que siempre estaba bailando, no parecía dispuesta a moverse; estaba sentada a la mesa de la cocina con las manos extendidas ante sí, sin mirar la destrucción circundante, y

casi soñando, como si no creyera en absoluto que esa mañana se había despertado.

—Tenemos que limpiar la casa —le dije inquieta, y ella me dedicó una sonrisa.

Cuando sentí que ya no podía esperar más, dije:

—Voy a mirar. —Me levanté y me dirigí al comedor. Ella me observaba, impertérrita. Cuando abrí la puerta sentí un olor espantoso a mojado y a madera quemada y a destrucción, y en el suelo había cristales de las ventanas y la vajilla de té de plata del aparador estaba tirada y pisoteada, reducida a

formas grotescas e irreconocibles. Las sillas estaban rotas, también; me acordé de que habían llevado las sillas arriba y las habían arrojado contra las ventanas y las paredes. Crucé el comedor y fui hasta el vestíbulo. La puerta de entrada estaba abierta de par en par y los primeros rayos de sol hacían dibujos sobre el suelo, tocando los cristales rotos y las telas desgarradas; al cabo de un momento me di cuenta de que aquellas telas eran las cortinas del salón, de cinco metros, que nuestra madre había mandado hacer. Fuera no había nadie; me quedé junto a la puerta abierta y sobre el césped vi las marcas

de las ruedas de los coches y las huellas de los pies que habían estado bailando, y las mangueras lo habían dejado todo lleno de charcos y barro. El porche estaba sucio, y me acordé de la gran pila de muebles rotos que Harler el comerciante de chatarra había amontonado la noche anterior. Me pregunté si tendría pensado venir hoy con una furgoneta y arramblar con todo lo que pudiera, o si solo había hecho la pila porque le gustaban las grandes pilas de cosas rotas y no podía resistirse a amontonar trastos donde fuera que los encontrara. Me quedé esperando en la puerta para asegurarme de que nadie nos

estaba observando, y luego bajé corriendo los escalones y fui hasta el césped a sacar de su escondite la porcelana de Dresde que no se había roto, entre las raíces de un arbusto; pensé en llevársela a Constance.

Ella seguía sentada tranquilamente a la mesa de la cocina, y cuando le puse delante la porcelana de Dresde se la quedó mirando un momento, la cogió y la estrechó contra su mejilla.

—Todo ha sido culpa mía —dijo—. Sea como sea, todo ha sido culpa mía.

—Te quiero, Constance —le dije.

—Yo también te quiero, Merricat.

—¿Y qué hay de ese pastel para

Jonas y para mí? ¿Rosa y con hojas doradas en los bordes?

Meneó la cabeza, y por un momento pensé que no iba a responderme, pero respiró hondo y se levantó.

—Antes —dijo— voy a limpiar esta cocina.

—¿Y qué vas a hacer con esto? —le pregunté, tocando la porcelana de Dresde con la punta del dedo.

—Ponía en su lugar —dijo, y yo la seguí mientras ella abría la puerta que daba al vestíbulo y lo cruzaba hasta el salón. El vestíbulo estaba menos revuelto que las habitaciones, porque había menos para destrozar, pero los

añicos habían llegado desde la cocina y caminábamos sobre cucharas y platos que habían lanzado hasta allí. Me quedé impresionada al entrar en el salón y ver el retrato de nuestra madre mirándonos hacia abajo con elegancia mientras su salón estaba devastado a su alrededor. Los blancos adornos de pastel de boda estaban negros de humo y hollín y nunca más volverían a estar limpios; era muy desagradable ver el salón, incluso más que la cocina o el comedor, porque siempre lo habíamos mantenido muy ordenado, y nuestra madre adoraba esa habitación. Me pregunté quién de ellos habría tirado al suelo el arpa de

Constance y recordé que la había oído gemir mientras caía. Las sillas tenían el brocado rasgado y sucio, y la marca de los pies húmedos que las habían coceado y que también habían pisoteado el sofá. También aquí las ventanas estaban rotas, y con las cortinas descolgadas se nos podía ver perfectamente desde el exterior.

—Creo que los postigos se pueden cerrar —dije, mientras Constance titubeaba en la puerta, reticente a entrar en la sala. Yo salí al porche por la ventana rota, pensando que nadie había recorrido ese camino antes, y resultó que pude soltar los postigos con

facilidad. Los postigos eran tan altos como las ventanas; la idea original era que un hombre cerrase los postigos subiéndose a una escalera al acabar el verano, cuando la familia se mudara a la casa de la ciudad, pero habían pasado tantos años cerrados que los clavos estaban oxidados y solo tuve que sacudir los pesados postigos para que se soltaran. Los cerré y los sujeté con el pasador de abajo, el único al que llegaba; había dos pasadores más sobre mi cabeza; quizá podía salir una noche con la escalera, pero de momento había que conformarse con el pasador de abajo. Después de cerrar los postigos de

las dos ventanas del salón fui hasta el porche y entré, como debe ser, por la puerta principal y me dirigí al salón, donde Constance, ahora que el sol se había escondido, estaba en la penumbra. Se acercó a la repisa de la chimenea y dejó la porcelana de Dresde en su lugar, debajo del retrato de nuestra madre, y entonces, durante un instante, la gran estancia sombría recobró la forma que había tenido en otro tiempo y que luego se desvaneció para siempre.

Teníamos que caminar con cuidado porque había objetos rotos en el suelo. La caja fuerte de nuestro padre estaba junto a la puerta del salón, yo me reí e

incluso Constance sonrió, porque no habían podido abrirla, ni tampoco llevársela.

—Qué locura —dijo Constance, y tocó la caja fuerte con la punta del dedo.

A nuestra madre le gustaba que la gente admirara su salón pero ahora nadie podría acercarse a las ventanas y mirar dentro, y nadie volvería a verlo jamás. Constance y yo cerramos la puerta del salón para siempre. Ella se quedó esperando en la entrada mientras yo salía otra vez al porche y cerraba los postigos de las grandes ventanas del comedor, luego entré, cerramos y pusimos el candado para resguardarnos.

El vestíbulo estaba oscuro, solo entraban dos finos rayos de sol a través de dos paneles de cristal a cada lado de la puerta; podíamos mirar hacia fuera a través del cristal, pero nadie podía vernos, ni siquiera acercándose mucho, porque el vestíbulo estaba a oscuras. Las escaleras estaban negras y conducían a la oscuridad o a habitaciones quemadas desde las que se veían minúsculas manchas de cielo.

Hasta ahora, el tejado siempre nos había protegido del cielo, pero no me pareció que allá arriba hubiera nada ante lo que fuéramos vulnerables, y mi mente se refugió pensando en criaturas

aladas silenciosas que salían de entre los árboles para observarnos desde las vigas rotas y calcinadas. Me planteé hacer una barricada en las escaleras poniendo algo, una silla rota, por ejemplo. En mitad de las escaleras había un colchón, empapado y sucio; desde allí habían combatido el fuego con las mangueras. Me quedé al pie de las escaleras, mirando hacia arriba, preguntándome adónde había ido a parar nuestra casa, las paredes y los suelos y las camas y las cajas llenas de cosas del desván; el reloj de nuestro padre se había perdido entre las llamas, y también los objetos de tocador de Carey

de nuestra madre. Sentí un soplo de aire en la mejilla; procedía del cielo que podía ver, pero olía a humo y ruina. Nuestra casa era un castillo con torreones, abierto al cielo.

—Volvamos a la cocina —dijo Constance—. No soporto más estar aquí fuera.

Como dos niñas que recogen caracolas, o dos ancianas que buscan peniques entre hojas secas, arrastrábamos los pies entre los destrozos del suelo de la cocina, para encontrar alguna cosa que todavía estuviera entera y pudiera

usarse. Después de haber recorrido la cocina a lo largo y a lo ancho y en diagonal, hicimos una pequeña pila de cosas sobre la mesa, con lo suficiente para nosotras dos. Había dos tazas con asa, y varias sin, y media docena de platos, y tres cuencos. Habíamos podido rescatar todas las latas de comida intactas, y los tarros de especias volvieron directamente a su estantería. Encontramos la mayor parte de la cubertería de plata y la enderezamos todo lo que pudimos y la guardamos en los cajones correspondientes. Todas las mujeres de los Blackwood habían traído a casa su propia cubertería y su loza y su

ropa de cama, así que siempre habíamos tenido docenas de cucharones de sopa y bandejas de pasteles; el mejor servicio de nuestra madre estaba guardado en una caja dentro del aparador del comedor, pero lo encontraron y lo desperdigaron por el suelo.

Una de las tazas que quedó entera era verde por fuera y amarillo pálido por dentro, y Constance dijo que podía quedármela.

—Creo que nunca vi a nadie usándola —dijo—. Supongo que la trajo alguna abuela o alguna tía abuela como parte del ajuar. En su día tenía un plato a juego. —La taza que Constance escogió

para ella era blanca con flores naranjas, y quedaba uno de los platos—. Me acuerdo de cuando usábamos esos platos —comentó—. Era la vajilla de diario cuando yo era pequeña. La vajilla que usábamos para las ocasiones especiales era blanca, con los bordes dorados. Luego nuestra madre compró una vajilla mejor y la blanca y dorada pasó a usarse cada día y estos platos floreados acabaron en la estantería de la despensa junto con las piezas de loza medio rotas. En los últimos años siempre he usado la vajilla de diario de nuestra madre, excepto cuando Helen Clarke venía a tomar el té. Con estas tazas con asas —

dijo—, estaremos como señoras.

Después de recoger todo lo que podíamos utilizar, Constance, con una pesada escoba, barrió los escombros hacia el comedor.

—Así no tendremos que verlo todo el rato —dijo. Barrió el vestíbulo para que pudiéramos ir desde la cocina hasta la puerta sin pasar por el comedor, y luego cerramos todas las puertas del comedor y no las volvimos a abrir nunca más. Pensé en la porcelana de Dresde, pequeña y audaz, bajo el retrato de nuestra madre en el salón a oscuras, y pensé que nunca más volveríamos a sacarle el polvo. Antes de que

Constance barrierá los trapos rasgados que en su día habían sido las cortinas del salón, le pedí que me cortara un trozo del cordón que las había corrido y descorrido, y ella me dio un pedazo con una borla dorada en el borde; me pregunté si era el objeto adecuado para enterrar por el tío Julian.

Cuando acabamos, y después de que Constance fregara el suelo de la cocina, nuestra casa estaba limpia y parecía nueva; desde la puerta de la entrada hasta la cocina todo estaba despejado y bien barrido. Habían desaparecido tantas cosas de la cocina que tenía un aspecto vacío, pero Constance colocó

nuestras tazas y platos y cuencos en una estantería, y encontró un cazo para darle leche a Jonas, y nos sentimos seguras. La puerta de entrada estaba cerrada, la puerta de la cocina estaba cerrada con el pestillo, y mientras estábamos sentadas a la mesa de la cocina bebiendo leche en las dos tazas y Jonas de su cazo comenzaron a llamar a la puerta. Constance corrió al sótano, y yo me detuve a la distancia necesaria para comprobar que estuviera puesto el pestillo de la puerta de la cocina, y luego la seguí. Nos sentamos en las escaleras del sótano a oscuras, y escuchamos. Muy lejos, en la puerta de

entrada, seguían llamando, y una voz preguntaba:

—¿Constance? ¿Mary Katherine?

—Es Helen Clarke —susurró

Constance.

—¿Crees que ha venido a tomar el té?

—No. Nunca más.

Como era de esperar, Helen Clarke se puso a dar vueltas a la casa mientras nos llamaba. Cuando llamó a la puerta de la cocina, aguantamos la respiración, sin movernos, porque la parte superior de la puerta de la cocina era de cristal y sabíamos que podía ver dentro, pero en las escaleras del sótano estábamos a

salvo y ella no tenía modo de abrir la puerta.

—¿Constance? ¿Mary Katherine? ¿Estáis ahí? —Giró el pomo como quien se dispone a abrir una puerta cogiéndola desprevenida y a deslizarse dentro antes de que el cerrojo lo detenga—. Jim —dijo—, sé que están aquí. Tienen algo en el fuego. Abrid la puerta —exigió, alzando el tono de voz—. Constance, ven y habla conmigo. Quiero verte. Jim —repitió—, están ahí dentro y pueden oírme, estoy segura.

—Seguro que te oyen —respondió Jim Clarke—. Se te oye hasta en el pueblo.

—Pero estoy convencida de que malinterpretaron a la gente que estuvo aquí anoche; estoy convencida de que Constance está ofendida, pero yo tengo que decirles que nadie tenía intención de hacerles daño. Constance, escúchame, por favor. Queremos que vengáis a nuestra casa hasta que decidamos qué hacer. No hay ningún problema, de verdad; está todo olvidado.

—¿Crees que es capaz de derribar la casa? —le susurré a Constance, y Constance negó con la cabeza sin decir nada.

—Jim, ¿tú podrías echar abajo la puerta?

—Por supuesto que no. Déjalas, Helen, ya saldrán cuando estén preparadas.

—Pero Constance se toma estas cosas muy en serio. Estoy segura de que ahora mismo está asustada.

—Déjalas.

—Pero no podemos dejarlas, es lo peor que podría pasarles. Quiero que salgan de aquí y que vengan a casa conmigo, donde pueda cuidarlas.

—No parece que ellas tengan ganas de ir —dijo Jim.

—¿Constance? ¿Constance? Sé que estás ahí; ven y abre la puerta.

Yo estaba pensando que debíamos

poner una tela o un trozo de cartón en el cristal de la puerta de la cocina; sencillamente con eso evitaríamos tener a Helen Clarke fisgoneando todo el tiempo si había alguna olla al fuego. Podíamos juntar las cortinas de la cocina con alfileres, y quizá así podríamos quedarnos tranquilamente sentadas a la mesa cuando Helen Clarke viniera a aporrear la puerta y no tendríamos que escondernos en las escaleras del sótano.

—Vámonos —dijo Jim Clarke—. No van a responderte.

—Pero yo quiero que vengan a casa conmigo.

—Hemos hecho lo que hemos podido. Ya volveremos otro día, cuando tengan más ganas de vernos.

—¿Constance? Constance, por favor, contéstame.

Constance suspiró, y repiqueteó con los dedos sobre la barandilla de la escalera, casi sin hacer ruido.

—A ver si se da prisa —me dijo al oído—, se me va a pasar la sopa.

Helen Clarke seguía gritando mientras daba la vuelta a la casa para ir al coche —«¿Constance? ¿Constance?»—, como si estuviéramos en algún lugar del bosque, o fuésemos a abalanzarnos sobre ella desde detrás de

un arbusto. Cuando oímos que el coche ya estaba lejos, subimos del sótano, Constance apagó el fuego de la sopa y yo crucé el vestíbulo para ir hasta la puerta de entrada y asegurarme de que se habían ido y la puerta estaba bien cerrada. Vi que el coche desaparecía por la carretera y tuve la sensación de que todavía podía oír a Helen Clarke gritando: «¿Constance? ¿Constance?».

—No cabe duda de que quería su té —le dije a Constance cuando regresé a la cocina.

—Solo tenemos dos tazas con asa —comentó Constance—. Nunca más volverá a tomar el té en esta casa.

—Está bien que el tío Julian ya no esté, porque si no alguno de nosotros tendría que usar una taza rota. ¿Vas a limpiar la habitación del tío Julian?

—Merricat —Constance se volvió desde los fogones y me miró—. ¿Qué vamos a hacer?

—Hemos limpiado la casa. Tenemos comida. Nos hemos escondido de Helen Clarke. ¿Qué vamos a hacer?

—¿Dónde vamos a dormir? ¿Cómo vamos a saber qué hora es? ¿Qué ropa nos pondremos?

—¿Para qué necesitamos saber qué hora es?

—La comida no durará para

siempre, ni siquiera las conservas.

—Podemos dormir en mi escondite junto al arroyo.

—No. Eso está bien para esconderse, pero necesitamos una cama de verdad.

—He visto un colchón en las escaleras. El de mi antigua cama, me parece. Podemos bajarlo, lavarlo y secarlo al sol. Tiene un borde quemado.

—Muy bien —dijo Constance. Fuimos juntas hasta las escaleras y cogimos el colchón con torpeza; estaba asquerosamente sucio y mojado. Entre las dos lo arrastramos por el vestíbulo, junto con algunos trozos de madera y

cristal que lo acompañaban, y cruzamos el suelo limpio de la cocina de Constance. Antes de abrir la puerta miré hacia fuera con atención, e incluso una vez con la puerta abierta me adelanté para echar un vistazo en todas direcciones, pero no había peligro. Llevamos el colchón hasta el césped, y lo dejamos al sol, cerca del banco de mármol de nuestra madre.

—El tío Julian solía sentarse justo aquí —dije yo.

—Hoy hace muy buen día, un día ideal para que el tío Julian se hubiese sentado al sol.

—Espero que no pasara frío al

morir. Quizá se acordó del sol por un momento.

—Yo tenía su chal, espero que no lo extrañara. Merricat, voy a plantar algo aquí, donde se sentaba.

—Yo enterraré algo por él. ¿Qué plantarás?

—Una flor. —Constance se inclinó y tocó la hierba con delicadeza—. Alguna flor amarilla.

—Va a quedar divertido, justo en medio del césped.

—Nosotras sabremos por qué está ahí, y nadie más lo verá.

—Y yo enterraré algo amarillo, para que el tío Julian no pase frío.

—Pero primero, mi holgazana Merricat, vas a ir a buscar un cubo de agua y vas a fregar el colchón hasta que quede limpio. Y yo voy a limpiar de nuevo el suelo de la cocina.

Íbamos a ser muy felices, pensé. Había que hacer muchas cosas y construir una rutina completamente nueva, pero yo estaba segura de que íbamos a ser muy felices. Constance estaba pálida, y seguía triste por lo que le habían hecho a su cocina, pero había limpiado todas las estanterías y la mesa una y otra vez y las ventanas y el suelo. Los platos se mantenían valientemente en la estantería, y entre las latas y las

cajas de comida sin romper que había rescatado teníamos una buena reserva en la despensa.

—Podría enseñarle a Jonas a cazar conejos para hacer un guiso —comenté; Constance se rio y Jonas se volvió hacia ella con indiferencia.

—Este gato está tan acostumbrado a vivir entre nata, pastelillos de ron y huevos con mantequilla que dudo que sea capaz de cazar un saltamontes —replicó.

—No creo que me gustara un guiso de saltamontes.

—En cualquier caso, ahora voy a hacer un pastel de cebolla.

Mientras Constance fregaba la cocina encontré un cartón muy grueso que corté con cuidado en varios trozos para tapar el cristal de la puerta de la cocina. El martillo y los clavos estaban en el cobertizo, donde los había dejado Charles Blackwood después de intentar arreglar el escalón roto, y coloqué los cartones en la puerta de la cocina hasta que el cristal quedó completamente tapado para que nadie pudiera ver dentro. También clavé cartones en las otras dos ventanas de la cocina; la cocina quedó a oscuras, pero ahora era un lugar seguro.

—Habría sido mejor dejar que las

ventanas de la cocina se ensuciaran —le dije a Constance, y ella respondió indignada:

—Nunca viviría en una casa con las ventanas sucias.

Cuando acabamos, la cocina estaba muy limpia pero no relucía porque había muy poca luz, y yo me di cuenta de que Constance no estaba satisfecha. A ella le encantaba la luz del sol y la claridad y cocinar en una cocina deliciosamente iluminada.

—Podemos dejar la puerta abierta —propuse— si vigilamos todo el rato. Si algún coche aparca delante de la puerta, lo oiremos. Cuando tenga tiempo

—añadí— pensaré en alguna manera de levantar barricadas a ambos lados de la casa para que nadie pueda llegar hasta la parte de atrás.

—Estoy segura de que Helen Clarke lo volverá a intentar.

—De cualquier modo, ahora no puede ver dentro.

La tarde se estaba apagando; incluso con la puerta abierta solo entraba un pequeño rayo, y Jonas se fue con Constance a los fogones, a pedir su sopa. En la cocina se estaba caliente y cómodo y era acogedora y estaba limpia. Estaría bien tener una chimenea aquí, pensé, podríamos sentarnos junto

al fuego; y luego pensé, no, ya habíamos tenido bastante fuego.

—Voy a ir a asegurarme de que la puerta de entrada está cerrada —dije.

La puerta de entrada estaba cerrada y no había nadie fuera. Cuando volví a la cocina Constance anunció:

—Mañana limpiaré la habitación del tío Julian. Tenemos que mantener en orden lo poco que queda de la casa.

—¿Tú dormirás allí? ¿En la cama del tío Julian?

—No, Merricat. Quiero que tú duermas allí. Es la única cama que tenemos.

—Yo no tengo permiso para entrar

en la habitación del tío Julian.

Se quedó un instante en silencio mirándome con curiosidad, y luego me preguntó:

—¿Aunque el tío Julian ya no esté entre nosotros, Merricat?

—Además, yo he encontrado el colchón, y lo he limpiado, y era el de mi cama. Quiero ponerlo en el suelo, en mi rincón.

—Tontuela. No importa, creo que esta noche las dos dormiremos en el suelo. El colchón no estará seco hasta mañana, y las sábanas del tío Julian no están limpias.

—Puedo traer ramas de mi

escondite, y hojas.

—¿Al suelo reluciente de mi cocina?

—Cogeré la manta, eso sí, y el chal del tío Julian.

—¿Vas a salir? ¿Ahora? ¿Vas a hacer todo ese camino?

—Fuera no hay nadie —dije—. Está casi oscuro, es muy seguro. Si viene alguien, cierra la puerta con el pestillo; si veo que la puerta está cerrada esperaré junto al arroyo hasta que pueda volver sin ningún peligro. Y me llevaré a Jonas para que me proteja.

Corrí hasta el arroyo, pero Jonas fue más rápido, y ya estaba esperándome cuando llegué a mi escondite. Correr

estaba bien, y estaba bien regresar a nuestra casa y ver la puerta abierta de la cocina y la cálida luz dentro. Cuando estuvimos dentro, cerré la puerta con el pestillo; ahora sí estábamos preparadas para pasar la noche.

—Hay una cena rica —dijo Constance, cariñosa y feliz de cocinar—. Ven, siéntate, Merricat. —Con la puerta cerrada, tuvo que encender la luz; se veía que había puesto la mesa con esmero—. Mañana intentaré pulir la cubertería de plata —continuó—, y tenemos que entrar las cosas del jardín.

—Las lechugas están llenas de cenizas.

—Mañana, también —respondió Constance, que miraba los cuadrados negros que cubrían las ventanas—. Voy a intentar inventarme unas cortinas para tapar tus cartones.

—Mañana levantaré barricadas a ambos lados de la casa. Mañana Jonas nos cazaré un conejo. Mañana averiguaré para ti qué hora es.

Lejos, en la puerta de la casa, aparcó un coche, y nosotras nos quedamos en silencio, mirándonos; ahora, pensé, ahora veremos si estamos a salvo, y me levanté y me aseguré de que estuviera corrido el pestillo de la puerta de la cocina; yo no podía ver a

través del cartón y estaba convencida de que ellos no podían ver dentro. Comenzaron llamando a la puerta de entrada, pero no hubo tiempo para comprobar que la puerta estuviera cerrada. Solo llamaron un momento, como si estuvieran seguros de que no íbamos a aparecer por allí, y luego los oímos tropezando en la oscuridad mientras intentaban encontrar la manera de llegar a la parte trasera de la casa por un lado. Oí la voz de Jim Clarke, y otra voz que reconocí como la del doctor Levy.

—No se ve nada —dijo Jim Clarke—. Está negro como el pecado.

—Se ve un resquicio de luz en una de las ventanas.

En cuál, me pregunté; ¿qué ventana dejaba pasar luz?

—Están ahí dentro, muy bien —dijo Jim Clarke—. No podían estar en ningún otro lugar.

—Solo quiero saber si están heridas o enfermas; no me gustaría pensar que están ahí encerradas cuando necesitan ayuda.

—Se supone que yo me las tengo que llevar a casa conmigo —comentó Jim Clarke.

Fueron hasta la puerta trasera; sus voces estaban justo fuera, y Constance

me tendió la mano sobre la mesa; si en algún momento nos daba la impresión de que nos veían, podíamos bajar corriendo al sótano.

—Este maldito lugar está todo entablado —dijo Jim Clarke, y yo pensé, bien, oh, eso está bien. Había olvidado que en el cobertizo debía de haber tablas de verdad; no se me había ocurrido y el cartón era demasiado frágil.

—¿Miss Blackwood? —gritó el doctor, y uno de ellos llamó a la puerta —. ¿Miss Blackwood? Soy el doctor Levy.

—Y Jim Clarke. El marido de

Helen. Helen está preocupada por vosotras.

—¿Estáis heridas? ¿Enfermas?
¿Necesitáis ayuda?

—Helen quiere que vengáis a casa; os está esperando.

—Escuchad —dijo el doctor, y me imaginé su cara muy pegada al cristal, casi tocándolo. Habló con voz muy amigable y tranquila—. Escuchad, nadie os va a hacer daño. Somos vuestros amigos. Hemos venido hasta aquí para ayudaros y asegurarnos de que estáis bien y no queremos molestaros. De hecho, os prometemos que no os molestaremos en absoluto, nunca más, si

nos decís una sola vez que estáis sanas y salvas. Basta una palabra.

—No podéis dejar que la gente vaya por ahí preocupándose continuamente por vosotras —intervino Jim Clarke.

—Basta una palabra —repitió el doctor—. Lo único que tenéis que hacer es decir que estáis bien.

Esperaron. Podía sentir como aplastaban sus caras contra el cristal, intentando ver dentro. Constance me miró desde el otro lado de la mesa y me sonrió un poco, y yo le devolví la sonrisa; nuestras medidas de protección eran buenas y no podían vernos.

—Escuchad —insistió el doctor, y

alzó un poco la voz—, escuchad. El funeral de Julian es mañana. Hemos pensado que querríais saberlo.

—Ya hay muchas flores —dijo Jim Clarke—. Os pondríais muy contentas si vierais todas esas flores. Nosotros hemos enviado flores, y los Wright, y los Carrington. Creo que cambiaríais de opinión sobre vuestros amigos si vierais las flores que le hemos mandado a Julian.

Me pregunté por qué íbamos a cambiar de opinión por el hecho de saber quién le había enviado flores al tío Julian. En cualquier caso, un tío Julian enterrado entre flores, invadido

por las flores, no se parecería a nuestro tío Julian. Quizá los montones de flores abrigarían al tío Julian muerto; intenté pensar en el tío Julian muerto y solo pude recordarlo durmiendo. Pensé en los Clarke y en los Carrington y en los Wright arrojando pilas de flores sobre el pobre tío Julian, indefensamente muerto.

—No vais a ganar nada alejándoos de vuestros amigos, lo sabéis. Helen me ha dicho que os diga...

—Escuchad —noté que empujaban la puerta—. Nadie os va a molestar. Solo decidnos una cosa: ¿estáis bien?

—Sabéis que no vamos a seguir viniendo. Incluso los amigos tienen un

límite.

Jonas bostezó. Constance se volvió hacia la mesa en silencio, despacio y con cuidado, y cogió una galleta de mantequilla y le dio un mordisco pequeño y silencioso. A mí me entraron ganas de reír, y me tapé la boca con las manos; era divertido ver a Constance comiendo una galleta en silencio, como una muñeca que simula comer.

—Maldita sea —exclamó Jim Clarke. Llamó a la puerta—. Maldita sea —repitió.

—Por última vez —dijo el doctor—, sabemos que estáis allí; por última vez, podéis...

—Vámonos —dijo Jim Clarke—.

No vale la pena seguir gritando.

—Escuchad —continuó el doctor, y me dio la impresión de que tenía la boca pegada a la puerta—, uno de estos días necesitaréis ayuda. Os pondréis enfermas u os haréis daño. Necesitaréis ayuda. Entonces os faltará tiempo para...

—Déjelas —lo interrumpió Jim Clarke—. Vámonos.

Oí sus pasos recorriendo uno de los lados de la casa y me pregunté si no nos estarían tendiendo una trampa, simulando alejarse para regresar en silencio y quedarse esperando fuera sin

hacer ruido. Pensé en Constance comiéndose una galleta en silencio y en Jim Clarke escuchando fuera en silencio y un pequeño escalofrío me recorrió la espalda; quizá nunca más volvería a haber ruido en el mundo. Entonces el coche se puso en marcha delante de la puerta de la casa y lo oímos alejarse y Constance dejó el tenedor sobre el plato dando un pequeño golpe y yo volví a respirar y dije:

—¿Dónde crees que tienen al tío Julian?

—En el mismo lugar —dijo Constance con aire ausente—, en la ciudad. Merricat —dijo, levantando la

vista de pronto.

—¿Sí, Constance?

—Quiero pedirte disculpas. Anoche fui cruel.

Yo me mostré tranquila y distante, la miraba mientras rememoraba.

—Fui muy cruel —repitió—. Nunca debería haberte recordado su muerte.

—Pues no lo hagas ahora. —No podía mover la mano para alcanzar la suya y estrechársela.

—Fui yo la que quiso que olvidaras. Fui yo la que nunca quiso hablar de ello, nunca, y siento mucho haberlo hecho.

—Lo puse en el azúcar.

—Ya lo sé. También lo sabía

entonces.

—Tú nunca te ponías azúcar.

—No.

—Por eso lo puse en el azúcar.

Constance suspiró.

—Merricat —dijo—, nunca más volveremos a hablar de ello. Nunca.

Yo me estremecí, pero ella me sonrió con dulzura, todo iba bien.

—Te quiero, Constance —dije.

—Yo también te quiero, Merricat.

Jonas estaba estirado en el suelo y dormía y pensé que no tenía que ser tan difícil. Era una pena que Constance no

tuviera más hojas y musgo blando debajo de la manta pero no podíamos ensuciar la cocina otra vez. Yo puse mi manta en el rincón, cerca de mi taburete, porque era el lugar que conocía mejor, y Jonas se subió encima y se sentó, mirándome desde arriba. Constance se tumbó cerca del horno; estaba oscuro, pero la palidez de su rostro podía verse en toda la cocina.

—¿Estás cómoda? —le pregunté, y ella se rio.

—He pasado mucho tiempo en esta cocina —contestó—, pero nunca me había tendido en el suelo. Lo he cuidado tanto que ahora no puede sino darme la

bienvenida, me parece.

—Mañana recogeremos las
lechugas.

10

Poco a poco la rutina de nuestros días se fue definiendo y se transformó en una vida feliz. Cuando me despertaba lo primero que hacía era bajar al vestíbulo para asegurarme de que la puerta de la entrada estuviera cerrada. Por la mañana temprano estábamos más activas porque no había nadie en los alrededores. No nos habíamos dado cuenta de que, con las puertas abiertas y el camino expuesto a uso público, vendrían los niños; una

mañana yo estaba junto a la puerta principal, mirando hacia fuera por el estrecho panel de cristal, y vi a los niños jugando en el césped delante de nuestra casa. Quizá sus padres los habían mandado a explorar el camino para asegurarse de que fuera transitable, o quizá los niños sean incapaces de resistirse a jugar en cualquier lugar; parecían un poco incómodos jugando frente a nuestra casa, y moderaban el tono de la voz. Pensé que a lo mejor solo simulaban estar jugando, porque eran niños y se suponía que debían jugar, pero que en realidad los habían enviado, levemente disfrazados de

niños, para que nos vigilaran. No eran muy convincentes, decidí mientras los observaba; sus movimientos no tenían gracia, y no miraron ni una vez, que yo me diera cuenta, a nuestra casa. Me preguntaba cuánto tardarían en trepar al porche y aplastar sus caras pequeñas contra los postigos, intentando ver a través de las grietas. Constance se acercó hasta situarse detrás de mí y miró por encima de mi hombro.

—Son los hijos de los forasteros —le expliqué—. No tienen cara.

—Tienen ojos.

—Piensa que son pájaros. No pueden vernos. Todavía no lo saben, no

quieren creérselo, pero no nos verán nunca más.

—Supongo que, si han venido una vez, volverán.

—Vendrán muchos forasteros, pero no podrán ver dentro. Y ahora, ¿me servirías el desayuno, por favor?

Por la mañana la cocina estaba oscura hasta que yo quitaba el pestillo de la puerta y la abría para que entrara la luz del sol. Entonces Jonas iba a sentarse al escalón y se lamía y Constance cantaba mientras nos preparaba el desayuno. Después de desayunar me sentaba en el escalón junto a Jonas y Constance recogía la cocina.

Poner barricadas en los laterales de la casa resultó más sencillo de lo que esperaba; lo hice en una noche mientras Constance me sujetaba la linterna. A cierta altura de la casa, los árboles y los arbustos crecían muy cerca de los muros, resguardando la parte trasera de la casa y haciendo más estrecho el sendero, el único camino que la rodeaba. Llevé uno a uno los trastos de la pila que Mr. Harler había amontonado en el porche y coloqué los tablones rotos y los muebles en la parte más estrecha. En realidad eso no le impediría el paso a nadie, claro; los niños podían escalarla fácilmente, pero

si alguien intentaba pasar, con el ruido de los tablones rotos cayéndose nos daría tiempo a cerrar con pestillo la puerta de la cocina. Había encontrado algunos tablones junto a la caja de herramientas y los había clavado de cualquier manera encima del cristal de la puerta de la cocina, pero no quería ponerlos a cada lado de la casa a modo de barricada, a la vista de todo el mundo, porque se darían cuenta de mi torpeza. Quizá, me dije, debería ponerme manos a la obra con el escalón roto.

—¿Y ahora de qué te ríes? —me preguntó Constance.

—Estoy pensando que estamos en la Luna, aunque no es exactamente como me imaginaba que sería.

—Es un lugar feliz, de todos modos.
—Constance llevó el desayuno a la mesa: huevos revueltos, galletas y mermelada de moras que había hecho algún verano resplandeciente anterior—. Deberíamos recoger toda la verdura que podamos —dijo—. No me gusta pensar que el huerto está esperando a que vayamos a buscar lo que da. Me sentiría mucho más tranquila si pudiéramos guardar en casa cuanta más comida mejor.

—Iré en mi caballo alado y te traeré

canela y tomillo, esmeraldas y clavo, una tela dorada y coles.

—Y un ruibarbo.

Cuando íbamos al huerto dejábamos abierta la puerta de la cocina, porque en caso de que alguien se acercara a mis barricadas podíamos salir corriendo hacia la casa. Yo iba con el cesto, y traíamos lechugas, todavía grises de ceniza, rábanos, tomates, pepinos y, más tarde, bayas y melones. Antes solía comer frutas y hortalizas todavía húmedas por la tierra y el aire, pero ahora no me gustaba comer nada que todavía estuviera sucio de las cenizas de nuestra casa quemada. El viento se había

llevado casi todo el polvo y el hollín, y el aire en el jardín era fresco y limpio, pero el humo había impregnado la tierra y pensé que se quedaría allí para siempre.

En cuanto nos hubimos instalado, Constance abrió la habitación del tío Julian y la limpió. Quitó las sábanas de la cama y las mantas, y las lavó en el fregadero de la cocina y las colgó fuera para que se secaran al sol.

—¿Qué vas a hacer con los papeles del tío Julian? —le pregunté, y ella apoyó las manos sobre el borde del fregadero, dudando.

—Supongo que los guardaré en la

caja —dijo finalmente—. Supongo que guardaré la caja en el sótano.

—¿Los conservarás?

—Los conservaré. A él le gustaba pensar que sus papeles serían tratados con respeto. Y yo no quisiera que el tío Julian sospechara que no hemos conservado sus papeles.

—Es mejor que vaya a comprobar si la puerta está cerrada.

A menudo había niños en el césped, jugaban a su aire y no miraban a la casa, corrían con torpeza y se pegaban entre ellos sin motivo. Siempre que comprobaba que la puerta principal estuviera cerrada miraba si estaban los

niños. Muy a menudo veía a gente usando nuestro sendero para ir de un sitio a otro, dejando sus huellas donde antes solo habían caminado mis pies. Yo pensaba que usaban el camino a disgusto, como si tuvieran que recorrerlo al menos una vez para demostrarse que se podía hacer, pero solo unos pocos, los que odiaban sin disimulo, pasaban por el camino más de una vez.

Estuve toda la tarde soñando mientras Constance limpiaba la habitación del tío Julian; yo estaba sentada en el alféizar contemplando el jardín silencioso y seguro, y Jonas

dormía a mi lado.

—Mira, Merricat —exclamó Constance, que se acercó a mí con un puñado de prendas—; mira, el tío Julian tenía dos trajes, y un abrigo y un sombrero.

—Hubo un tiempo en que caminaba; nos lo contó él mismo.

—Solo me acuerdo vagamente de que un día, hace muchos años, fue a comprarse un traje, y supongo que se compró uno de estos dos trajes; no son demasiado buenos.

—¿Qué llevaba el último día que pasó con ellos? ¿Qué corbata se puso para esa cena? Seguro que le gustaría

que se recordara.

Constance me miró un momento, sin sonreír.

—No creo que sea ninguno de estos dos; cuando fui a buscarlo al hospital llevaba pijama y una bata.

—Ahora debería llevar uno de estos trajes.

—Lo deben de haber enterrado con un traje viejo de Jim Clarke. — Constance se dirigió al sótano y de repente se detuvo—. ¿Merricat?

—¿Sí, Constance?

—¿Te das cuenta de que la única ropa que hay en casa es la del tío Julian? La mía se ha quemado, la tuya se ha

quemado.

—Y todo lo de los otros que había en el desván.

—Yo solo tengo el vestido rosa que llevo.

Miré hacia abajo.

—Y yo el marrón que llevo.

—Y el tuyo hay que lavarlo y remendarlo; ¿cómo puedes destrozar así la ropa, Merricat?

—Yo me haré un vestido de hojas. Ahora mismo. Haré los botones con bellotas.

—Merricat, no hagas broma. Vamos a tener que ponernos la ropa del tío Julian.

—Yo no tengo permiso para tocar las cosas del tío Julian. Los días fríos de invierno me cubriré con musgo y me pondré un sombrero hecho de plumas.

—Eso puede que esté muy bien en la Luna, señorita. En la Luna, por mí puedes ponerte un traje de pelo como Jonas. Pero aquí en nuestra casa te vas a vestir con una de las camisas viejas del tío Julian, y quizá también con los pantalones.

—Y con el albornoz y el pijama del tío Julian, supongo. No, yo no tengo permiso para tocar las cosas del tío Julian; yo me vestiré con hojas.

—Es que sí tienes permiso. Yo te

digo que tienes permiso.

—No.

Ella suspiró.

—Bueno —dijo—. A mí sí que me verás con su ropa. —Entonces se detuvo, se rio, me miró y se volvió a reír.

—¿Constance? —pregunté.

Dejó la ropa del tío Julian sobre el respaldo de una silla y, aún riéndose, se fue a la despensa y abrió uno de los cajones. Luego volvió y dejó un montón de manteles a mi lado.

—Esto te quedará muy bien, Merricat la elegante. Mira, ¿qué tal este, con el borde de flores amarillas? ¿O

este a cuadros rojos y blancos? El de damasco, me temo, es demasiado rígido, no será cómodo, y además está zurcido.

Yo me levanté y cogí el mantel a cuadros rojos y blancos.

—Le puedes hacer un agujero para la cabeza —dije, estaba contenta.

—No tengo el costurero. Te lo vas a tener que atar alrededor de la cintura con una cuerda o dejarlo suelto como una toga.

—Usaré el de damasco para una capa; ¿quién si no va a ponerse una capa de damasco?

—Oh, Merricat, Merricat. —
Constance soltó los manteles que

sostenía y me abrazó—. ¿Qué le he hecho a mi pequeña Merricat? —dijo—. Sin casa. Sin comida. Y vestida con un mantel. ¿Qué he hecho?

—Constance —dije—. Te quiero, Constance.

—Vestida con un mantel como una muñeca de trapo.

—Constance, seremos muy felices.

—Oh, Merricat —respondió, abrazándome.

—Escúchame, Constance, seremos muy felices.

Me vestí al momento, porque no quería que Constance siguiera pensando. Elegí el mantel a cuadros rojos y

blancos, y después de que Constance le hiciera un agujero para la cabeza, me ató a la cintura el cordón dorado con borla de las cortinas del salón que me había dado y me miré; me quedaba muy bien, pensé. Al principio Constance estaba triste, y al verme se fue aún más triste hacia el fregadero y se puso a restregar furiosamente el vestido marrón, pero a mí me gustaba mi vestido, y danzaba dentro de él, y no tardó mucho en volver a sonreír y luego a reírse de mí.

—Robinson Crusoe vestía pieles de animales —le dije—. No tenía ropas alegres ni un cinturón dorado.

—Debo reconocer que nunca habías

estado tan radiante.

—Ponte tú las pieles del tío Julian; yo prefiero mi mantel.

—Creo que es el que usábamos en verano para desayunar sobre el césped hace muchos años. Los cuadros rojos y blancos eran impensables en el comedor, por supuesto.

—Algunos días seré un desayuno de verano sobre el césped, y otros una cena formal a la luz de las velas, y otros...

—Serás una Merricat muy sucia. Llevas un vestido precioso pero tienes la cara sucia. Lo hemos perdido prácticamente todo, señorita, pero todavía tenemos agua limpia y un peine.

En la habitación del tío Julian tuve la suerte de encontrar algo más: convencí a Constance de que sacara la silla de ruedas hasta el jardín para reforzar la barricada. Se hacía raro ver a Constance empujando la silla vacía, y por un instante intenté imaginarme al tío Julian otra vez, avanzando con las manos sobre el regazo, pero todo lo que quedaba de la presencia del tío Julian era una silla gastada y un pañuelo debajo del cojín. La silla surtiría un gran efecto en mi barricada, escrutando en todo momento a los intrusos con la amenaza sin adornos del difunto tío Julian. Me angustiaba pensar que el tío

Julian acabaría desapareciendo por completo, sus papeles estaban en una caja, su silla en una barricada y su cepillo de dientes tirado por cualquier sitio, y su olor ya ni siquiera se notaba en su habitación; pero cuando la tierra estuvo blanda Constance plantó un rosal amarillo en el lugar donde el tío Julian se colocaba en el césped, y una noche yo bajé hasta el arroyo y sepulté en el río el bolígrafo de oro con sus iniciales para que así el agua pudiera repetir su nombre para siempre. Jonas le tomó gusto a entrar en la habitación del tío Julian, pero yo no entraba.

Helen Clarke apareció ante nuestra puerta en dos ocasiones más, llamando y gritando y rogándonos que respondiéramos, pero nosotras nos quedamos sentadas tranquilamente, y cuando se dio cuenta de que no podía dar la vuelta a la casa por las barricadas, desde la puerta de entrada nos dijo que no regresaría jamás, y así lo hizo. Una tarde, quizá la tarde en que Constance plantó el rosal del tío Julian, llamaron suavemente a la puerta mientras cenábamos.

El golpe era demasiado suave para ser de Helen Clarke, así que abandoné la mesa y me apresuré sigilosa hasta el

vestíbulo para asegurarme de que la puerta de entrada estaba cerrada, y Constance me siguió por curiosidad. Nos apoyamos en la puerta en silencio y escuchamos.

—¿Miss Blackwood? —preguntó alguien desde fuera, en voz baja; y yo me pregunté si sospecharía lo cerca que estábamos de él—. ¿Miss Constance? ¿Miss Mary Katherine?

Fuera no había acabado de oscurecer, pero dentro, donde estábamos nosotras, apenas podíamos vernos la una a la otra, solo dos rostros blancos contra la puerta.

—¿Miss Constance? —repitió—.

Escuchen.

Me pareció que movía la cabeza a un lado y a otro para asegurarse de que no lo vieran.

—Escuchen —dijo—, aquí tengo un pollo. —Llamó a la puerta dando unos golpecitos con los dedos—. Espero que puedan oírme. Aquí tengo un pollo. Lo ha preparado mi esposa, está asado, y también hay galletas y pastel. Espero que puedan oírme.

Vi que los ojos de Constance se llenaban de alegría. La miré y ella me miró.

—Supongo que puede oírme, Miss Blackwood. Yo rompí una de las sillas,

lo siento mucho. —Volvió a dar unos golpecitos en la puerta, con mucha suavidad—. Bueno —dijo—, voy a dejar la cesta en las escaleras. Espero que lo hayan oído. Adiós.

Escuchamos como se alejaban los pasos y, al cabo de un momento, Constance dijo:

—¿Qué hacemos? ¿Abrimos la puerta?

—Luego —respondí yo—. Cuando acabe de oscurecer.

—Me pregunto de qué será el pastel. ¿Crees que será tan bueno como los míos?

Acabamos de cenar y esperamos

hasta estar seguras de que nadie podía vernos al abrir la puerta, fuimos al vestíbulo, yo quité el pestillo y miré fuera. La cesta estaba a los pies de la escalera, cubierta con una servilleta. La entré y cerré la puerta mientras Constance cogía la cesta y la llevaba a la cocina.

—Arándanos —dijo cuando llegué allí—. Parece bueno, también; todavía está caliente.

Sacó el pollo, envuelto en una servilleta, y el paquete de galletas, tocándolo todo con cariño y delicadeza.

—Está caliente —dijo—. Debe de haberlo preparado justo después de

cenar, para que él pudiera traerlo directamente. Me pregunto si habrá preparado dos pasteles, otro para su casa. Lo envolvió todo mientras aún estaba caliente y le dijo que lo trajera. Estas galletas no han salido muy crujientes.

—Dejaré la cesta en el porche, así sabrá que lo hemos encontrado.

—No, no. —Constance me tomó del brazo—. Primero tenemos que lavar las servilletas, ¿qué va a pensar de mí, si no?

A veces nos traían beicon ahumado, o

fruta, o conservas caseras, aunque nunca eran tan buenas como las de Constance. La mayoría de veces traían pollo asado, cada tanto un pastel dulce o salado, muy a menudo galletas y alguna vez ensalada de patata o de repollo. En una ocasión trajeron una olla con estofado de ternera, que Constance reelaboró según su propia receta, y a veces dejaban ollas con alubias en salsa de tomate o macarrones.

—Somos su gran obra de beneficencia —dijo Constance mientras miraba la barra de pan casero que traía yo en ese momento.

Siempre dejaban las cosas en la

escalera principal, siempre en silencio y al atardecer. Nos imaginábamos a los hombres volviendo a casa después del trabajo y a las mujeres con las cestas preparadas; quizá venían cuando ya había oscurecido para que no los reconocieran, como si quisieran esconderse los unos de los otros, como si traernos comida abiertamente fuera algo vergonzoso que no pudiera hacerse en público. Eran varias las mujeres que cocinaban, comentó Constance.

—Esto es de una —me explicó una vez, mientras probaba las alubias— que usa mucho ketchup, demasiado; y la anterior usaba más melaza.

En una o dos ocasiones encontramos una nota en la cesta: «Esto es por los platos» o «Disculpas por las cortinas», o «Siento lo del arpa». Siempre devolvíamos las cestas al lugar donde las encontrábamos, y nunca abríamos la puerta hasta que había oscurecido del todo y estábamos seguras de que no había nadie alrededor. Después, yo siempre comprobaba atentamente que la puerta estuviera cerrada.

Descubrí que ya no tenía permiso para ir al arroyo; el tío Julian estaba allí, y quedaba demasiado alejado de Constance. Nunca llegué más allá del final del bosque, y Constance solo iba

hasta el huerto. Ya no tenía permiso para enterrar nada, ni siquiera tenía permiso para tocar una piedra. Cada día examinaba los cartones de las ventanas de la cocina y cuando encontraba una pequeña grieta clavaba otro cartón. Cada mañana lo primero que hacía era comprobar que la puerta de entrada estuviese cerrada, y cada mañana Constance limpiaba la cocina. Pasábamos bastante tiempo en la puerta principal, sobre todo por la tarde, que era cuando había más gente; nos sentábamos cada uno a un lado de la puerta y mirábamos por los estrechos paneles de cristal que yo había cubierto

casi completamente con cartones; quedaba, una pequeña mirilla para cada una y nadie podía ver dentro. Veíamos jugar a los niños y pasar a la gente, oíamos las voces de todos aquellos forasteros de ojos enormes y pérfidas bocas abiertas. Un día llegó un grupo en bicicleta; dos mujeres, un hombre y dos niños. Aparcaron en el camino y se tumbaron en el césped de la entrada para descansar, mientras tironeaban la hierba y charlaban. Los niños correteaban arriba y abajo por el camino y entre los árboles y los arbustos. Ese día nos enteramos de que las parras habían crecido sobre el tejado quemado de

nuestra casa, porque una de las mujeres miró la casa de reajo y dijo que las parras casi ocultaban las huellas del incendio. Casi nunca se giraban abiertamente para mirar la casa de frente, sino que miraban por el rabillo del ojo o por encima del hombro o por entre los dedos.

—Dicen que era una casa muy bonita —comentó la mujer que estaba sentada en nuestro césped—. Dicen que en otra época era muy conocida en el lugar.

—Ahora parece una tumba —dijo la otra mujer.

—Chsss —susurró la primera, e hizo un gesto hacia la casa—. Dicen —

comentó alzando la voz— que tenían unas escaleras magníficas. Talladas en Italia, dicen.

—No te oyen —dijo la otra mujer, sorprendida—. Y si te oyen, ¿qué más da?

—Chsss.

—Nadie sabe a ciencia cierta si hay alguien dentro o no. La gente del pueblo cuenta historias.

—Chsss. —Tommy llamó a uno de los niños—, no os acerquéis a las escaleras.

—¿Por qué? —preguntó el niño, alejándose.

—Porque allí viven dos señoritas, y

no les gusta.

—¿Por qué? —repitió el niño, deteniéndose a los pies de las escaleras y echando un vistazo hacia atrás a nuestra puerta.

—A las señoritas no les gustan los niños —dijo la otra mujer; ella formaba parte de los malos; le vi la boca de lado y me di cuenta de que era la boca de una serpiente.

—¿Y qué me van a hacer?

—Te van a agarrar y te van a hacer comer caramelos envenenados; dicen que hay docenas de niños malos que se acercaron demasiado a la casa y no se los ha vuelto a ver. Cogen a los niños

pequeños y...

—Chsss. De verdad, Ethel.

—¿Les gustan las niñas? —El otro chico se acercó.

—Odian a los niños y a las niñas. La diferencia es que a las niñas pequeñas se las comen.

—Ethel, basta. Estás asustándolos. No es verdad, bonitos; os está tomando el pelo.

—Nunca salen, solo por la noche —continuó la mujer mala, mirando a los niños diabólicamente—, cuando oscurece salen a cazar niños.

—Sea como sea —dijo de pronto el hombre—, no quiero que los niños se

acerquen a la casa.

Charles Blackwood solo volvió una vez. Vino en coche, con otro hombre, al final de una tarde en que habíamos estado vigilando un buen rato. Todos los forasteros se habían ido, y Constance se había puesto de pie y había dicho: «Es hora de poner las patatas», pero cuando el coche entró en el camino ella se acomodó de nuevo para vigilar. Charles y el otro hombre salieron del coche delante de la casa y se dirigieron directamente al pie de las escaleras, mirando hacia arriba, a pesar de que no

podían vemos dentro. Me acordé de la primera vez que vino Charles, se detuvo frente a la casa y miró hacia arriba del mismo modo, aunque esta vez no conseguiría entrar. Extendí el brazo y toqué el pestillo de la puerta de entrada para asegurarme de que estaba puesto, y desde el otro lado de la entrada Constance se volvió y asintió con la cabeza; también ella sabía que Charles no volvería a entrar nunca más.

—¿Ves? —dijo Charles fuera, al pie de las escaleras—. Aquí está la casa, como te había dicho. Ahora que han crecido las parras no tiene tan mal aspecto como antes. Pero el tejado se

quemó, y por dentro quedó destrozada.

—¿Las señoritas están dentro?

—Seguro. —Charles se rio, y yo recordé su risa y su enorme cara de mirada fija y desde el otro lado de la puerta deseé que se muriera—. Están dentro, seguro —dijo—. Y dentro también hay una gran fortuna.

—¿Cómo lo sabes?

—Tienen tanto dinero que ni siquiera lo han contado. Está enterrado por todas partes, y tienen una caja fuerte llena, y sabe Dios qué más tendrán escondido. Nunca salen, se quedan ahí escondidas con todo ese dinero.

—Oye —dijo el otro hombre—, a ti

te conocen, ¿verdad?

—Claro. Soy su primo. Una vez estuve aquí de visita.

—¿Crees que una de ellas estaría dispuesta a hablar contigo? ¿Qué se podría acercar a la ventana para que le hiciera una foto?

Charles se quedó pensando. Miró la casa, luego al hombre, y siguió pensando.

—Si consigues venderlo, a una revista o a cualquier sitio, ¿la mitad será para mí?

—Claro, prometido.

—Lo intentaré —dijo Charles—. Tú espera detrás del coche, que no te vean.

Si ven a un desconocido no saldrán.

El hombre fue hasta el coche, sacó una cámara y se colocó detrás, donde no podíamos verlo.

—Listo —gritó, y Charles subió las escaleras de la entrada.

—¿Connie? —dijo—. Eh, Connie. Soy Charles, he vuelto.

Yo miré a Constance y pensé que, por primera vez, ella estaba viendo al verdadero Charles.

—¿Connie?

Ahora Constance sabía que Charles era un fantasma y un demonio, un forastero más.

—Olvidemos todo lo que ha pasado

—dijo Charles. Se acercó a la puerta y habló con amabilidad, con un ligero tono suplicante—. Seamos amigos otra vez. —Veía sus pies. Uno de ellos repiqueteaba sobre el suelo de nuestro porche—. No sé qué tenéis contra mí —siguió—, he estado esperando y esperando a que me hicierais saber que podía volver. Si he hecho algo que os haya ofendido, lo lamento mucho.

Deseé que Charles pudiera ver dentro, que nos pudiera ver sentadas en el suelo de la entrada a cada lado de la puerta, escuchándolo y mirándole los pies mientras él hablaba solícitamente a un metro de nuestras cabezas.

—Abrid la puerta —dijo con dulzura—. Connie, ¿no me vas a abrir, a mí, al primo Charles?

Constance miró hacia el lugar donde debía de estar su cara y sonrió ariscamente. Pensé que era la sonrisa que se había estado reservando por si Charles volvía alguna vez.

—Esta mañana he ido a la tumba del viejo Julian —explicó Charles—. He vuelto para visitar la tumba del viejo Julian y para veros una vez más. — Esperó un momento y luego dijo con voz un poco entrecortada—: Le he dejado unas flores, ya sabéis; siempre fue un buen tipo, y siempre fue bueno conmigo.

Entre los pies de Charles vi que el hombre salía de detrás del coche con la cámara.

—Mira —gritó—, estás perdiendo el tiempo. Y yo no tengo todo el día.

—¿Es que no lo entiendes? — Charles se apartó de la puerta, aunque su voz todavía sonaba un poco entrecortada —. Tengo que verla una vez más. Todo esto ha sido culpa mía.

—¿Qué?

—¿Por qué crees que dos jóvenes se iban a encerrar en una casa como esta? Dios sabe —dijo Charles— que yo no quería que las cosas acabaran así.

Pensé que en ese momento

Constance iba a decir algo, o a reírse en voz alta, y me estiré hacia ella y le toqué el brazo para que se quedara en silencio, pero no se volvió hacia mí.

—Si al menos pudiera hablar con ella —continuó Charles—. De todos modos puedes sacar algunas fotografías de la casa, y que salga yo. Tal vez llamando a la puerta; podría aparecer llamando frenéticamente a la puerta.

—Por mí podrías salir tirado en la puerta muriéndote de pena —dijo el hombre. Se fue al coche y guardó la cámara—. Qué pérdida de tiempo.

—Y todo ese dinero, Connie —gritó Charles—. ¿Puedes abrir la puerta, por

el amor de Dios?

—Está claro —dijo el hombre desde el coche—. Qué apostamos a que no vuelves a ver esos dólares de plata nunca más.

—Connie —dijo Charles—, no sabes lo que me estás haciendo; no me merezco que me trates así. Por favor, Connie.

—¿Quieres volver caminando a la ciudad? —preguntó el hombre. Cerró la puerta del coche.

Charles se alejó de la puerta y luego se volvió.

—Está bien, Connie —dijo—. Se acabó. Si dejas que me marche, no me

verás nunca más. Lo digo en serio, Connie.

—Yo me voy —anunció el hombre desde el coche.

—Lo digo en serio, Connie, de verdad. —Charles bajó los escalones mientras seguía hablando por encima del hombro—. Piénsalo bien —dijo—. Me voy. Una palabra tuya podría hacer que me quedara.

Temía que no se fuera a tiempo. Honestamente, no sabía si Constance sería capaz de contenerse hasta que él bajara las escaleras y se metiera en el coche.

—Adiós, Connie —se despidió

desde el pie de las escaleras, y entonces se giró y se alejó despacio hacia el coche. En un momento pareció que se enjugaba las lágrimas o que se sonaba, pero el hombre le dijo: «Date prisa», y Charles miró atrás por última vez, alzó la mano con tristeza y se metió en el coche. Entonces Constance se rio, y por un instante vi que Charles volvía la cabeza dentro del coche, como si nos hubiera oído reír, pero el coche estaba en marcha y descendía por el camino, y nosotras nos abrazamos en la oscuridad del vestíbulo y nos reímos, con las lágrimas resbalando por nuestras mejillas y los ecos de nuestras risas

elevándose por la escalera en ruinas hasta el cielo.

—Soy muy feliz —dijo al fin Constance, entre jadeos—. Soy muy feliz, Merricat.

—Ya te dije que la Luna te gustaría.

Los Carrington detuvieron el coche delante de nuestra casa un domingo después de ir a la iglesia y se quedaron sentados dentro tranquilamente mirando la casa, como si pensarán que saldríamos si había algo que los Carrington pudieran hacer por nosotras. A veces pensaba en el salón y en el

comedor, cerrados para siempre, con los preciosos objetos de nuestra madre rotos por el suelo, y el polvo acumulándose sobre ellos y cubriéndolos con delicadeza; del mismo modo que ahora en la casa teníamos nuevos puntos de referencia, también teníamos un nuevo esquema para nuestros días. Cada día pasábamos por delante de unos restos retorcidos que eran todo cuanto quedaba de nuestra hermosa escalera, pero al final llegamos a intimar tanto con ellos como con las viejas escaleras. Nosotras habíamos puesto los cartones sobre las ventanas de la cocina, y formaban parte de

nuestra casa, y nos gustaban. Éramos muy felices, aunque Constance siempre tenía pánico de que una de las dos tazas se rompiera y una de nosotras tuviera que usar una taza sin asa. Teníamos nuestros rincones preferidos: las sillas de la mesa, y las camas, y el sitio junto a la puerta de entrada. Constance lavaba el mantel rojo y blanco y las camisas del tío Julian con que se vestía ella, y mientras se secaban en el jardín yo llevaba un mantel de borde amarillo, que quedaba muy bien con mi cinturón dorado. Los viejos zapatos marrones de nuestra madre estaban guardados en mi rincón de la cocina, porque los días

calurosos de verano iba descalza como Jonas. A Constance no le gustaba mucho recoger flores, pero en la cocina siempre había un jarrón con rosas o margaritas, aunque por supuesto nunca había cogido una rosa del rosal del tío Julian.

A veces pensaba en mis seis estatuillas azules, pero no tenía permiso para adentrarme en el campo, y pensé que quizá mis seis estatuillas azules se habían quemado para proteger una casa que ya no existía ni guardaba ninguna relación con la casa donde vivíamos ahora y donde éramos muy felices. Mis nuevos amuletos mágicos eran el

candado de la puerta de la entrada principal, y los cartones sobre las ventanas, y las barricadas a los lados de la casa. Al anochecer, a veces veíamos algún movimiento sobre el césped oscuro, y oíamos cuchicheos.

—No; seguro que las señoritas están mirando.

—¿Crees que pueden ver en la oscuridad?

—Dicen que ven todo lo que se mueve.

A veces se oía una carcajada, disipándose en la cálida oscuridad.

—Dentro de poco empezará a ser un aparcamiento para enamorados —dijo

Constance.

—En honor a Charles, claro.

—Lo mínimo que podría haber hecho Charles —dijo Constance, considerándolo seriamente— es pegarse un tiro antes de irse.

Escuchándolos, descubrimos que lo único que los forasteros podían ver desde fuera, si es que miraban, era una gran estructura en ruinas cubierta de parras, que apenas tenía el aspecto de una casa. Entre el pueblo y la carretera del estado, era como un punto en mitad del camino, y nadie nos vio nunca espiando entre las parras.

—No te acerques a las escaleras —

se advertían los niños entre sí—. Si lo haces, las señoritas se te llevarán.

Una vez un muchacho, retado por los demás, se situó al pie de las escaleras, de cara a la casa, y se puso a temblar y estuvo a punto de romper a llorar y salir corriendo, pero entonces gritó con voz temblorosa: «Merricat, dijo Constance, ¿una taza de té, querrás?», y luego salió disparado, y los demás lo siguieron. Esa noche, en la puerta encontramos una cesta con huevos frescos y una nota en la que se leía: «Discúlpennlo, por favor».

—Pobre chico —comentó Constance mientras colocaba los huevos en un bol para llevarlos a la nevera—. En estos

momentos debe de estar escondido debajo de la cama.

—A lo mejor le han dado unos buenos azotes para que aprenda.

—Mañana desayunaremos una tortilla.

—Me pregunto si sería capaz de comerme un niño.

—Yo no sé si sabría cocinarlo —dijo Constance.

—Pobres forasteros —dije—. Tienen tantas cosas que temer.

—Bueno —dijo Constance—, yo tengo miedo de las arañas.

—Jonas y yo no permitiremos que se te acerque ninguna. Oh, Constance —

dije—, somos tan felices.

Posfacio

La brujería de Shirley Jackson:

*Siempre hemos vivido en el
castillo*

*«Nos tragamos el año. Nos comemos la
primavera y el verano y el otoño.
Estamos esperando a que crezca algo
para luego comérmolos».*

Merricat, *Siempre hemos vivido en el castillo*, página 68.

Entre los niños y adolescentes precoces de la literatura americana de mediados del siglo XX —un grupo deslumbrante, que incluye a la masculina Frankie de *Frankie y la boda*, de Carson McCullers (1946); a Scout de *Matar un ruiseñor*, de Harper Lee (1960); a la peligrosa Rhoda Penmark de ocho años de *Simiente perversa*, de William March (1954); al desafecto Holden Caulfield, un poco mayor, de *El guardián entre el centeno*, de J. D. Salinger (1951); o a

Esther Greenwood de *La campana de cristal* (1963), de Sylvia Plath—, ninguno es tan memorable como Merricat, la protagonista de dieciocho años de la obra maestra de la literatura gótica de suspense *Siempre hemos vivido en el castillo*, de Shirley Jackson. Niña salvaje y a la vez adolescente malhumorada, adivina como Casandra, Merricat se dirige al lector como si fuera alguien de confianza:

«Me llamo Mary Katherine Blackwood. Tengo dieciocho años y vivo con mi hermana Constance. A menudo pienso

*que con un poco de suerte
podría haber sido una mujer
lobo, porque mis dedos medio y
anular son igual de largos, pero
he tenido que contentarme con
lo que soy. No me gusta
lavarme, ni los perros, ni el
ruido. Me gusta mi hermana
Constance, y Ricardo
Plantagenet, y la Amanita
phalloides, la oronja mortal. El
resto de mi familia ha muerto».*
(Página 9.)

Merricat habla con una autoridad
que seduce y perturba, aunque nunca la

emplea para justificar sus acciones sino solo para exponerlas. En *Siempre hemos vivido en el castillo*, uno espera encontrar una confesión, o algo parecido —al fin y al cabo, seis años atrás una de las hermanas Blackwood envenenó al resto de la familia—, pero Merricat no tiene nada que confesar, y menos aún de que arrepentirse; *Siempre hemos vivido en el castillo* es una novela con un final feliz inverosímil, mágico. Como lectores, no podemos sino sonreír ante la definición infantil que Merricat da de sí misma, cuando dice «no me gusta lavarme», muchas páginas antes de que entendamos la importancia de la

Amanita phalloides y su deseo de ser una mujer lobo. Ya desde el comienzo, magistralmente orquestado, Shirley Jackson, la siempre comprensiva creadora/colaboradora de Merricat, da a su historia gótica una nota esencial de represión sexual y venganza rapsódica; al mismo tiempo que *Siempre hemos vivido en el castillo* se va desplegando de un modo inevitable y a la vez inesperado, se convierte en un cuento de hadas, situado en Nueva Inglaterra, de lo más malvado, con un «final feliz» que es tan irónico como literal, la consecuencia de la brujería impenitente y un sacrificio terrible: el de los otros.

Al igual que otras jóvenes protagonistas de Shirley Jackson, también hurañas y con una hipersensibilidad enajenada —la Natalie de *Hangsaman* (1951), la Elizabeth de *The Bird's Nest* (1954), la Eleanor de *La maldición de Hill House* (1959)—, Merricat es socialmente torpe, retraída y despectiva en su trato con los demás. Es «especial»: su brujería puede parecer una invención propia, que expresa desesperación y un deseo de detener el tiempo sin ninguna relación con las prácticas satánicas, y menos aún con Satán. (Merricat es una bruja demasiado lista para alinearse con

un supuesto poder superior, especialmente si se trata de un poder masculino). La suya es una voz aguda, divertida, convincente, y también burlona. A lo largo de más de cien páginas Merricat se burla de nosotros por lo que ella sabe y nosotros no; su relato de la trágica historia de la familia Blackwood es fragmentario, y en la intrincada historia previa que aparece como trasfondo hay un eco de *Otra vuelta de tuerca*, de Henry James, esa obra maestra de la narración no fiable en la que somos testigos íntimos de la experiencia voyeurística de transgresión sexual y «*pathos* exquisito» de una

joven ingenuamente reprimida.

Igual que las inocentes y púberas protagonistas de *Frankie y la boda* y *Matar un ruiseñor*, Merricat Blackwood se presenta como el producto típico de pequeño pueblo rural americano; pasa la mayoría de su tiempo al aire libre, con la única compañía de su gato Jonas; deambula por el bosque como un chico, sucia y sin peinar; desconfía de los adultos, y de la autoridad; aunque no ha estudiado, tiene una inteligencia sagaz, y es muy leída. A veces Merricat se comporta como si fuera un poco retrasada, pero es pura apariencia; en realidad, sus

observaciones son afinadas, y está muy alerta ante cualquier amenaza a su bienestar. (Como cualquier persona herida, lo que más teme Merricat son los cambios en los rituales inalterables de su casa). Misteriosa amalgama de infantilismo y traición, Merricat solo puede ser «domesticada» por una persona, su hermana mayor Constance.

«—Ponte las botas si vas a salir a pasear —me dijo Constance.

[...]

—Te quiero, Constance —dije.

—*Yo también te quiero, tontuela, Merricat*». (Página 77).

Sus observaciones, cuando está sola y al aire libre, son de un lirismo encantador:

«Fuera la luz del día era cambiante, y Jonas bailaba entre las sombras mientras me seguía. [...] Caminábamos por el campo abierto, que ese día parecía un océano, aunque yo nunca había visto el océano; la hierba se agitaba con la brisa y

las nubes oscuras iban y venían y los árboles se mecían a lo lejos. [...] Estoy caminando sobre un tesoro enterrado, pensé, con la hierba rozándome las manos y sin nada a mi alrededor salvo la extensión del campo abierto, con la hierba balanceándose y el bosque de pinos al fondo; detrás de mí estaba la casa, y mucho más lejos, a mi izquierda, oculta tras los árboles y prácticamente fuera del alcance de la vista, la cerca de alambre que nuestro padre había colocado para

mantener alejada a la gente».
(Páginas 78-79).

Incluso en este escenario bucólico Merricat acaba volviendo inevitablemente a los prejuicios de su educación: el desprecio de los Blackwood hacia los demás.

Si Merricat está loca, la suya es una locura «poética», como la de la joven heroína de *The Bird's Nest*, cuya apagada personalidad incluye muchos yoes, o la locura celebrada por Emily Dickinson: «*Much Madness is divinest Sense—/ To a discerning eye—/Much sense —the starkest Madness— 'Tis the*

Majority». La actitud de Merricat apunta a una esquizofrenia paranoica, en la que cualquier cosa fuera de lo habitual se convierte en una amenaza y todo son señales o símbolos que deben ser descifrados. «*Todos los augurios anunciaban un cambio*». (Página 62). Merricat está decidida a evitar el «cambio» —la amenaza a su casa— con la brujería, una suerte de magia sencilla, simpática, basada en «amuletos»: «*Los domingos por la mañana examinaba mis amuletos, la caja con dólares de plata que había enterrado junto al arroyo, y la muñeca enterrada en el campo, y el libro clavado en un árbol*

del pinar; mientras todo permaneciera donde yo lo había dejado, nada podía sucedemos». (Página 62). Merricat, así como seguramente su creadora, es una persona para quien las palabras tienen mucho poder:

«El domingo por la mañana el cambio estaba un día más próximo. Yo había decidido no pensar en mis tres palabras mágicas y evitar que me rondaran la mente, pero los aires de cambio eran tan intensos que resultaba imposible eludirlas; el cambio

se extendía como la niebla sobre las escaleras y la cocina y el jardín. No olvidaría mis palabras mágicas: melodía Gloucester Pegaso, pero me negaba a que me rondaran la mente». (Página 77).

Poco a poco vamos sabiendo que Merricat no tiene permiso para hacer muchas tareas del hogar, como ayudar a preparar la comida o manejar los cuchillos. Las pequeñas frustraciones le causan un efecto violento:

«No podía respirar; me

sentía agarrotada, tenía la cabeza a punto de explotar [...]. Tuve que conformarme con hacer añicos la jarra de leche que estaba esperándome sobre la mesa; había sido de nuestra madre y dejé los pedazos en el suelo para que Constance los viera». (Página 44).

Es curioso que el desdén aristocrático de Merricat provenga de la identificación con su acaudalada familia de Nueva Inglaterra —ahora casi extinguida—, a la que tanto parece haber odiado cuando estaba viva. Quizá el

castigo de los padres precipitó la tragedia familiar; como recuerda el tío Julian, Merricat era «*una niña encantadora de doce años a la que enviaron a dormir sin cenar*». (Página 53).

Al principio de la novela, en un capítulo cargado de suspense, Merricat debe ir desde la casa señorial en los confines del pueblo hasta la ciudad, haciendo de intermediaria entre los Blackwood que siguen con vida y el mundo exterior:

«Los viernes y los martes eran días horribles, porque iba

al pueblo. Alguien tenía que ir a la biblioteca y al colmado; Constance nunca se alejaba más allá de su jardín, y el tío Julian no podía ir». (Página 10).

Aquí no hay ningún Grover's Corners, como en el clásico sentimental de la América de provincias de Thornton Wilder, *Nuestra ciudad*: este es un pueblo de Nueva Inglaterra de «pequeñas casas sucias en la carretera principal» (página 13), un lugar de absoluta «fealdad» y «putrefacción» (página 16), cuyos habitantes están listos

para atacarla «como una bandada de halcones; [...] aves que descendían, me atacaban y me herían con sus garras afiladas» (páginas 17-18). Parece que la hostilidad hacia los Blackwood es previa al escándalo del envenenamiento:

«La gente del pueblo siempre nos ha odiado».
(Página 14).

«Los Blackwood nunca tuvieron nada que ver con la degradación del pueblo; la gente del pueblo pertenecía a allí y ese era el único lugar

apropiado para ella. Siempre pensaba en la putrefacción al acercarme a la hilera de tiendas; pensaba en quemar la podredumbre negra y dolorosa que lo corrompía todo desde dentro y tanto daño hacía. Eso era lo que deseaba para el pueblo». (Página 16).

Las fantasías de Merricat son infantiles, inquietantemente sádicas:

«Estoy caminando sobre sus cuerpos». (Página 21).

«Les pondré veneno en la comida y observaré cómo mueren». (Página 155).

«Me habría gustado llegar al colmado una mañana y verlos a todos, incluso a los Elbert y a los niños, agonizando en el suelo entre gritos de dolor. Entonces yo misma me serviría los productos [...] esquivando los cuerpos, agarraría de los estantes todo lo que me apeteciera». (Página 19).

Un odio tan profundo, absolutamente desmesurado en relación con cualquier causa como el que aparece en *Siempre hemos vivido en el castillo*, sugiere una indignación salvaje swiftiana que va más allá de la sátira social, como la escrita por los contemporáneos un poco mayores que Jackson, Sinclair Lewis y H. L. Mencken, para adentrarse en el mundo de la caricatura psicopatológica. (Las dificultades de Jackson con sus conciudadanos en North Bennington, Vermont, quedan bien documentadas en la desgarradora biografía de Judy Oppenheimer, *Private Demons* (1988): la hipótesis es que Jackson y su esposo,

el extravagante «intelectual judío» y crítico cultural Stanley Edgar Hyman, despertaban resentimiento, si no un abierto antisemitismo, entre sus vecinos cristianos y más convencionales). La animosidad de la gente del pueblo contra los Blackwood recuerda el rencor mojigato que Jackson presenta sutilmente en el cuento «El jardín de las flores», en el que un recién llegado a un pueblo de Nueva Inglaterra traba imprudentemente amistad con un hombre negro, así como el brutal comportamiento de los habitantes del pueblo del cuento más conocido de Jackson, «La lotería», en el que un ritual

que se celebra anualmente, según el cual se apedrea hasta la muerte a un chivo expiatorio, se decide por sorteo. Aquí, en un lugar muy parecido al North Bennington cotidiano de Shirley Jackson, un tono como de canto fúnebre de origen desconocido prevalece generación tras generación, sin ser cuestionado por los descerebrados lugareños:

*«Lotería en junio, el trigo
estará listo pronto».*

*En Siempre hemos vivido en el
castillo, un canto burlón sigue los pasos*

de Merricat cuando se aventura a la ciudad:

«Merricat, dijo Connie, ¿una taza de té, querrás?

Oh, no, dijo Merricat, me envenenarás». (Página 29).

En el pueblo, la vida es burda, cruel, ruidosa y fea; en la casa solariega de los Blackwood, la vida es tranquila, solitaria, está regida por las costumbres y los rituales diarios de las comidas, sobre todo dentro de la casa:

«La mayor parte de nuestra

vida transcurría en la zona posterior de la casa, en el césped y el jardín, adonde nunca iba nadie más.

[...] cuando estábamos juntas usábamos las habitaciones del fondo» (páginas 33-34).

La casa de los Blackwood no está embrujada del mismo modo que la casa Hill («Ningún organismo vivo puede existir mucho tiempo bajo condiciones de absoluta realidad sin enloquecer. La casa Hill, que no estaba sana, se erigía contra las colinas, trayendo la oscuridad

consigo...»; *La maldición del House Hill*, página 1.), pero sus habitantes anteriores, ahora muertos, aparecen en varias ocasiones proféticas, en los sueños de Merricat, llamándola por su nombre; ¿para advertirla?, ¿para atormentarla? Poco a poco vamos descubriendo el secreto de la casa Blackwood: el envenenamiento, con arsénico, seis años atrás, de toda la familia salvo Constance, que por aquel entonces tenía veintidós años, Merricat, que tenía doce, y su tío Julian. Constance, que había preparado la comida ese día, y que se ocupó de lavar el azucarero antes de que llegara la

policía, fue acusada de los envenenamientos, juzgada y absuelta por falta de pruebas; a Merricat la enviaron fuera durante el juicio y luego volvió a vivir con Constance y su tío; en familia, aunque menguada. (Julian, que nunca se recuperó del trauma de los envenenamientos, sigue creyendo que Merricat murió en el «orfanato», a pesar de que él y su sobrina viven en la misma casa). El tío de Merricat está ocupado escribiendo su relato de los envenenamientos:

«En cierto sentido [...] yo he sido un grandísimo

afortunado. He sobrevivido a uno de los casos de envenenamiento más espectaculares del siglo. Guardo todos los recortes de prensa. Conozco a las víctimas, a la acusada, e íntimamente, como solo podría conocerlos un pariente que viviera en la misma casa. He tomado notas exhaustivas sobre todo lo que sucedió. Desde entonces no he vuelto a estar bien». (Páginas 50-51).

Por qué nadie parece sospechar,

como sí hace el lector de inmediato, que la inestable Merricat, y no la amigable Constance, es la responsable de los envenenamientos es una de las curiosidades de la novela, igual que es un misterio por qué Constance es tan indulgente con Merricat, que no ayuda lo más mínimo en la casa. No cabe duda de que Merricat no recurre a subterfugios para burlarse de los demás al aludir a los distintos tipos de venenos; cuando atormenta a su primo Charles le lanza una amenaza abierta:

*«La Amanita phalloides —
empecé— contiene tres*

sustancias venenosas. Está la amanitina, que actúa despacio y es la más potente. Está la faloidina, que hace efecto al instante, y está la falolisina, que disuelve los glóbulos rojos [...]. Los síntomas comienzan con violentos dolores de estómago, sudor frío, vómitos... [...] La muerte llega entre cinco y diez días después de ingerirla». (Página 105).

Y el dulce reproche de Constance:

«Tontuela».

En gran parte de la narrativa de Shirley Jackson la comida está fetichizada en grado extremo; resulta irónico, pues, que la familia Blackwood sea envenenada por uno de sus propios miembros, y usando un azucarero que es una reliquia familiar. Que el fetiche de la comida evoca un componente erótico queda sugerido por los tipos de veneno —*Amanita phalloides*— y por la absoluta dependencia de Merricat hacia su hermana mayor, que es su proveedora de comida, como si fuera una criatura sin destetar y no una «niña mayor» que ya se ha hecho adulta. La atracción sexual *per se* prácticamente no existe en

las ficciones de Jackson: el único episodio sexual de toda su obra parece un abuso, una especie de violación, y se encuentra en una de las primeras escenas de *Hangsaman* («Oh, por Dios —pensó Natalie, y sintió tanto asco que casi lo dijo en voz alta— ¿va a tocarme?»), pero el episodio no se describe, y la joven afligida, que poco a poco sucumbe a la esquizofrenia, nunca lo reconoce. En ninguna otra obra de Jackson la comida está tan fetichizada como en *Siempre hemos vivido en el castillo*, en la que los tres miembros restantes de una familia en otros tiempos aristocrática no tienen prácticamente

nada que hacer salvo vivir en su casa arruinada y «tragarse el año» con cada una de las comidas que prepara la hermana mayor, tres veces al día, como un reloj; como en una parodia gótica de los autorretratos cómicos que Jackson creaba para las destinatarias de las revistas femeninas en los cincuenta, incluidos en *Life Among the Savages* (1953) y *Raising Demons* (1956), con un hábil giro transforma las frustraciones de una madre y ama de casa no en un relato sombrío de desintegración y locura, y menos aún el envenenamiento de su propia familia, sino en una comedia desenfadada.

(Irónicamente, Shirley Jackson murió a los cuarenta y nueve años, poco después de la publicación de *Siempre hemos vivido en el castillo*, a causa de la adicción a las anfetaminas, el alcoholismo y la obesidad mórbida; negligente con su salud durante años, se dice que declaraba abiertamente que no creía que llegara a cumplir los cincuenta, y en los últimos meses de su vida sufrió una agorafobia tan extrema que no era capaz de abandonar su sórdida habitación; como si se hubiera mimetizado con la agorafobia de las hermanas de *Siempre hemos vivido en el castillo*).

Como Merricat siente con inquietud, el «cambio» es inminente, y traerá consigo la invasión del hogar de los Blackwood. Sin ser invitado, llega Charles, el grosero primo de las hermanas, resuelto a robarles el dinero del padre fallecido, que cree que está en una caja fuerte; se atreve a ocupar el lugar del padre en la cabecera de la mesa («incluso se parece a nuestro padre», dice Constance). Imprudentemente, Charles amenaza a su prima pequeña Merricat:

«Todavía no he decidido qué voy a hacer contigo, pero sea lo

que sea te vas a acordar».
(Página 128).

A pesar de que Charles no es un hombre muy atractivo, valga como muestra de la desesperación de Constance el que ella se sienta atraída por él, como si fuera la posibilidad de una vida nueva, una perspectiva que aterra a Merricat. Ante el menor asomo por parte de Constance de otro deseo que no sea su anquilosada vida de robot, Merricat reacciona amenazadoramente, pues el secreto de las hermanas es el lazo íntimo que las une y que las mantiene alejadas del resto del mundo.

A lo largo de toda la novela reina la amenaza de la criminal Merricat, que en su vida de fantasía está obsesionada con los rituales de poder, dominio y venganza:

«Inclinaos ante nuestra adorada Mary Katherine [...] o moriréis». (Página 157).

Las terribles muertes por envenenamiento constituyen el corazón secreto de *Siempre hemos vivido en el castillo*, del mismo modo que los actos sexuales no explicitados son el corazón de *Otra vuelta de tuerca*: el tabú que se

convierte en el asunto irresistible alrededor del cual gira todo pensamiento, todo discurso, toda acción. Las hermanas están unidas para siempre por la muerte de sus familiares, por un vínculo cuasi espiritual-incestuoso con el que la una subyuga a la otra. La compra de la comida (que Merricat lleva a cabo), la preparación de la comida (que Constance lleva a cabo) y la ingestión de la comida (que ambas llevan a cabo) son los rituales sagrados o eróticos que las unen, incluso después de que la casa haya quedado medio demolida por el fuego y vivan entre las ruinas:

«—Es un lugar feliz, de todos modos. —Constance llevó el desayuno a la mesa: huevos revueltos, galletas y mermelada de moras que había hecho algún verano resplandeciente anterior—. Deberíamos recoger toda la verdura que podamos —dijo— [...].

—Iré en mi caballo alado y te traeré canela y tomillo, esmeraldas y clavo, una tela dorada y coles». (Página 187).

La brujería es un intento primitivo de ciencia; un intento de reafirmación de

poder de los impotentes. Tradicionalmente, la brujería, como el vudú y el espiritismo, ha sido territorio de individuos marginales, poblado sobre todo por mujeres y muchachas. En *The Bird's Nest*, novela de múltiples personalidades, el afligido psiquiatra de la heroína (de acertado nombre: doctor Wright) trata de explicar el extraño fenómeno psíquico que se ha propuesto «curar»:

«Cada vida, creo yo [...], exige devorar otras vidas para su propia supervivencia; lo radical del ritual de sacrificio,

la actuación en grupo, su gran ventaja, consistía en la organización: el hecho de compartir la víctima resultaba realmente práctico». (The Magic of Shirley Jackson, página 378).

«El médico hablaba despacio, midiendo el tono de voz [...]: el ser humano, en contra de su propio medio [...] debe cambiar de color para protegerse, o la forma del mundo en el que vive. Con su inteligencia como único

mecanismo mágico [...], el ser humano siente la tentación de intentar controlar su entorno a través de símbolos manipulados de brujería, escogidos arbitrariamente y a menudo ineficaces». (The Magic of Shirley Jackson, *página 379*).

Pocas veces resulta Shirley Jackson tan explícita en sus intenciones temáticas: es como si su crítico literario/ profesor de inglés y esposo Stanley Edgar Hyman estuviera dándole una clase, en un tono que suena a ligera autoparodia incluso si contribuye a

iluminar el intrincado «nido» o el ruinoso «castillo».

Después de que Merricat prenda fuego a la casa de los Blackwood con la esperanza de expulsar a su primo Charles, al que detesta, la gente del pueblo, a la que detesta aún más, se abalanza sobre sus pertenencias. Hay algún bombero que parece sincero en su responsabilidad de apagar el fuego, pero la mayoría quiere ver la casa de los Blackwood destruida:

«¿Por qué no dejan que se queme?». «Dejen que se queme». (página 147).

Se oye la rima burlona:

*«Merricat, dijo Constance,
¿una taza de té, querrás?*

*Merricat, dijo Constance,
¿quieres ir a dormir?*

*Oh, no, dijo Merricat, me
envenenarás». (Página 150).*

A los Blackwood les sobreviene un cambio radical, provocado, irónicamente, por Merricat. El fuego que ella desata causa la muerte del tío Julian, las hermanas se ven obligadas a huir al bosque, la gente del pueblo entra en su residencia privada y la destroza.

Sin embargo, cuando las dos hermanas regresan, en una tierna escena elegiaca, descubren que, a pesar de que la mayoría de las dependencias son inhabitables, todo lo que necesitan (una cocina, esencialmente, donde Constance pueda seguir preparando las comidas para Merricat) está intacto. Como si la antigua casa se hubiera transformado por arte de magia:

«Nuestra casa era un castillo con torreones, abierto al cielo». (Página 169).

Contra todo pronóstico, las

hermanas Blackwood son felices en su paraíso privado «en la Luna». (Página 187).

«—*Te quiero, Constance — dije.*

—*Yo también te quiero, Merricat*». (Página 182).

Constance ha sucumbido enteramente ante Merricat: la hermana «buena» cede ante la hermana «mala». Constance incluso se reprocha a sí misma ser «cruel» («Nunca debería haberte recordado su muerte», página 182), y de este modo se reconoce como cómplice

de sus muertes. Ahora entendemos por qué Constance no acusó antes a Merricat de los envenenamientos ni intentó defenderse de las acusaciones de asesinato contra ella, porque, en su corazón, ella era y es la asesina de los Blackwood, y no Merricat; es decir, no solo Merricat. Su reconocimiento garantiza tácitamente la expulsión permanente de las hermanas del mundo de la gente normal; un mundo en el que Merricat, con sus heridas psicológicas, no podría sobrevivir. *Siempre hemos vivido en el castillo* acaba con una inesperada nota idílica, como en un romántico cuento de hadas donde los

amantes se encuentran el uno al otro, e incluso la gente del pueblo, arrepentida de su crueldad, les rinde homenaje llevándoles comida y dejándola a los pies de su escalera en ruinas.

«A veces nos traían beicon ahumado, o fruta, o conservas caseras [...]. La mayoría de veces traían pollo asado, cada tanto un pastel dulce o salado, muy a menudo galletas y alguna vez ensalada de patata o de repollo [...], y a veces dejaban ollas con alubias en salsa de tomate o macarrones». (Página

Aquí se ve el eros de la comida, una asombrosa fantasía del cumplimiento de un deseo en el que la agorafobia no se lamenta sino que se venera, se idolatra; la destrucción de la casa para ella no supone la muerte, sino una vida nueva protegida por la magia:

«Mis nuevos amuletos mágicos eran el candado de la puerta de la entrada principal, y los cartones sobre las ventanas, y las barricadas a los lados de la casa». (Página 203).

En repetidas ocasiones, Merricat, extasiada, grita: «Oh, Constance, somos tan felices».

Las bromas entre las hermanas tratan el tema de la comida con astucia, por supuesto:

«—Me pregunto si sería capaz de comerme un niño.

—Yo no sé si sabría cocinarlo —dijo Constance».
(Página 204).

Joyce Carol Oates, 2009